



Esta alma
es para *Dios*

— Gloria Montoya —

Esta alma es para Dios

Lucia Trejos es una mujer con una vida corriente; tiene sueños, hace esfuerzos, y supera las dificultades normales, pero con el paso del tiempo se enfrenta a problemas tan graves que finalmente su vida se parte en mil pedazos ante su mirada impotente.

¿Fue la mala suerte? Desde una perspectiva práctica la respuesta es sí. Sin embargo esta historia no deja nada descosido, todo hecho encuentra su causa y su consecuencia descubriendo los hilos blancos y negros con que se teje la historia humana desde el inicio de los tiempos.

La búsqueda de la solución a ese sin número de problemas en que esta sumida Lucia la conducen a un escenario de carácter universal principio mitológico y religioso de todo lo creado; la fantástica batalla librada por milenios entre los ejércitos del bien y del mal.

Ella lucha por recuperarse y durante ese proceso descubre un secreto curioso; que Dios permite esa batalla por ganar almas. Agobiada ante esa realidad se pregunta ¿Por qué Dios permite tal cosa? y descubre una respuesta sorprendente en el transcurrir de su historia.

ESTA ALMA ES PARA DIOS

Escrita por: GOYAMM

PRÓLOGO

La vida, ese incesante camino por el que todos transitamos, pero pocos conocemos.

No es casualidad que vivamos sumidos en la oscuridad de la luz; pensamos que todo lo sabemos, pero ni el más erudito de los hombres ha dejado al final de sus días la vanidad y soberbia que por naturaleza nos caracteriza..., ese sentimiento de “aquí estoy” y, por supuesto, el trágico “no me olvides”.

¿Cuántos mundos existen? Quizá tantos como cabezas humanas. Es impensable entrar en valoraciones, no solo de mundos, sino de realidades, y más cuando esa realidad condensa como una pompa de jabón miles de colores tornasolados que, dependiendo del prisma, causan una sensación u otra.

Ese es nuestro espíritu, pendiente de tanta intransigencia, que no te permite respirar profundo y explorar otras frecuencias sensoriales; es parte del ser mismo para no perdernos en los miedos de la razonabilidad, pero realmente ¿cuánto daríamos por saber esa verdad, una absoluta y sin dobleces?

Almas experimentadas, niveles de energía, maldad y rigor, buenos, malos y, sobre todo, Dios y fe. Esa es la búsqueda de Lucía, esa es su vida, ese es el mundo en el que no pidió estar, pero al que estaba destinada.

La indiferencia con sutil suspicacia nos conducirá a un mar de nuevos sentimientos, donde no sabes si marchar o parar, ni cuál es el punto de inflexión en el que rompe la razón.

Un sinfín de paradigmas inconclusos en una sociedad distante y caprichosa... Un lugar donde la lucha se hace deseo; no por el conocimiento, sino por la supervivencia.

Las artes oscuras están, son reales, todos las conocen, pero nadie lo dice.

NATALIA GUZMÁN M.

Preámbulo

Apenas, si acaso, llegaba a los veinte años, con el cabello largo, de color negro azulado despuntado en los laterales, que cubría la mitad de su espalda, de 1,70 metros de estatura aproximadamente, la mirada intensa y penetrante, casi desafiante, delgada, de proporcionadas medidas entre hombros y cadera, una voz ronca pero delicada que la hacían bastante sensual. Apareció con su vestido largo y blanco, unos pendientes con forma de flor relucían tras el cabello desparpajado, el velo tan largo como la cola del vestido de casi dos metros, arrastró por las escalinatas de la iglesia por la que ascendía mientras en ese instante, doscientas personas la miraban expectantes desde unos balconillos dispuestos para tal fin. Era una entrada gloriosa, y la mayoría de los invitados deseaban ansiosos conocer algo más que el rostro de la afortunada que se estaba aliando a una de las familias más poderosas de la ciudad, sobre la que muchas solteras tenían los ojos puestos por años. La ansiedad crecía, y ese día sabrían de quién se trataba.

Ella hizo una entrada angelical, se veía feliz, amigable y cercana. La marcha nupcial retumbó dentro del recinto mientras todos especulaban las razones de tan apresurada boda, pues se les había invitado al enlace ocho días antes, cosa no muy usual en familias tradicionales como esta.

—El sacerdote terminó la homilía tras leer una carta que escribió a los nuevos esposos:

“A mis queridos amigos: Arturo y Lucía.

Nos hemos reunido en esta noche para celebrar el matrimonio de ustedes. Muchas emociones, muchas inquietudes, muchas ideas y pensamientos brotan de nuestros corazones para expresar lo que este momento significa, pero yo he elegido una manera sencilla de comunicar los sentimientos que me embargan, y he escrito una carta de amor que espero les ilumine el camino que emprenden.

Queridos amigos, he aquí una frase que resume todo: “Amar es una decisión”, allí se nutre hoy vuestro compromiso, en la decisión de amar hasta la muerte y hace unos minutos ante nosotros lo acaban de prometer, dijeron ustedes: “Yo, Arturo, yo, Lucía, me entrego a ti y prometo serte fiel en la alegría y en el dolor, en la salud y en la enfermedad...”, es decir, han prometido amarse por siempre.

¿Cuál es entonces la decisión de amor?, ¿de qué se trata esta alianza?: de amarse auténticamente, de mirar siempre juntos en la misma dirección, de perdonar si hacen de la culpa una carga que hiere, de convertir el amor en ternura y de llevar como estandarte la decisión de amarse sin calcular, sin condiciones, sin fechas, sin apariencias.

Te escribo a ti, Arturo, esta carta de amor para decirte que recibes en Lucía un tesoro escondido en un hogar humilde y lleno de bondad, recíbela como la perla más preciosa de la que habla el Evangelio, por la cual empeñas tu propia vida.

Tú, Lucía, recibe a Arturo como el amigo, el compañero, el hombre fiel, regálale siempre la música de tu alegría, de tu inteligencia, de tu amor y de tu esencia familiar.

Aquí se siembran hoy como dos frondosos árboles que pronto verán sus frutos donde prolongarán la vida manteniéndose erguidos como dos grandes troncos: papá y mamá.

Aquí se inicia hoy el milagro del amor”.

Y terminando su expresiva carta, el sacerdote los hizo poner de pie para orar juntos por la nueva pareja:

—Señor Jesús, en tus manos colocamos sus vidas. Te pedimos los colmes de paciencia para saberse ayudar, alegría para dar vida, generosidad para darse el uno al otro. Señor, haz de su hogar un sitio de amor y como dice el cantautor: José Luis Perales “Es hermosa la vida si hay amor, es hermosa la vida si somos dos”.

Arturo y Lucía, han unido sus caminos por que han tomado la decisión de amar. Así terminaba el buen amigo y sacerdote la misa matrimonial, pidiendo que con aplausos compartieran los amigos y familia la felicidad que les proporcionaba esta unión.

Los invitados los rodearon para felicitarlos, la familia de Arturo se acercó en conjunto, los hombres le bromearon diciendo que ya entendían el afán de tal decisión con esa joven tan guapa, no había porqué demorarse; maliciosos, todos rieron a carcajadas; las mujeres, un poco más serias, lo abrazaban deseándole suerte.

Diosa, una prima muy cercana al novio, fue la última en darle la congratulación. Lo miró con malicia y pasó su lengua por la oreja de Arturo mientras susurró algo que Lucía alcanzó a escuchar:

—Mucha suerte, porque van a necesitarla. —Y de inmediato dejó la iglesia.

La ceremonia llegó a su fin entre abrazos y lágrimas conmovedoras, entre saludos de desconocidos y besos de los conocidos, entre la decisión de amar que parecía llenarlos de regocijo y la realidad del hecho: estaban casados, cosa que sin duda alguna no parecía causar felicidad a todos.

Capítulo 1. Con la vida patas arriba

Esa tarde Lucía, apresurada, decidió ir por las fotografías del matrimonio que había mandado enmarcar a unas calles de su casa, en un lugar no muy distante. Se puso un calzado cómodo y salió a caminar bajo un intenso sol de octubre que no dejaba ni un resquicio de sombra para protegerse.

Cuando llegó a la marquería, la mujer encargada del lugar la recibió con un gesto cordial y de inmediato se dio cuenta de lo que iba a recoger, pues se trataba de unas inmensas fotos del día de la boda que plenamente la identificaban. Conversaron un rato sobre su trabajo mientras ella gritaba hacia la parte de atrás identificando el número de la orden de servicio. Seguían esperando entretenidas sin tener en cuenta el enorme calor que soportaban en aquella esplendorosa tarde. Ante la demora, y sintiéndose cada vez más cómodas aumentaba la camaradería, hasta que la mujer tras el mostrador le dijo:

—¿Sabe algo?... Esperaba ansiosa que viniera a recoger sus fotos.

—¿Y eso? ¿Por qué motivo?

—¿Quiere acompañarme a la parte de atrás?

Lucía pensó que se trataba de agilizar la entrega de su trabajo y no tuvo inconveniente en ir tras la mujer, aunque le generaba curiosidad lo que acababa de decirle. Siguieron tratando temas generales amablemente, cuando la chica le hizo una seña para que entrara en una habitación donde estaban cientos de cuadros arrumados esperando por sus dueños.

Efectivamente la joven tomó alguna de las fotografías y se quedó en silencio mirándolas por unos segundos de pronto la dependienta replicó:

—¿Sabe? Estuve observando sus fotos y vi algo en ellas que quería comentarle.

Lucía arqueó un poco las cejas sorprendida ante el interés de la administradora del lugar y para responder a su amable atención le preguntó:

—¿Cuál es su nombre?

—Margarita.

—Qué bonito, me gusta tanto esa flor...

Las dos sonrieron. Lucía continuó la conversación.

—Bueno, cuénteme, ¿qué vio en mis fotos?

Dubitativa, Margarita dijo:

—Mmmm, aunque no sé si me va a creer igual le contaré lo que pienso. Veo que usted se va a enfrentar a un trabajo muy fuerte.

Lucía, lejos estaba de imaginar lo que Margarita estaba por decirle, respondió ingenuamente:

—Ya tengo trabajo y es verdad, es muy fuerte. ¿Cree que tendré más?

—No, no hablo de un trabajo laboral. Verá, atrajo por alguna razón la envidia de alguien y deberá defenderse de magia negra muy contundente.

Lucía se puso más seria y siguió atenta a lo que la chica estaba comentando.

—Yo quisiera regalarle esto.

Margarita se puso de rodillas y sacó de un cajón un pequeño frasco con un polvito rosado que le entregó, con algo de temor, Lucía, lo tomó mostrando cortesía ante su interés.

—¿Esto para qué sirve?

—Muy sencillo. Cuando sienta ese mal que se apodera de su ser, también sabrá de quién o quiénes se trata. Entonces buscará el momento pertinente, ya sea frente a las personas, o con una simple fotografía de estas, tomará un poco de este polvo en la planta de su mano, soplará para esparcirlo sobre sus rostros o cabezas y ellas o ellos caerán, como cuando un niño toma una pequeña rama y la dobla ante sus ojos. Ya verá, casi siempre es gente muy cercana.

Lucía frunció el ceño, mostrando la incomodidad que le producía la conversación, cosa que Margarita notó y entonces reiteró:

—No se escandalice, es más frecuente de lo que todos quieren creer. —Lo dijo con tono impasible y ante la mirada atónita de su nueva “cliente” y continuó—: Todos cargamos el pecado de Caín, es un asunto de tiempo y de estar en una situación de competencia o posible pérdida de algo que se desea con pasión para liberar ese demonio a que haga su trabajo.

Lucía quería salir corriendo, no se sentía segura en semejante compañía, e intuyó que Margarita era una mujer definitivamente extraña, así que trató de concluir la conversación mientras caminaban hacia el mostrador.

—Usted no me conoce. ¿Por qué cree que alguien me envidiaría?

Margarita volteó desafiante y le respondió:

—Porque usted lo atrae. Yo lo vi en la fotografía, una gran nube de oscuridad la envolverá y siento la obligación de ayudarla ya que conozco el poder de las fuerzas ocultas y, perdone que se lo diga, pero ¡usted!... se ve que es alguien bastante ingenuo ante la maldad. Quizás por ser tan joven.

Asustada estaba, no había duda y, sin embargo, la miró profundo a sus ojos para mostrar seguridad y firmeza, aunque no le era posible plantearse esto sin temor.

—No sé de qué me habla, no creo que haya alguien que quiera hacerme daño, siento que atraigo más amor que odio, pero por si las moscas y por si despertara en alguien esos sentimientos tan horribles que usted cree, quiero confesarle que en mí hay una fe profunda y solo un principio mueve mi vida: “Dios conmigo y nada contra mí”.

—¿Y si Dios me está enviando para que la cuide y usted está perdiendo la oportunidad?

—Puede ser. Entonces Dios volverá a decírmelo las veces que sea necesario, pero nunca me dejará y no creo que requiera un polvo para salvarme. Él me protege, esa es mi fe, cuando estas con Él..., nadie más poderoso que Él.

—Como quiera, solo procuraba ayudarla.

Levantando su mano como diciendo “ya se lo advertí y he cumplido”, dijo con una voz desalentada:

—Espero que Dios la proteja.

Lucía salió apresurada de allí, pensando que esta mujer estaba loca, ¡ni siquiera la conocía y ahora se atrevía a decir con solo mirar una foto que alguien quería hacerle daño. Quién podría odiarla, ¡por Dios!... Caminaba hablando sola mientras retornaba a su casa y se repetía: ¡esta mujer o está loca o es una bruja que intenta atraerme con pócmias, qué enemigos voy a tener si en realidad no le hago daño a nadie, no le planteo problemas a la gente! Siguió su camino tratando de olvidar tan molesto episodio.

Por fin llegó a la casa, puso las fotografías sobre la mesa principal y se fue a hacer un café; buscaba bajar la ansiedad que le produjo aquel encuentro. De repente sonó el interfono y se sorprendió porque no estaba esperando a nadie.

Lucía descolgó el telefonillo y escuchó al portero.

—Hola, doña Lucí —así le llamaban quienes la conocían—, por aquí vienen unas familiares de su esposo a saludarla.

Menuda sorpresa, pensó Lucía.

—Déjelas pasar.

Se fue hacia el baño, pasó un peine por el cabello y organizó algo de la casa de la manera más ágil que pudo y, en un abrir y cerrar de ojos, el sonoro timbre anunciaba la visita. Ahí estaban, un par de adorables señoras, prácticamente desconocidas para ella, traían una tarta en sus manos que de inmediato le entregaron y prosiguieron a darle un tierno abrazo.

—Pero qué sorpresa, nadie de la familia ha venido a saludarnos desde la boda. Es todo un honor tenerlas por aquí; pasen y se sientan.

Pasaron directamente al salón donde estaban las fotografías sobre la mesa; las señoras discretamente empezaron a ojear. Lucía les trajo café. Mientras seguían comentando acerca de lo linda que estuvo la boda, hicieron referencia varias

veces a lo mucho que querían a Arturo y sobretodo esperaban que ella no lo alejara de su familia.

Lucía de manera cortés les espetó:

—Estoy educada en una vida de amor y armonía con la familia; de hecho, la mía es bastante intensa, y no podría desprenderme de ella al igual que de Arturo, en ningún momento. —Dijo esto para tranquilizar a las señoras y continuó—: No sientan preocupación. Ustedes no han perdido a uno de sus miembros, han ganado uno nuevo: yo.

Todas sonrieron cariñosamente. Lucía ofreció su casa como un lugar en el que siempre estarían las puertas abiertas. Y reiteró:

—Aquí no se requiere invitación ni formalismos, si bien ahora somos todos uno solo.

Con algarabía se levantaron y le dieron un abrazo emocionadas, mencionaron que desde que vieron su rostro sintieron la bondad de su ser y era un gran descanso saber que no se equivocaban.

Tomaron el café y la tarta, conversaron mucho sobre la vida y los grandes sacrificios del matrimonio, mientras confesaron que poco sabían, pues una era soltera a sus casi cincuenta años y la otra solo había durado un par de años casada. Pero, en fin, echaron cuentos de mujeres.

Cuando estaba próxima a terminar la visita, una de las señoras se puso en pie a darle un espontaneo abrazo a Lucí —como ya le decían después de esa amena tarde — se esforzaron en ganar la confianza de la joven. La mujer hizo un gesto evitando que ella se levantara de la silla y extendió con ternura los brazos de forma muy maternal; era casi una niña aun no alcanzaba la segunda década y ellas ya superaban el medio siglo, entonces Lucía se sentó de nuevo y dejó que la abrazaran, con tan mala suerte que un anillo que llevaba una de las familiares de Arturo en su mano izquierda se enredó en la larga cabellera de ella, forcejeaban intentando desanudarla y como no hubo nada que hacer trajeron una tijera para lograr desensártalo, cortando finalmente un buen mechón de pelo. Lucía algo consternada dijo:

—¡Cuidado, señoras, soy como Sansón: tengo toda la fuerza en el cabello!

Muy apenadas las invitadas, sonrieron para disimular el impasse.

Pasado el episodio, y a punto de finalizar la visita, le pidieron una de las fotografías pequeñas donde se veía a Arturo y a ella dándose el beso que selló el vínculo matrimonial. Lucía asintió, era normal que la familia quisiera tener alguna foto; de hecho, se le ocurrió que sacaría algunas copias para enviarlas a los más cercanos, un pequeño detalle que podría abrirle ágilmente las puertas de los afectos de su nueva y no conocida familia.

Nadie creería ahora que, en aquel momento, este par de mujeres se convertirían en íntimas y cercanas amigas, hasta confidentes de los mínimos aconteceres

familiares, y con el pasar de los años serían para Lucía y Arturo lazarillos en el discurrir de sus vidas, prácticamente unas madres.

Hacían presencia en cada uno de los más insignificantes e importantes hechos de sus vidas, llenando con su alegría y desparpajo cada fecha importante que acontecía. Ellos se sentían bendecidos con su amable compañía.

Así empezaba Lucía su vida matrimonial y, sobre todo, la vida personal, pues a tan temprana edad con dificultad se identifican los sueños, se establecen las metas y se desafían los caminos, y no tardó con su empeño y voluntad en hacer todo aquello.

No obstante, ingresó en la universidad para estudiar administración y pronto se enfiló con éxito en una buena empresa, encontrando la independencia económica oportuna para hacerse libre del primer miedo de la familia de Arturo ("Esta jovencita viene a llevarse los millones"). Pronto empezó a aportar y a defenderse como pez en el agua. Sin embargo, no todo era bueno ni bello. En la medida en que progresaba y avanzaba en lo personal y lo profesional, su salud se estaba deteriorando y Arturo, distanciándose. De todo aquello solo era rescatable que después de varios años, lo único que permanecía constante era la compañía de algunos miembros de las dos familias, que para nada y en ningún momento los dejaban solos.

Una noche se durmió muy cansada, realmente podría decirse que no se acostó, literalmente cayó desmadejada en su cama: venía acumulando un cansancio de muchos meses, tal vez de muchos años sin poder dormir tranquilamente. Pero esa noche, aun estando dormida, sintió que una inmensa cuerda atravesó su recto y pasó por el ombligo como si una espada la cruzara, y a cada lado alguien tuviera la punta de aquella lanza que se movía generándole el dolor más infame que había sentido hasta ese día en su vida. Se despertó inmóvil, cualquier desplazamiento que intentaba se hacía imposible porque el dolor se agudizaba, respiraba con dificultad y fruncía el ceño. Estaba sudando, empapada, y nadie podía verla porque todos dormían. Cuando miró el reloj de la mesita de noche era exactamente la misma hora a la que en los últimos meses se despertaba asaltada por algo que no podía identificar, 1:29 a.m., pero esa noche le pareció por primera vez extraño.

A la mañana siguiente visitó una doctora que le recomendaron. Le dolía hasta el pelo, no tenía ni un aliento, dormía mal y se sentía malhumorada; ya no soportaba el sonido del WhatsApp, le irritaba cuando alguien la llamaba a contarle cualquier historia de su vida personal, en busca de consejo y ayuda, pues ella no podía ni ayudarse a sí misma. Por alguna razón entró en el desgaste y el agite de la existencia, perdió el ángel que la caracterizaba, y del grandioso sueño de amor que describió el sacerdote el día de la boda solo quedaba, como dijo él mismo, la decisión, si bien no de amar como lo propuso, de permanecer para no afectar los tres pequeños que ya empezaban a caminar el mundo bajo su responsabilidad.

La doctora escuchó a Lucía las razones por las que estaba consultándola y le pareció importante revisar a fondo la alteración del sueño que sufría por un estado nervioso agitado también, así que preguntó:

—¿Qué te despierta, querida Lucía? Es el calor, quizá pesadillas o tal vez el ronquido de tu esposo, ¿qué es?

—Se extrañará usted, pero yo siento como si una pequeña pluma me tocara la cara haciéndome rascar tantas veces que al fin de cuentas me despierto.

—¿Y has visitado a tu dermatóloga? Tal vez ella pueda explicar por qué te pica la piel.

—No, la verdad es que no la he visitado, pero iré.

Después de revisar los otros síntomas, la doctora le dio el diagnóstico.

—Está claro, mujer. Un colon tan inflamado que parece explotará, y esto no es otra cosa que un enorme estrés. ¿Ha pasado algo últimamente que te preocupe?

Lucía se quedó un momento en silencio y bajó la mirada como pensando la respuesta.

—La verdad, sí. En el último mes me ha pasado de todo y demasiado rápido. No lograba ni empezar a entender por qué había sucedido algo cuando ya estaba sucediendo lo otro. Imagínese que, días atrás, llegué a mi trabajo después del almuerzo, cuando todos en la empresa muy alarmados me decían que debía volver a mi casa porque acababa de morir Moisés. Me acosté en un escritorio a llorar mientras recuperaba el aliento para salir a enterarme de lo sucedido. Todos me preguntaban si era mi padre o hermano y yo no era capaz de responder que era mi pequeño perro de solo dos años. Cuando iba hacia casa en plena autopista, el coche se me apagó, llamé a varias grúas que nunca llegaron, llamé a familiares y amigos que no pudieron asistirme, y al final no tuve más remedio que dejar el carro tirado en la autopista para poder ir a acompañar a mis hijos a llorar el perrito. Curioso resultó el hecho de que, al día siguiente de la avería, el carro encendió sin problema alguno, no tenía daño.

Lucía continúa su relato:

—Solamente pasó una semana cuando un lunes llegué a mi trabajo, estaba allí hacía un buen tiempo y logré ascender a los más altos cargos a punta de dedicación al cumplimiento de mis funciones, y encontré una carta con la que me despedían por un recorte general, y, para rematar, a la semana siguiente me robaron todo en la casa, de verdad me parecía que estaba cayendo a un vacío sin que nadie pudiera atajarme.

La doctora abrió sus grandes ojos y le dijo:

—Ahh con tal, eso es lo que tienes, estrés, el más fuerte del mundo, pero verás..., la vida es igual que un electrocardiograma, ¿has visto o te has hecho alguna vez uno?

—Sí, por televisión he visto.

—Bueno, ahí tienes. Solo se está vivo cuando el aparato muestra que la línea sube y baja; cuando la línea es recta, ya no hay intensidad, no hay cambio, no hay esos sube y baja tan profundos, pero no hay vida. Las crisis vienen cargadas de hechos negativos que se producen al tiempo, cosa muy particular, como decían las abuelas, “Cuando vienen, vienen juntas”, para referirse a los problemas, pero siempre son momentos de renovación y de cambio. Cuando a un árbol se le podan las hojas, no ha perdido nada, simplemente le nacerán unas nuevas, más abundantes y más fuertes; lo importante es que no le corten la raíz. Verás que pronto saldrás de esto, ten fe, no te desespere y no te dejes ganar por el estrés, porque este sí que mata. —Y apuntando con su dedo hacia arriba, logró ponerla en alerta.

—Algo más, doctora, es importante que me revise los oídos, ya que hace como una semana están completamente tapados, sobre todo el derecho. Es como si un martillo hiciera cada segundo bum, bum, bum.

—Claro, miremos.

La doctora lo revisó y no vio nada extraño en él.

—Te cuento, querida Lucía, que no hay inflamación, ni enrojecimiento, ni materia, ni nada, está limpio.

—Pero tengo congestionada la cabeza —reiteró.

—Mmmmm... Esperemos que forme parte del cuadro del estrés. Es que hoy en día el estrés produce casi todo.

Razón tenía la doctora, pensó Lucía, estar vivo es estar montado en un vagón de montaña rusa en la que lo único previsible es que bajarás y subirás, pero justamente ese es el reto: disfrutar la subida y soportar el terror, la incertidumbre que produce la bajada. Así es que avanzamos en la vida y esa adrenalina nos recuerda que estamos vivos. Le producía esperanza pensar el concepto de la poda, una idea nueva para ella, pero de gran profundidad; si estaba siendo podada era porque Dios así quería; era real, se fueron cosas, personas y oportunidades, y pronto vendrían proyectos, cosas y personas nuevas. Se trataba de aceptar esta renovación de manera positiva y espiritual.

Lucía salió apresurada a conseguir los medicamentos y por unos meses dejó de ponerle atención al tema de la salud, hasta sintió que estaba mejor, pero una noche se hizo consciente de lo mal que seguía durmiendo; ya no era un asunto de preocupación ni solamente se trataba de una picazón en la cara, pues ya estaba ardiéndole todo el cuerpo y particularmente las piernas la estaban llevando a la máxima desesperación.

En las noches, no veía la hora de levantarse, se movía de un lado a otro, con las manos sacudía lo que rozaba su cara como cuando una mosca silenciosa nos ronda a oscuras y nos acorrala la desesperación, o la sombra de un enano se transforma en monstruo; mandaba sus manos descontroladas a las piernas para tratar de calmar la picazón sin tocar las pequeñas ampollas que ya se estaban haciendo grandes heridas.

Esa mañana se despertó rascándose de forma desesperada y decidió que ya no soportaría más. Cuando se subió el pantalón del pijama, notó que las heridas sangraban, evidencia de que la salud ya no daba espera.

Abrió las cortinas y dejó entrar el viento a refrescar el ambiente de la habitación, el sol entró también a calentarla, intentando así bajar quizá la humedad de la casa. A veces la humedad es causa de que fluyan animales en los rincones, en el aire, y que los ácaros hagan su agosto en el colchón causando alergias y picazón.

—Arturo, ¿tú sientes escozor en el cuerpo cuando te acuestas en la cama?

—No.

—Qué curioso.

Lucía, levantándose el pantalón del pijama, le mostró las heridas de su pierna.

—¡Mira cómo estoy!

—Ve al médico, eso está feo — expresó alarmado.

Sin pausa, pero sin prisa visitó a la dermatóloga como le había propuesto su médica de cabecera algunos meses atrás.

Eran las 9:00 a.m., se veía tan limpia, tan fresca, el olor del perfume suave y a la vez intenso se sintió en el lugar, y también era evidente el cansancio que cargaba.

—Buenos días, ¿la doctora ya llegó?

—Sí. ¿Tiene usted una cita?

Asintió con la cabeza.

—Dígame su nombre.

—Lucía Trejos.

La mujer miró su listado.

—Pase a la sala de espera, la doctora ya la atiende.

Ahí sentada en el lugar por algún tiempo tratando con dificultad de distraerse miraba una revista de pasatiempos mientras sus pensamientos depositados en la fe presumían que llegaría la solución a este problema. El cáncer de la piel ya había tocado a su puerta algunos años atrás y esperaba que esto no fuera una prolongación. Procuraba además disimular la tristeza profunda que era inocultable en un rostro desencajado por meses de insomnio y una salud que estaba en franco deterioro.

Unos minutos después la puerta del consultorio se abrió. Tras un reflejo de intensa luz que entraba por la ventana y la encandilaba, la vio salir. Lucrecia era su nombre; tenía su cabello cortado recto a la altura del mentón y una sonrisa

pródiga solo posible para gente que, tras vivir y superar las vicisitudes, desborda sabiduría y felicidad. Movi6 su mano señalándole el ingreso al consultorio.

La doctora le toc6 el hombro y le hizo la pregunta obligada.

—¿C6mo estás?

Lucía no respondi6 con palabras, solo movió la cabeza expresando que se sentía regular y no quería quitarle tiempo con quejas particulares de la vida, así que procedió a mostrarle las piernas. Cara de sorpresa, puso la doctora mientras sac6 una lente especial para mirar la piel en profundidad.

—Esto no es un problema causado en la piel, es más bien consecuencia de algo interno que el cuerpo est6 expresando en la piel. Necesito unos exámenes de sangre, pero voy a hacer que te vea ahora mismo el médico internista, esto es urgente, lo digo por tu antecedente.

Lucía sigui6 esperando un tiempo más en el salón colectivo hasta que la hicieron pasar donde la doctora que ya se encontraba en compaía del jefe y director de la clínica. Le pidieron que se levantara el pantal6n y miraron las heridas; se cruzaron con los ojos pensamientos de posibles causas mientras la zozobra inundaba el consultorio; ese que se hace cuando no hay respuestas.

El médico jefe dio su opini6n.

—Me gustarí esperar los exámenes de sangre que le formularé inmediatamente, hágalos ahora mismo porque debemos tener los resultados para poder sugerirle un tratamiento.

Ella sali6 r6pidamente a cumplir su objetivo, notando la preocupaci6n y el gran interrogante que tenían los médicos frente a su estado de salud, y cuando tuvo los resultados en sus manos subi6 nuevamente y volvieron a hacer reuni6n médica los tres, con la gran sorpresa de que los resultados de la sangre no mostraban ninguna alteraci6n, lo que indicaría que, quizá, era necesario hacer una limpieza en el colch6n o, incluso, cambiarlo. Le explicaron que muchos estaban hechos con desechos, cosa extraña porque el suyo era bastante nuevo y comprado en una tienda especializada. Sin embargo los médicos insistían en que era algo en el ambiente de su casa lo que la estaba afectando y muy concretamente les parecía que debía revisar el colch6n porque posiblemente este podría contener alguna bacteria directamente implicada en el deterioro de la piel: es decir, lo que sea que te est6 infectando, no est6 dentro de tu cuerpo, según los análisis que te mandamos a hacer, est6 en el ambiente en el que vives, ahí es donde debes revisar y mandar limpiar exhaustivamente.

Con sorpresa, pero con alivio, not6 que no se trataba de algo preocupante. Limpiar o cambiar el colch6n y ya todo estaría por fin resuelto. Increíble, pens6. ¡Todos estos meses de desgaste, y solo necesitaba limpiar el colch6n!

Lleg6 a la casa y se puso manos a la obra; solicit6 a la empleada de hogar trajera todo un arsenal de limpieza. Iniciaría con esta soluci6n y si continuaba la

rasquiña simplemente cambiaría de colchón. Ya estaba, eso era todo, suspiró, gracias a Dios no era nada grave.

La chica subió y empezaron a mover el inmenso y pesado colchón hasta recostarlo contra una pared y de pronto la mujer pegó un grito que asustó a Lucía.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. ¿No puede con él?

—No, no, mire, doña Lucía, mire esto...

—¿De qué hablas?

Lucía miró hacia el balcón.

—No, no... Mire el colchón —gritó.

Lucía terminó de recostarlo y se puso de frente, tapando su boca con las manos y abriendo grandes los ojos. Ahí Matilde mal de tierra y solo a mi costado.

— Mmmm— no sabía qué pensar y dijo:

—Simplemente, lave por favor el colchón.

La empleada del hogar era una mujer de raza negra, de un lugar distante donde pervive la superstición y desde niños aprenden sobre el poder de las malas energías, así que ante la imagen de lo que veía casi bronco aspiró y logró decir:

—Señora, es mejor que...

Lucía la interrumpió.

—Sin comentario, Matilde. Límpialo, por favor, y damos la vuelta al colchón mientras pienso qué puedo hacer.

Intentaba no mostrar preocupación, pero la vieja Matilde sabía que su jefa estaba bastante extrañada con la situación.

Pasaron los días. Trató de distraerse, no darle importancia al hecho y abandonar ese tema del colchón, con voltearlo y la limpieza algo de mejoría percibió, aunque solo parcialmente; creyó que realmente lo cambiaría en algún momento y por supuesto quería mostrarle a Arturo el estado del colchón, aunque estaban tan distanciados que poca importancia le daría, pero igual, en cualquier momento lo comentaría. A ver si de común acuerdo lo cambiamos y esto no nos causa más peleas, pensó.

Un día le llegó el saludo vía WhatsApp de un joven amigo que fue vecino en otro barrio y hacía algunos años que perdieron contacto. Por alguna particular coincidencia parece se había encontrado con alguien conocido en común que le dio el número de móvil de Lucía. Quería saber cómo estaban y simplemente darles un saludo.

La conversación duró poco.

—Hola, Lu.

Era su forma de llamarla cuando se conocieron, a ella siempre le había parecido de lo más gracioso porque sonaba como algo misterioso.

—Hola, Harold —respondió emotiva. Tanto tiempo sin noticias tuyas, sabía que eras tú porque nadie en el universo se atrevería a acortar mi nombre de esa manera. —Y puso algunos emoticonos sonrientes—. ¿Vendrás a visitarnos un día?

—Sí, Lu. En cualquier momento me acerco.

—Te espero... No te imaginas cuánta alegría supone para mí ese encuentro.

Cuando terminaron la conversación Lucía se percató de que Harold tenía como ícono de su imagen en el móvil una vela, una virgen y una foto de él, y le causó curiosidad, se afaná a llamarlo para escuchar su voz.

—¿Por qué ese altar?, el de tu perfil.

—Pensé que ya me extrañabas —dijo jocoso—. No, Lu, es una larga historia de la que a lo mejor podamos hablar el día que me pasé a visitarlos, pero para quitarte la duda, es un mensaje de protección.

—Curioso, no sabía que eras religioso, eres tan joven y a pocos se les ve adheridos a algún tipo de fe.

—La verdad, yo tampoco lo sabía —dijo con ironía, simpático, y se despidieron.

Se hizo efectiva la promesa y pasadas dos semanas, el vecino perdido tocó la puerta. Todos en casa se alegraron mucho, comieron juntos, contaron historias..., como si de una tarde solo hecha para tomar té se tratara. Terminó afable el encuentro y el marido de Lucía salió con sus hijos para acercarlos a clases de tenis y él continuar con su trabajo, así que se despidió de modo encantador y los dejó solos.

La realidad es que, aunque Lu oía, realmente no escuchaba, mantenía su inquietud sobre la imagen del WhatsApp de Harold, procedió sin tardanza a recordar a su invitado, aquella respuesta pendiente:

—Harold, me debes una historia.

—Te noto un especial interés. ¿Por qué la curiosidad?

Lucía susurró:

—Cuéntame tu rollo y después yo te cuento un secreto.

—Me volví santero.

—¿Rezas a los santos?

—Sí, pero no solo rezo a los santos, en realidad trabajo con ellos y alterno con el trabajo de médico. Mitad del tiempo para Dios, mitad del tiempo para el diablo.

—Rio sin tapujos.

—¿En serio? No estoy entendiendo nada, o quizá hoy no estoy yo muy fina en apreciaciones.

—En serio estoy hablando —afirmó—. Cuando estaba terminando la carrera, mi mamá se enfermó gravemente. Estando en cuidados intensivos esperábamos que nos dijeran que había muerto. Yo, acongojado, caminaba en el pasillo vigilante a la salida de los médicos buscando me dieran razón de mi madre. Entonces un señor de presencia humilde, parecía ser del campo, se acercó y me habló preguntándome sobre la persona que estaba enferma; conversamos amablemente un instante que nunca olvidaré y, después de divagar en el tema, me dijo: “¿me permite que entre y vea a su mamá?, me gustaría saludarla y darle consuelo”. Yo no vi problema y lo dejé pasar en mi turno, me dio la sensación de que era un hombre bueno. Cuando salió susurró al oído: “su mamá tiene un hechizo, magia negra, busque ayuda antes de que muera”.

» Quedé sin aire, no tenía idea de qué era magia negra. Yo simplemente era un estudiante de medicina que amaba a su mamá y deseaba que no muriera. No sabía rezar, jamás había pisado la iglesia y no conocía a nadie que me pudiera ayudar; incluso sentía vergüenza de averiguar algo así, entre otras cosas por mi condición de médico, pero reflexioné que, si de salvar a mi madre se trataba, nada perdía con indagar. Entonces comencé a consultar, y con la premura del estado de mi madre, busqué al mejor santero de la ciudad que, al revisar el caso, me sugirió: “vete a Venezuela; este conjuro ya no es fácil de revertir”.

» Así lo hice y al llegar al vecino país y conocer al mejor en estas artes me comentó: “esto solo lo logras si viajas a Cuba, allí encontrarás el mejor de los mejores”. Mi madre ya tenía poco tiempo, su estado era de gravedad y su cuerpo físico no respondía a ningún tratamiento médico. Fue así como llegué a Cuba, un país santero por excelencia, me reuní con los más poderosos de la isla e hicieron un tratamiento para mi madre. Descubrieron que su mejor amiga era la amante de mi padre, y que esta, en una acción desesperada en vista de que no logró separarlos, decidió hacer un hechizo de muerte para liberarse de ella definitivamente y quedarse con él.

» Finalmente, y sin explicación médica alguna, ella se recuperó, claro que yo sabía la razón. Durante ese proceso encontré gente grande y entendí el poder de ese mundo oculto de la magia. Supe que muchos están muriendo física, mental y espiritualmente sin saber de qué y sin saber cómo defenderse. Los santeros descubrieron en mí gran fortaleza y capacidad para el ejercicio de la santería. Entonces decidí que me dedicaría a salvar a quien se pudiera, ley de los contrarios, mi querida Lu, amor y odio, paz y guerra pobreza y riqueza, magia negra-magia blanca.

—Por Dios, no puedo creer que estés en eso; me sorprendes de verdad.

—Ahora sí, ¿por qué tu interés?

—Ven, subamos a mi cuarto. Quiero mostrarte algo.

—¿Por fin has decidido que soy el amor de tu vida? —Soltó una carcajada.

—Sigues siendo tan tonto como te recordaba. Para que ese sueño se te cumpla tienes que nacer tres veces. —Y le guiñó un ojo—. Anda, ayúdame a levantar el colchón.

—Es que yo soy más de método tradicional —rio de nuevo.

Lucía se puso tensa.

—Esto no es una broma, es muy serio —le dijo en tono de reprimenda.

—Disculpa. Ya sabes que siempre he sido gracioso.

—Eso es lo que crees tú.

Juntos voltearon el pesado colchón y lo pusieron de frente. Cuando él vio la imagen, dijo:

—¡Ves! ¡Si ves de lo que te hablo?

—No, no tengo idea de magia ni de hechizos, ni siquiera creo en eso, de verdad.

—Su mirada mostraba preocupación y angustia.

—Te propongo algo. Visítame mañana en mi oficina y conversamos. Te noto algo intimidada esperando que tu familia no se dé cuenta de lo que hablamos y eso que creo que ya han salido.

—Pues claro, ¿te gustaría que tu mujer fuese la loca de las brujas?

—No.

—Pues a mi marido tampoco, mi familia diría que estoy loca... Créeme: aquí ninguno pensamos que la magia existe.

—“Que en brujas no hay que creer, pero que las hay, las hay”, dice un viejo refrán.

Estiró el buen Harold su brazo tomándola con sumo cariño y respeto, en un acto de total comprensión.

—Mañana espero verte. No dudes, nada te va a pasar: creas o no creas quedarás informada y recuerda el universo te está avisando para que actúes. Al fin será tu decisión.

Si ya habían pasado años de noches interrumpidas, fue real que esa noche no tuvo fugaces suspensiones del sueño más bien la pasó de largo, no pudo pegar el ojo ni por un segundo. La asaltaba la duda después de ver a este joven profesional y adinerado hombre metido en santería y brujería y con esa historia sobre su familia tan dolorosa; tanta traición, tanta maldad la dejaron perpleja. ¿Será que hay algo de verdad en todo esto?, ¿será que alguien quiere hacernos daño?, se preguntaba mientras revisaba quién pudiera ser y concluyó que no tenían enemigos a la vista, no sospechó de nadie, su vida transcurría entre un grupo de gente familiar y adorable para quienes todo se resumía en ayudarlos a estar bien. En fin, mañana será otro día.

Se levantó temprano, se apresuró a arreglarse y salió hacia donde Harold. Estaba ansiosa de lo que tendría que contarle. Cuando llegó la recibió afectuoso; entraron a la oficina privada dejando atrás a otras personas que lo esperaban en la sala de recibo. Impresionaba ver una fila de gente que le quería consultar no propiamente sobre la medicina humana, sino sobre la medicina mágica de los conjuros y hechizos. La invitó a sentarse y él se sentó en la silla principal de su escritorio, abrió un cajón, sacó un pequeño sombrero de tela con que cubrió básicamente la coronilla y puso un librito pequeño, un tablero y unas piedras; le comentó que este era un ritual muy antiguo practicado sobre todo en las Antillas y que la Unesco lo había declarado patrimonio cultural de la humanidad. La historia del aquel ritual la hizo sentir cómoda, le escuchaba más tranquila y con mayor interés que temor.

Rezó unas oraciones como en otro idioma, tiró las piedras, abrió el libro y le dijo:

—Sí, como lo imaginé estas bajo un conjuro de magia negra bastante fuerte. Te declararon la guerra física y espiritual. En esto, o batallas o te mueres sin hacer el intento. ¿Te gustaría saber quién esta atrás de esto?

—No, es que no me interesa entrar en esa guerra que dices. Simplemente quiero sanarme y protegerme, no más.

—Pero tienes que saber que es gente que está demasiado cerca y han avanzado mucho, porque entre otras te falta dominio sobre tu prole y tu casa. No has sido capaz de definir los límites hasta los cuales los otros pueden poner un pie en el templo de tu hogar, y para acabar de ajustar, te has alejado bastante de Dios, has entrado en un estado de profunda oscuridad, se te bajaron las defensas espirituales, querida Lu, estás a la merced de estas fuerzas poderosas y ocultas. ¿Quieres saber dónde radica el mayor poder de estas fuerzas?, en que la gente no cree, y se mueren sin haberse dado cuenta nunca del trabajo que les hicieron, se mueren sin imaginarse que la vida siempre es la misma, una guerra entre el bien y el mal, entre Belcebú y Dios, y entonces no actúan.

» Con otra particularidad, esta es un arma infalible; desde este poder oculto se puede asesinar a quien se quiera y se puede elegir si quieres su muerte física, mental o espiritual, o todas, y lo mejor: nadie lo investigará. La brujería no está entre las posibles formas jurídicas de asesinato. Nunca han metido a alguien a la cárcel por esto, ni aunque su familia llegara a concluir que murió por brujería. Es decir, es el asesinato perfecto para el que asesina. Ahora dime: ¿quieres que conjure ese hechizo?

—Te repito: quiero sanarme, no quiero devolver el golpe, solo deseo sanarme — se mostró afligida.

Él se levantó de su asiento y en posición de cuclillas se le acercó, con mucha compasión le dijo:

—No llores. También sé que eres muy cuidada por Dios, Él te está protegiendo, pude verlo, eres tú la que se aleja y por eso no logra salvarte. Mira, estas personas por ahora no quieren matarte y eso ya es afortunado. Quieren

enloquecerte, por eso la comezón, el insomnio, porque lentamente te están desgastando. La verdadera intención tiene que ver con alejarte de Arturo. Para ello te han congelado y luego te han puesto un conjuro de locura.

Ella, que apenas podía murmurar entre sollozos, le preguntó:

—¿Y cómo me congelaron?

—Tan simple que no podrás creerlo: toman un pequeño frasco que llenan con agua y vinagre, toman una foto tuya y hacen un amarre con tu cabello, lo meten al congelador y todos tus proyectos, sueños, y éxitos quedan congelados, convirtiendo tu vida en un círculo vicioso en el que trabajas y luchas y nada sale, nada te da resultado, como el antiguo mito griego en que Sísifo fue castigado por los dioses empujando una piedra por una montaña para llevarla hasta una cima y, cuando casi la coronaba, la piedra rodaba hasta el inicio haciendo que este volviera a empezar un trabajo que jamás culminaría.

» Y en el conjuro de locura tienen espíritus de muertos trabajando, te pasan las plumas de una gallina que enterraron viva, le amarraron tu nombre a una pata y la dejaron morir asfixiada. En este conjuro, todo está en el inframundo, actuando para no dejarte dormir hasta agotarte.

» En fin, no nos quedemos hablando. Manos a la obra y si tú sientes que no tienes la fuerza, desígname a mí, dame el poder de tu defensa, entrégate a mí, hacemos un pacto y tú te liberas de este trabajo, yo seré tu representante.

Mirándola con firmeza y hablándole con dulzura le dijo tratando de convencerla:

—Es como si me dieras tu alma para que yo la sane y tú ni te darás cuenta.

Lucía parpadeaba lentamente y se quedó en silencio sin responder que sí o que no.

—Y... ¿qué es lo que debo hacer según tu práctica santera?

—Ir a una iglesia católica a que te bendigan agua y limpiar toda la casa de arriba a abajo, de adentro hacia la puerta principal, y al final incineras la fregona.

—Pero no creo en la iglesia, no creo en el poder espiritual de los hombres, me he decepcionado —espetó con vehemencia—. Imagínate que el líder espiritual de mi comunidad, al que todos amábamos, seguíamos y admirábamos, resultó ser un homosexual que hacía cosas terribles a niños, y es que ¿no ves las noticias que sobre la iglesia corrupta que se cuentan cada día?, ¿cómo puede de este recinto de humanos corrompidos salir agua bendita?

Harold la miró duramente y le dijo:

—¿Ves cómo te has alejado de la protección espiritual? Andando el tiempo pasaste de súbdita de Dios a juez de su Iglesia. La Iglesia no es cada ser que comete un error o tiene un acierto; la Iglesia es una fuerza colectiva con la intención de hacernos conscientes de nuestros pecados, nos ayuda a buscar el arrepentimiento, nos limpia a través del perdón y nos transforma en seres buenos, con capacidad para amar, así algunos abusen de ella.

Lucía bajó la cabeza mostrando algo de pena.

—Lo haré... Dime cómo he de actuar.

—Entonces, vas a comprar una Virgen de la Caridad, la que en Cuba se conoce como la Virgen del Cobre. Le harás un altar; ella debe estar alta, más alta que tú, debes reconocerle que es madre y santa y pídele que te dé el señorío para administrar tu hogar, la potestad de dirigir a tu familia con la sabiduría de una madre. Debes colocarte una cadena en cualquier parte de tu cuerpo, ojalá de algún metal precioso, y acompáñala con un cristo, una virgen, un ángel, alguna figura protectora y representativa de la Iglesia, y vuelve en ocho días: te daré un remedio para la piel.

Lucía hizo todo lo que Harold le dijo y reflexionó sobre su actitud con la Iglesia. Recordó que cuando era niña y aun iniciando la juventud hacía trabajo espiritual, asistía a eucaristías, creaba oraciones a Dios, era gran devota de la virgen alentada por la formación cristiana en que fue educada, y era real. En el paso por la Universidad descubrió la racionalidad para analizar los hechos, radicó su discurso en una posición crítica ante la Iglesia y se alejó casi por completo. Sin embargo, no quedaba en ella más que una oración antes de dormir: *“Oh corazón de amor, en ti pongo toda mi confianza, mas toda mi fragilidad la pongo a vuestra bondad, oh Jesús, a tu Corazón confío tal pena, tal intención.* —Y enumeraba todo lo que tuviera que resolver o proteger—. *Mirad a lo que tu Corazón te diga, oh Jesús, yo confío en ti y estoy segura de ti”*. Pero jamás volvió a pisar la iglesia, a confesarse, a comulgar o a escuchar la Palabra.

Pasó la semana y Lu volvió a reunirse con Harold. Él le entregó dos botellas muy extrañas, una pequeña y una grande, y le dio la instrucción de uso.

—Por una semana te pondrás el agua de esta pequeña botella sobre tus heridas. Cuando las veas totalmente sanas, las bañarás en agua bendita sin secarla. Luego, cuando esté bien tu piel, sabrás el poder de esta otra medicina mágica, te sentirás más segura para lo que sigue. Escoge una noche que no tenga luna y te bañas muy bien, quítate cualquier protección que tengas, como cadenas, cristos o joyas para que el poder de la limpieza te penetre. Seguidamente te echarás el contenido de esta botella grande, lo utilizarás completamente en una sola dosis, tampoco lo secarás y te irás a la cama completamente impregnada de ese líquido y, esto es muy importante —enfaticó—, para que funcione no podrás bañarte hasta que salgan los primeros rayos del sol, no antes. Mucho cuidado, si lo interrumpes me será más difícil ayudarte y tendrás un contrahechizo letal.

Y continuó la explicación con semblante rígido.

—Quiero advertirte: este mundo de las fuerzas ocultas es bastante fantástico para quien no cree, obviamente, pero los que hacen este trabajo se darán cuenta de que los estamos conjurando y harán uno más fuerte. La diferencia es que pasado este proceso ya nada te penetrará, serán proyectiles que se devolverán a su origen con el doble de fuerza con que te los envíen. Además, mi querida Lu, ya Dios y los santos estarán a tu respaldo espiritual y yo estaré a tu defensa

física, entre conjuro y conjuro al fin alguien gana la guerra. Pon toda tu fe y los vencedores seremos nosotros.

La verdad es que la joven mujer ya no quería ni hablar, seguía sin dar crédito, pero se sentía acorralada, sin fuerza, sin más alternativas. Le asaltaba la duda porque casi todas sus dolencias parecían no tener explicación física o médica, pero tampoco solución. Llevaba años cargando un lastre muy pesado de enfermedad, se hallaba en un estado de cansancio que parecía superarla. Ella solo quería sanarse y estaba decidida a hacer lo que fuera necesario.

El tiempo seguía su curso, pasando rápidamente, llevaba paso a paso la fórmula santera de su amigo Harold. Las heridas de las piernas desaparecieron, cabe decir que como por arte de magia, dejándole la piel tan hermosa como la de un bebé. Ya no hubo más piquiña y por fin volvió a sentir lo que era una placentera noche de completo descanso. Entre tanto, consideraba estar lista para su segundo envite.

La noche sin luna llegó, dejando que la oscuridad le recordara que requería dejar listo todo para el ritual, entró al baño, limpiando con jabón azul cada milímetro de su cuerpo, y luego tomó la botella grande. Estaba llena de ramitas y líquido y se veía un poco marrón, como si en sus componentes tuviera mezclado tierra. Al destaparla salió un olor hediondo que le pareció insoportable; pensó que era solo cuestión de que le entrara un tris de aire; esperó un segundo. Igual Harold ya se había ganado su confianza y por lo menos no sintió miedo en ese momento y la volcó permitiendo que corriera sobre su cuerpo, aunque el olor era verdaderamente asquiento.

El líquido se escurrió solo y luego se puso el pijama y se fue a la cama; en un lapso corto de tiempo un frío le penetró en lo más profundo, congelando todo en su cuerpo, tan fría estaba como si estuviera muerta y el olor repugnante de una tumba la embargó por completo. Cuando intentaba cerrar los ojos la única imagen que veía era la de la muerte horrible y oscura; intentaba agarrarse a su manta y apretaba los ojos tratando de dejar de ver esa imagen que se le proyectaba; un cementerio. Tan insoportable momento, tan dolorosa sensación, tan insólito verse ahí, en semejante situación, que soportó aquello por algo menos de dos horas. Se levantó velozmente en la tenebrosa oscuridad de la noche, abrió la ducha en el agua caliente, se introdujo entera, sin salirse ni a respirar, lloró, lloró mucho y empezó a orar: *“Señor, ¿qué es esto?, ¿de qué se trata?, muéstrame el camino, me siento perdida, te pido perdón. Este sufrimiento se acumula y me pesa como si fuera la puerta de cemento de una bóveda. No me dejes, no me abandones, ilumina el camino para que yo lo pueda encontrar, dame fuerza, que estoy agonizante...”*. Y dejó que una botella de agua bendita callera sobre cada parte de su cuerpo, rodó por la cabeza, y de inmediato salió humo, sintió purificación y frescura, y en medio de tal desesperación, cuando pasaba sus manos por el cuello, notó que no se había quitado la protección; ahí estaba colgando de su cuello el precioso Señor Jesucristo. Y sintió tanta felicidad de haber olvidado aquel detalle que parecía tan importante en el ritual según le había dicho Harold.

Prolongó esa ducha por un poco más de lo que había soportado la pócima del santero, recordaba sus palabras, “hasta que salga la luz debes dejarlo”, pero ya era tarde..., ya estaba enjuagada, aunque el olor ni con alcohol, ni con aceite, ni con perfume, logró que se fuera, por lo menos durante esa noche.

Cambió las sábanas de la cama y volvió a intentar dormir, suerte que esa noche su marido estaba de viaje. Lucía reflexionaba y entre sollozos le preguntaba a Dios en qué se había equivocado. No tenía santos de barro para adorar porque creía que Él era único, poderoso y misericordioso y su relación espiritual era directa, no con la Iglesia de los hombres, no con las fuerzas ocultas, solo con Él, entonces porque su Señor Dios, no la liberaba de esta macabra historia de malas energías y de fuerzas oscuras y cómo fue que de pronto se tomó de la mano de alguien que oraba a los santos y le pedía a él, y sin embargo necesitaba estar en el bajo mundo de la oscura noche para encontrar un poder que ella solo creía tenía el Dios, su Dios.

Aquella noche oró sin cesar. El cuerpo le temblaba y trataba de sentir la fuerza de aquel mantra espiritual. Eso sí: su pensamiento se aclaró y se repitió durante un rato y en voz alta, como si aquello le sirviera de tranquilizante:

—No volveré donde Harold, no volveré donde Harold, no volveré donde Harold, no...

Mientras su corazón le hacía sentir tanto desasosiego, pensaba: “no sé de qué se trata su magia, pero no quiero conocer las fuerzas oscuras y menos retarlas, yo me conectaré con Dios y todo estará bien”.

A primera hora, cuando salió el sol, llamó a Harold.

—Hola. Buenos días, ¿quién habla?

—Soy yo, Lucía, ¿no me tienes en tu agenda?

—Hola, princesa. Como comprenderás no puedo arriesgarme a que un día me roben el móvil y el nombre de mis clientes quede al descubierto, es una cuestión de sentido común... Bueno, cuéntame, ¿cómo te sientes?

—Mal, realmente muy mal; llamé para comunicarte que ayer me apliqué el agua que me diste y, sinceramente, fue una experiencia horrible. Fue un viaje terrorífico, parecía que dormía en una tumba con un muerto al lado, es lo más desagradable que he vivido. Solo quería decirte que no pude esperar la luz del día; en menos de dos horas me la quité.

Lucía no pudo contener las lágrimas y empezó a llorar desconsoladamente.

—¿Cómo? —gritó exaltado—. Lucía Trejos, te advertí que esto no es un juego, es realmente delicado. Ven a mi consulta: veremos qué hacer.

Lucía aumentaba su llanto exponencialmente. Se sintió regañada y eso era lo que le faltaba, como una niña pequeña cuando sus padres le riñen y le llaman por el nombre completo; era la primera vez en la vida que Harold pronunciaba su nombre y apellido.

—No, yo no quiero volver. Si Dios no puede salvarme, me moriré..., pero tu magia no me gusta. Creí que se trataba de otra cosa. Créeme, te agradezco tu preocupación e interés, ahora sé con todo mi corazón que no es el camino por el que yo me salvaré del famoso conjuro. Dios te cuide y gracias por tu ayuda.

Así se despidió de aquel casual encuentro con su vecino.

Sin embargo, pasado algún tiempo estaba de nuevo enferma, mucho más que antes. Ya no de la piel, ya todo estaba por dentro, invisible a los ojos de todos la causa, pero era excesivamente visible el deterioro físico y mental en que se hallaba. Entonces volvió a visitar a Lucrecia, su médico.

—De nuevo por aquí, Lucía. ¿Qué nos pasa hoy?

Con la voz menguada respondió:

—Todo. Me está doliendo todo.

—¿Por qué tantos dolores? Tú estás tan joven, no tendría por qué ser así. Dime dónde te duele —la examinó con preocupación.

Lucía empezó a tocarse cada punto doloroso; le indicó mostrándole la pierna:

—Me duele el hueso del fémur derecho. En realidad, cada noche siento un frío tan profundo que alcanzo a sentir dolor hasta en el tuétano de mis huesos, el estómago, y un vacío en el corazón me da la sensación de que me voy a desconectar. —Y con el poco humor que le quedaba...—: Para acortar el cuento, doctora, mire mi dedo índice y todo punto que toco con él, me duele.

Lucrecia, que conocía el chiste, le replicó ágilmente:

—Fácil: te cortaré ese dedo.

Ambas sonrieron y la doctora continuó con su cuestionario.

—En serio, Lucía, ¿cuándo recaíste?

—De un tiempo para acá, mi salud, mi estado de ánimo, mi ilusión está en descenso y sin nada que me ataje.

—Ya veo, voy a revisarte.

La hizo acostar en la camilla y mientras ella palpaba con sus manos algunas partes del cuerpo tratando de encontrar la causa de estos dolores, notó que las lágrimas corrían por el rostro de su paciente como un río incontrolable que va con destino a perderse en el mar del desconsuelo.

Con perspicacia, experiencia y humanidad su médica le dijo:

—Ven, siéntate y cuéntame más de ti. Te ves algo triste.

Lucía sollozaba tratando de parar de llorar, pero no pudo contener las lágrimas que rodaron intensamente, y acongojada, con la voz entre cortada, le relató:

—Es verdad, estoy muy triste. Siento que me perdí en el camino de la vida, que lo tengo todo en apariencia, pero no tengo nada en esencia. Cada día, cuando me levanto, busco la señal de algo que me dé sentido para moverme a vivir ese día, como se debe, pero no lo encuentro y el día se va sin que yo haga algo valioso. Sé que tengo talento y por alguna razón estoy sentada sobre él, llorando de incompetencia. Mi voz antes fue escuchada; ahora no es más que un continuo silencio, de un día para otro nadie cree en mí, y, la verdad, yo tampoco.

—Y ¿por qué dejaste de hacer las cosas que te gustaban y que te hacían creer en la vida y en ti?

—En mi último trabajo fui bastante exitosa. La amabilidad era mi llave; la sonrisa, mi arma; el trato humano igualitario para cada compañero que me encontrara en el camino mi estrategia, pero un día, sin causa justificada, me despidieron. De ahí en adelante no logro mantener un trabajo por más de una semana. Ahora no hago nada, no tengo tema, me siento alejada de todo y de todos y no tengo ganas de nada. La verdad, no sé por qué estoy aquí, si mi Dios me llevara, descansaría.

Terminó en un profundo sollozo el intenso relato. Hasta que no pronunció una palabra más, la doctora interpeló con una historia:

—Lucía, yo siento que tu vida es como la de una rana muy linda, que tenía unos colores que la hacían diferente y especial. Un día un cazador la atrapó, y aunque su oficio era cazar y ver todo tipo de ranas, esta lo sorprendió con la intensidad de sus colores; pero igual: el cazador la había atrapado para comérsela, así que la metió en una olla de agua tibia y la rana se sintió a gusto con esa temperatura y no sintió el peligro. Pudo saltar mientras el hombre se giró para tomar los aliños, pero no lo hizo porque se sentía comfortable en esa agua tan tibia. “¿Qué le podía pasar?”, pensó la rana. El cazador pasó y la vio tranquila nadando y le subió un poco a la temperatura del fuego. La rana ni se percató del hecho; el hombre volvió a acercarse a la olla y vio que la rana nadaba más lentamente casi quedándose inmóvil, con el agua más caliente la rana perdía fuerza para nadar o saltar. Entonces subió la temperatura hasta que el agua hirvió y la rana quedó cocinada con las patas "pa'arriba", sin hacer nada para salvarse... La pobre rana murió sin sentir el peligro.

» Esta rana eres tú. Estás en peligro, mujer. Estás empezando a morir, y solo tienes cuarenta años, porque se te están quitando las ganas de existir, sumida en un estado de comodidad y tranquilidad que te hizo olvidar tu esencia y la razón por la que viniste a ser tú, Lucía única e irrepetible. Estás perdiendo lo más importante que un ser humano tiene: el sentido para evolucionar durante su paso por la tierra, esa es la esencia, eso es lo que le pone el picante, lo que da el encanto.

» Cuando tú tienes el sentido de la existencia en tus manos, puedes ser pobre, discapacitado, feo, no muy inteligente, no tener mucha suerte, pero caminas hacia donde ese sentido te dice, como si tuvieras una brújula en la mano. Tú estás sin brújula, perdiste el sentido porque estás cómoda, te sientes protegida

en el agua tibia, pero cuando la temperatura del fuego suba, ya no habrá tiempo de saltar, estarás cocinada.

Lucrecia posó su mirada de desaprobación en su paciente y continuó su discurso.

—Como advertencia, te digo: si no haces algo, morirás y nadie lo podrá evitar. Te voy a mandar los exámenes para que revisemos todo lo que te duele en tu cuerpo físico, pero tengo la certeza de que lo que te duele es el alma y lo que necesitas es un tratamiento para subir la serotonina en tu cerebro y una terapia psicológica para encontrar cuándo te perdiste en el camino, como tú dices.

Enmudecida escuchaba los concejos, pero rota por las lágrimas incontenibles.

La doctora escribió lo que consideraba debía hacer para mirar cada uno de los dolores y terminó escribiendo sobre una asesoría psicológica y un medicamento para controlar el llanto, que ella, con su corazón de mujer, comprendió que ya no podía manejar.

La médica miró de nuevo y directo a los ojos de su paciente, explicándole lo que harían, y se detuvo para decirle por qué sugería empezar un tratamiento para superar la depresión. La tomó de las manos y la miró con firmeza.

—Esta pastilla, mira qué nombre tan corto tiene, así se llama el medicamento, te sugiero que la tomes, una dosis muy pequeña. En pocos días dejarás de llorar y empezarás a ver la vida de una manera diferente; los problemas se harán más pequeños y tú sentirás que puedes manejarlos. Hoy, una palabra que te diga cualquiera te ofende y se te convierte en un gran problema, te sientes engañada, perseguida, traicionada, poco querida; en una semana un gran problema lo transformarás en una expresión: ya se resolverá. Pero solo tú puedes tomar la decisión.

En medio de esta gran dosis de consuelo, respondió:

—No quiero medicamentos, no soy depresiva; simplemente estoy pasando por una época que me tiene sensible. Ya verás que haremos los exámenes y volveré con otro semblante. Sobre el psicólogo pediré la cita, lo prometo, solo que mañana me voy de viaje a Nueva York, así que lo haré cuando retorne.

La doctora se puso en pie y, caminando desde su escritorio, fue hacia Lucía y le dio un abrazo.

—Señora Trejos, debe tratar la depresión, no le dé la espalda.

Capítulo 2. Un sorpresivo viaje por Nueva York

A 120 pies de altura, en la que volvió a ser la edificación más emblemática de los Estados Unidos después de que ALCAEDA derrumbara el 11 de septiembre del 2001 las imperiosas torres gemelas, Lucía y Arturo bordeaban con unos pasos lentos y desinteresados el gran observatorio del Empire State.

Arturo caminaba apresurado, con ganas de verlo todo en un solo instante, impávido, ni respiraba ante tan magnificente vista. Lucía, en cambio, sin dejar de admirar (es imposible no admirar), observaba con cautela tal altura, de la que lo único que le interesaba era la pregunta de si alguien había osado tirarse o si alguien, como ella, estaba teniendo la intención de hacerlo.

Qué dolor tan profundo el que la acompañaba, qué soledad, qué desinterés había de pronto entrado por alguna puerta de su ser. Ella, que siempre se consideró una persona feliz, ahora estaba escuálida, y absorta en sus propios pensamientos sobre la vida y, quizá con mayor interés, sobre la muerte.

El sol de agosto estaba deslumbrante y acosador y su piel, que en los últimos años mostró fragilidad, no estaba dispuesta a recibir por períodos largos esta descarga de calor, así que aprovechó esta excusa para dejar que su esposo caminara solo y mantuviera la sorpresa sin tener que responder a sus preguntas de si le parecía lindo o recordaba hacia dónde estaba Brooklyn, Staten Island o cualquier otra cosa que le trajera recuerdos de cuando estuvieron algunas décadas atrás.

Aprovechó y se sentó en el borde de un escalón frente a una vidriera inmensa que dejaba someramente esbozar su imagen refractada tenuemente. Estaba muy delgada, había perdido más de ocho kilos en los últimos dos meses. Pudo ver sus ojos encharcados en lágrimas y la profunda tristeza que delataba su estado. Solo le preocupaba que su marido terminara demasiado rápido el recorrido y se molestara viéndola en ese estado.

La angustia seguía creciendo, la sangre le empezó a hervir y a subir a la cabeza, el estómago se apretujaba con ganas de hacerle doblar y las lágrimas no cesaban, y ella pensaba con insistencia que quería liberarse.

De atrás hacia delante pasaron por su mente episodios existenciales que le llevaban a una dura conclusión: Estaba partida en dos; una primera etapa llena de sueños y proyectos, de éxitos, de momentos felices, y otra llena de fracasos, de llanto y de muy baja energía, que le tenía su mundo con las patas para arriba. Así de sencillo, se trataba de conjurar la tristeza, de desbloquear el corazón, de activar la fe y de reincorporarse a la tarea vital para la que había nacido. Así y con todas las ganas que sentía de morirse, no había duda de que este no era el

fin del circunstancial momento por el que estaba pasando; era radicalmente el principio de su búsqueda de respuestas, si es que quería, por el tiempo que Dios la tuviera con vida, hacer de esta experiencia un momento digno de haberse experimentado.

Pasaron unos minutos hasta que su esposo tocó su hombro con algo de despotismo y la desconcentró de tan íntima retrospectiva. Era el anuncio de que Arturo por fin había terminado su recorrido por el circular observatorio y que ya emprenderían el camino por la ciudad de Nueva York. Ella casi despertó abruptamente de un sueño, su alma se incorporó a su cuerpo con brusquedad y poca armonía y se dispusieron a seguir el camino, ese que tenían que vivir juntas su alma y ella, para encontrar esa paz que ya reclamaba a gritos.

Y mientras caminaba como podía, sin mucho ahínco pensaba:

¿Qué pasó?, ¿dónde me perdí?, se preguntaba una y otra vez, y ensimismada se respondía: “yo sé que en algún momento de mi vida he sentido paz, la he saboreado en alguna forma, una tranquilidad y una concreción con las tareas que te deja sonreír, en la que nada parece perturbarte, en la que haces amigos fácilmente, inviertes tu tiempo en muchas cosas que te dan satisfacción, y lo más importante tienes fe en Dios, en ti y en el futuro”. ¿Por qué ya no puedo?

Y se tocaba la cabeza apretando después sus manos contra sus ojos, sin permitir que por ninguna razón Arturo la viera. Asumir esos pensamientos la dejó estar un corto instante en paz, como otorgándole licencia para sentir que en su decisión estaba la solución, pero rápidamente volvió a perturbarle la angustia.

Bajaron unas escalinatas, llegando directo a una tienda de souvenirs, donde lo principal era encontrar una fotografía que les tomaron a la entrada. Para su fortuna, Arturo no estuvo interesado ni en mirarla y ella, por supuesto, poco quería que ese momento quedara guardado en un registro fotográfico para la posteridad. Después descendieron en el ascensor a gran velocidad, conquistando en fracción de segundos un descenso de noventa metros, y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba en alguna calle de esta impresionante ciudad intentando penetrarla.

Caminando por la 5.^a Avenida de Nueva York, se pueden apreciar las tiendas más costosas del mundo, Valentino, Saks, Gucci y otras que seguramente ni siquiera Lucía había visto jamás. Se notaba por los coches que se acercaban y la gente que de ellos se bajaba que seguramente para entrar se requiriera cita previa, y obviamente el selecto grupo de los supermillonarios del mundo tenían ese poder.

Lucía pensó por curiosidad, y con no más de mil dólares en su cartera para todo el viaje, sería divertido para cualquiera al menos entrar una vez en la vida a estas tiendas y ver un poco las tendencias de la moda de los hombres y mujeres potentados de este planeta, pero solo fue un chispazo de la poca vitalidad que le quedaba; la verdad, para ella, en aquella circunstancia, eso era menos que irrelevante. ¿Quién podría vestir el alma de un ser cuando está al desnudo? No

existe traje, ni moda, ni color, ni importa para nada su valor o su sofisticación, cuando el alma está desprovista, solo puede cubrirla una experiencia vital, un acto de elevación de la conciencia, algo realmente sublime solo capaz de emerger de las cosas simples. De resto, una prenda, por más fina, terminará cubriendo un cadáver al que se lo consumió su propio frío.

Respiró ante pensamiento tan doloroso y existencial.

Así siguieron su ruta, ignorando prácticamente que dichas tiendas estaban allí asentadas en tan prestigiosa calle y mantuvieron el ritmo de sus pasos hasta llegar a la esquina múltiple de Time Square, un lugar sorprendente por sus gigantes pantallas de las cuales emanan sugestivos colores proyectados por las imágenes descargadas con velocidad, sobre las más importantes marcas de productos y empresas en el mundo.

Allí, abarrotados, miles de turistas erigen su cuerpo con la cabeza fijada hacia el cielo para poder disfrutar el espectáculo de estas majestuosas cajas negras.

El programa consistía, además de deslumbrarse por la luz y la nitidez de las imágenes, en pararse a mirar las pantallas hasta lograr que una de las más grandes dejara de emitir por instantes sus codiciados anuncios comerciales y diera paso a registrar en una foto instantánea de los visitantes que levantan sus manos tratando de verse, e imaginarse que son actores de Hollywood de visita en Nueva York.

En un momento determinado, Lucía le hizo un gesto a Arturo de que en la esquina más próxima lo esperaría y, con un escalofrío y un sentimiento de miedo que le recorrió el cuerpo imaginando que no le gustaría verse en esa pantalla, se alejó hasta sentarse en unas escaleras que estaban estratégicamente colocadas para que los visitantes tuvieran un descanso más que merecido después de esas largas caminatas que exige el conocer esta ciudad y puedan, de manera tranquila, disfrutar el espectáculo de las pantallas gigantes.

Era extraño; ella intentaba mirar la gran pantalla para ver si el esfuerzo de Arturo por verse le había dado resultados, pero fue infructuoso. Se veía mucha gente que saltaba intentando identificarse, pero ni él se vio ni ella lo vio.

Algo de calma le llegó a la mente. Qué estupidez la mía, pensó, sentir miedo de esta tontería, si en realidad verse en una pantalla donde todos estaban desconectados y a nadie le importa quién es el otro no significa nada y es menos peligroso que formar parte de una pantalla donde todos se conocen y compiten por hacerse visibles, tal como lo era el escenario de la vida, donde al final tu propia gente puede hacerte daño solo para invisibilizarte o superponerse.

Era verdad, estaban todos allí, ¿haciendo el ridículo?, tal vez ¿malgastando el tiempo y el dinero? A lo mejor, ¿alejándose de sus lugares de origen para olvidar algo, para descansar de algo, o de todo?, puede ser, o quizá estaban ahí encontrando el placer que da el estar desconectado cuando se vuelve una necesidad hallar la libertad en medio de tantos y en el contexto de nada.

Estar en esa nada, frente a esa pantalla, le permitió entender algo más: a lo mejor se estaba enfrentando a una imagen de sí misma que no podía aceptar, esa imagen agónica de quien está perdiendo la batalla, y le producía dolor y temor quedar al desnudo y ver que seguramente no reflejaba lo que alguna vez proyectó para su vida o lo que se esperaba de ella.

Es muy doloroso verse donde todos te reconocen menos tú, sin poder entender las fuerzas que te están moldeando.

Desanimado Arturo por no haberse visto en la pantalla, levantó su mano, en gesto de que ya se irían, y emprendieron de nuevo el camino, en busca de un autobús de turismo que les hiciera un recorrido para identificar claramente los lugares que visitarían en la estadía.

A una distancia cercana, Lucía se sintió atraída por un gran escaparate en el que se hacía visible un letrero que decía “STORE OF PLEASURE”, una tienda de placer. Creyó maliciosamente que se trataría de algo sobre sexo y unos instantes después estaba frente a su fachada, pegando su cara sobre la gran vidriera, quedando mentalmente suspendida en una imagen que la capturó: los clientes del lugar, todos hombres, se hallaban sentados mirando hacia el ventanal, tenían en su mano un largo y esbelto tabaco que apretaban entre sus dedos con firmeza, una diversidad de ritmos se perdían entre el humo, en el que solo era posible percibir la calma.

Pensó por qué era tan sencillo encontrar placer para los hombres y se preguntó cuál sería una tienda del placer para mujeres. El interrogante la acompañó largo rato sin encontrar respuesta. Supongo, que el mundo entero gritaría que esas tiendas ya existen, lugares para comprar objetos, ropa, zapatos, cachivaches generales. Suspiró y siguió reflexionando que debería haber tiendas como esta del placer para mujeres, algo simple, que produzca descanso en el ser. No pudo encontrar la respuesta.

Placer, qué palabra tan hermosa, ¿será esa la razón de mi angustia?, ¿será quizá el motivo de mi miedo?, ¿será de alguna manera la profunda causa de este dolor que tengo, de esta tristeza arraigada, de este desprendimiento de la vida que me está haciendo caminar con mi mente hacia la muerte?, ¿tendrá su causa, acaso, en ausencia del placer?

Por fin el recorrido los llevó a la primera estación del turibús neoyorquino. Se subieron y empezaron a mirar los puntos de mayor relevancia, especialmente en Manhattan, pasando por lo que hoy es el símbolo de solidaridad de los americanos en donde algún día estuvieron las Torres Gemelas, Broadway, el Time Square, Central Park, el Museo de Arte Moderno o el Museo de Arte Contemporáneo, entre otros.

El sol los aporreaba con toda su fuerza, el sueño los vencía con gran intensidad y una fuerte compulsión interna se manifestaba en el interior de Lucía, haciéndole sentir deseos de arrojarle del autobús, y otra fuerza mayor la hacía agarrarse de los pasamanos. Hasta que, entre una fuerza y otra, logró dormirse recostando su cabeza en la ventana.

El viaje en su primer día sería algo lento y sin mayores emociones, pues ya habían estado en el mismo lugar, con lo que la sensación de la sorpresa se había perdido. Así, muy seguramente se convertiría en una experiencia no más allá del recuerdo y la añoranza de otros tiempos pasados mejores. Qué suerte tenía de que Arturo no fuese el mejor conversador, y en caso de decir algo era en monólogo, a lo que Lucía solo debía asentir; no estaba ella para charlas.

La luna empezó a verse desde muy temprano, como en cualquier día de verano, que son demasiado largos, tanto, que al fin de cuentas la luna y el sol estaban casi frente a frente, compinches y desafiantes, en un espectáculo imposible de no admirar.

Se terminó por fin la jornada. Cómo se hace de larga cuando te embarga la angustia, cuando parece que no tienes alternativa, si la experiencia de compartir con otros se ha tornado en desencanto, y, en conclusión, solo quieres estar desconectado.

La cama del hotel Hilton en Nueva York era suficientemente grande, las sábanas blancas impecables invitaban al descanso. Lucía por fin creía que era lo mejor que haría en aquel día, porque lo que más deseaba era dormirse profundamente. Tal vez la manzana de blanca nieves estaba atravesada en su garganta y lo único que podría despertarla era un beso de amor.

Pero amaneció para su desgracia más rápido de lo que pensaba, porque en realidad levantarse para continuar el viaje no era algo que le generara ningún tipo de alegría; sin embargo, entendía lo privilegiada que era en muchos aspectos de la vida, la maravillosa oportunidad de estar pisando cualquier nueva y lejana tierra y este pensamiento la impulsaba a hacer su mejor esfuerzo para salir a turistar.

Era extraña la sensación de desinterés en este viaje; viajar siempre había sido para ella el máximo premio, la mejor actividad, el mejor regalo de la vida. No lograba comprender por qué, de un momento a otro, había llegado a tal estado, donde ni siquiera quería levantarse, donde dormir era la única opción que tenía para dejar de pensar que deseaba morir.

El sol salió igual que cada día, pero con menor intensidad por ser el albor de la mañana. Se sintió tranquila por la piel. De nuevo el recorrido del turibús les mostraba las principales calles, las más importantes tiendas, los más emblemáticos edificios, los alambrados cercanos a las torres gemelas con las fotografías y los mensajes amorosos de aquellos que perdieron un ser amado; esto era quizá lo único nuevo y le conmovió su alma.

El autobús paró cerca de este lugar y Lucía decidió leer algunos de los mensajes que, palabras más o palabras menos, eran expresión de amor y profundo dolor por la pérdida. Se estremeció, pensando lo triste que sería para sus hijos que ella muriera, más aún si fuera por decisión propia. Se imaginaba su muerte, lograba ver en imágenes que le atravesaban la cabeza algunas personas cercanas que sin duda asistirían y de manera increíble escuchó frases que supuso dirían: “Lástima, era tan amable”, “Increíble..., tan joven”. ¿Qué le

sucedería? El frío le recorrió el cuerpo; algo muy fuerte estaba pasándole y tenía que tomar cartas en el asunto pronto.

Así de la nada se le ocurrió rezar en silencio un rosario normal, no recordó los misterios, pero entre diez avemarías y su concierne respuesta pidió a Dios cosas para su vida en un susurro.

—Señor, ayúdame a perdonarme; Señor, permíteme conocerme, que yo logre claridad en mi pensamiento, que me ame y ame la vida, que este momento sirva para mi fortalecimiento y para mi crecimiento.

Cerró sus ojos por un rato mientras seguían montados en el turibús y de pronto Arturo la despertó y le dijo:

—Ven, bajémonos para ver el museo de arte moderno. ¡Uauuuu!

Lucía se bajó rápido y con cara de sorpresa.

—¿Quieres entrar al museo?

—Sí, claro. Por supuesto no será largo tiempo. Sabes que no me gustan.

—Claro que sí, entremos. De hecho, me siento feliz. Esta era una sorpresa que en este viaje no esperaba.

Feliz, qué palabra tan deliciosa, estar feliz es lo máximo cuando esa felicidad sale de tu ser interno; y para ser sincera era extraño, pero en medio de esa angustia que estaba cargando, en ese momento, se sintió feliz.

El museo de arte moderno es una construcción de altas columnas de tipo romano, con un color gris pálido y unas escaleras muy imponentes que te hacen sentir como que estás subiendo a algún lugar en el cielo; así lo vieron Lucía y Arturo desde la calle del frente.

—¿Qué te parece? —dijo Arturo—. Imponente.

—Imponente.

Curiosamente contestaron al unísono, sin quitarle la mirada al edificio. Ambos sonrieron.

Se tomaron de la mano —llevaban tiempo sin hacerlo—, cual universitarios; corrieron como jóvenes hacia la entrada. Era como volver a esa edad en la que el conocimiento te impresiona y tú deseas capturarlo, es importante para ti. Entonces compraron los boletos y entraron.

En el primer hall, muy cercano a la entrada, se iniciaba el recorrido del museo mirando algunas esculturas y objetos de la Grecia y la Roma antigua; la mayoría eran cuerpos y cabezas mutilados por las guerras y, sin duda, por el tiempo. Al fondo, se exhibían unos sarcófagos muy decorados y, a través de ellos, les contaron la importancia de los rituales de la muerte de esas épocas antiguas, diversas para cada cultura.

Lucía los miró con atención, eran una belleza hablando de su tallado. Se trataba de unas inmensas piedras que tenían por dentro el espacio para guardar al difunto y por fuera las imágenes repujadas en la piedra que contaban la historia cultural, con los más increíbles detalles de la ceremonia.

Se sentaron en unas banquitas dispuestas para el descanso y la observación.

Lucía volvió a sus convulsionados pensamientos, se dio cuenta de que en realidad no quería morir, amaba la vida, pero qué misteriosa e importante ha sido la muerte para todas las sociedades, qué contraste de dolor y de liberación el que contenía. Se preguntó: ¿por qué estaba siendo tan presente esa idea en este momento de su existencia? Pero no tenía respuesta.

Concluyó que la muerte en sí misma no era mala, ni oscura, ni fría, que lo que estaba oscuro, malo y frío era algo dentro de su experiencia de vida que no se estaba elaborando correctamente, quizás su mente estaba usando ese pensamiento de muerte justamente como alternativa de liberación, y tal vez la máxima de todas las liberaciones. Pero es demasiado drástico y dramático pensar en una experiencia de vida cuando se está en conflicto y que todo termine con la muerte provocada, porque la vida con todas sus contingencias se vive para el crecimiento. De esto se trata, de aprovechar lo que acontece para crecer, para evolucionar espiritualmente. Agachó de nuevo la cabeza tomándola con sus manos. En realidad, no sabía por qué le sucedía esto, pero expresarlo, aunque fuera mentalmente, le dejó un halo de alivio.

Seguía escuchando al guía, aunque a veces le perdía la pista cuando su mente le hablaba más fuerte. Reflexionaba si quizá esta calma que sentía ahora ante estos sarcófagos era el resultado de no estar apegado a la vida, el miedo de morir que genera sufrimiento.

Ella estaba en un estado de conciencia en el que empezaba a comprender que no quería morir, entendiendo que la muerte era importante y necesaria, por demás lo único seguro de la vida, y por alguna razón no tenía miedo.

Siguieron el recorrido, muchas pinturas impactantes por la nitidez de las imágenes, la capacidad de los artistas para inmortalizar episodios de la comedia humana y social de ciertas épocas de la historia, muchos salones de palacio y relatos de cuando se produjeron las obras que suenan en los oídos como episodios memorables. Hay que decirlo: la arrullaba estar allí, se sentía en armonía, algo le pasaba con el arte, algo que la armonizaba y despertaba una felicidad profunda. Entendió que el arte era en su vida, como una luz cuando se está frente a un tenebroso abismo.

—¿Un café, Arturo?

—Sí —respondió amable.

Caminaron por el museo, lo bordearon por el segundo piso hasta encontrar el café, unos inmensos ventanales les permitían divisar Central Park, dejándolos recrear en un hermoso paisaje, ideal para sentir reposo.

Muy cerca del café encontraron un espacio que antes fue terraza pero que ahora estaba cubierto con un techo en cristal desde donde observaba el cielo. Allí había unas esculturas mitológicas, con historias escalofriantes que se detuvieron a mirar con atención. La historia decía que representaba a un padre que se había comido a sus hijos.

Lucía cuestionó para sus adentros cómo un padre podría hacer tal cosa, y si en realidad había ocurrido en la historia de la humanidad algo así. Volvió a contactar con la angustia que dispersó durante la mañana, esa que le estaba produciendo tantos pensamientos sobre la muerte.

Viéndolo bien, sí, había muchas maneras en las que un padre podría comerse los hijos, pensó: cuando los ignora, los abandona por falta de amarlos, jamás abrazarlos, nunca acompañarlos. Esta sensación de soledad le arrancó lágrimas. Reconoció que ella también conocía ese dolor de muerte en la relación con su padre, encontró frente a esta escultura la forma en que se quedó lesionado su ser más profundo para siempre, el desamor. ¿Será acaso esa tristeza escondida parte de este deseo de muerte? Pero no merecía esa muerte, es la más inútil de todas, la que puede provocarse uno mismo. Y las lágrimas corrieron por sus mejillas.

En fin, el recorrido por el museo fue más largo de lo que imaginaron y sus reflexiones dolorosas y profundas le quitaban peso. Había un vacío muy grande, era real, nunca como hoy estuvo tan consciente de este dolor guardado, y por primera vez se dijo: tendré que visitar al psicólogo, esta depresión tiene su causa, la doctora tiene razón, buscaré ayuda a mi regreso.

Pero esa mañana, en ese sorpresivo recorrido, entendió que el arte corría por su sangre, era un lenguaje que la conectaba con la vida y también con la muerte. Es arte todo aquello que se esculpe, pinta, escribe o canta; es arte también extraer profundas reflexiones de lo visto y lo sentido, criticarlo o alabarlo, porque finalmente es quien se detiene a ver, oír, leer u oler, quien le da nuevamente vida a lo ya creado, es la conciencia de que se existe, y la posibilidad de la permanencia, lo que en esencia nos hace existir. Suspiró emocionada de todo lo que empezaba a comprender su alma.

Salieron apresurados del museo, el día se fue en un abrir y cerrar de ojos, y es que cuando uno hace cosas que lo divierten y le enseñan, el tiempo se vuelve como agua entre las manos.

Estaban relajados; por horas se desconectaron de la realidad presente. Arturo, mucho más práctico y menos en conflicto con su ser, hablaba de lo que le había impresionado o no cada cosa que vio, y con esa sensación de libertad en que los dejó ese encuentro con el arte decidieron tener un día sin destino, sin plan, sin programas específicos, un día en el que solo el mapa de las distintas rutas del metro eran garantía de que no se perderían infinitamente en la atractiva ciudad de Nueva York.

Tomaron la estación más cercana al hotel Hilton, que estaba a dos manzanas, y compraron diez boletos para poder bajar y subir desprevenidamente en cualquier lugar.

De primer impulso y con toda la energía que se tiene en la mañana, la decisión conjunta fue ir hasta un punto muy alejado. Después de ingresar al metro, Lucía logró un sitio para sentarse y Arturo encontró un puesto junto a ella solo cuando el tren se alejó suficientemente de los cotizados lugares neoyorquinos, y por un buen rato fueron en silencio.

Tuvo una noche difícil, se sentía acosada, perseguida, no había podido conciliar un sueño tranquilo ni duradero, sentía ansiedad de tomarse un bote entero de pastillas. De todos modos, la angustia cansa más que cualquier trabajo físico, porque pesa y es un peso que parece no tener descanso.

El tren empezó a quedarse solo; por un buen rato estuvieron en ese vagón solos, silenciosos, distantes sin un tema para compartir ni algo que los hiciera reír. Cada uno en lo suyo, él simplemente mirando el paisaje que se iba quedando atrás con la velocidad del tren, con la liberalidad que lo caracteriza, y ella simplemente pensando sobre la vida como hacía mucho tiempo no lo hacía.

Pero Arturo rompió esa distancia y se acercó, extendió sus brazos y la tomó por la espalda en un abrazo que guardó en su caja espiritual de los recuerdos para jamás olvidarlo, quizá por lo tanto que lo necesitaba; no pronunció palabra, solamente la abrazó.

Frente a ellos y mimetizado en el paisaje, la ventana del tren reflectó como un espejo aquella imagen tan bonita, la del abrazo, que tanto tiempo había esperado, que tanto anhelaba. Fue tan fraternal que, sin que Arturo lo notara, Lucía dejó correr un millón de lágrimas de felicidad. Ese era el camino, eso revestía de nuevo su alma.

De regreso a la habitación y ya casi dando por finalizada su estadía en Nueva York, pasaron por la iglesia de San Patrick, muy bella, era famosa, y visitada masivamente por los turistas. No tenía ninguna referencia de cuál era su importancia, además de las características arquitectónicas y estéticas que son evidentes. Aquella imagen quedó grabada, aun cuando ya estaba mirándose los pies descalzos en la alfombra.

El cielo oscureció de repente; se quedó en la acera del frente del templo observándolo y de pronto vio salir unos ataúdes blancos que llevaban un pequeño velo blanco de novia en la punta, los cuales, atravesados por una corriente de aire frío, ondeaban suavemente; la imagen tan curiosa la hizo acercarse más. Salían también unos señores que con palas empezaban a despigar el suelo frente a cada ataúd como para hacer un agujero. La piel se le puso de gallina, pero igual quería verlo. Tenía la intención de entrar en el templo y orar un poco, cuando miró hacia adentro vio una fila de ataúdes negros tan brillantes que la encandilaron y, adornados por un pequeño corbatín, hacían fila por la entrada principal del atrio; pero todo el templo estaba vacío. Buscó a Arturo y no lo vio, en cambio dos de sus pequeños hijos tomaron asustados sus manos

mientras veían unos inmensos perros que venían corriendo hacia ellos con toda su furia. Lucía miró un frondoso árbol que estaba cerca a la iglesia, amarró a sus hijos y los puso a dar vueltas hasta que los perros no pudieron alcanzarlos y se alejó del templo. No eran las cinco de la mañana todavía cuando el despertador irrumpió con su molesto ruido su intranquilo sueño, con su corazón acelerado por las imágenes que visualizó sintió alivio de despertarse.

—Arturo, Arturo —gritó Lucía consternada mirando el reloj—. ¡Tenemos que irnos o volveremos nadando a casa!

Tomaron un taxi que los llevó al aeropuerto John F. Kennedy y entraron a la terminal de Delta apresurados corriendo.

El avión despegó y la tristeza de saber que estaba de alguna forma regresando se hizo sentir, la distancia de todo y de todos la estaba desintoxicando de un montón de cosas y le embargó una sensación de miedo al saber que pronto estaría en la casa.

A 22.000 pies de altura y con velocidad de crucero, el capitán del avión saludó a sus pasajeros. Lucía se acomodó en la silla, visionando que en el futuro todo estaría mejor.

Capítulo 3. Una luz en el abismo

Llegaron a la casa cuando ya caía la noche; el viaje fue bueno sin duda y se sentían más unidos. Recordaron cada lugar que los impresionó y cómo se divertieron perdidos por Nueva York. Llevaban tantos años juntos que en realidad eran armónicos para convivir, sobre todo cuando estaban solos.

Pero unas horas después de arribar, Lucía empezó de nuevo a llorar sin motivo y dijo:

—Necesito salir, Arturo, siento ahogo y desespero.

Él siguió viendo la tele sin darle mayor importancia.

—Acabamos de llegar, pero si te hace feliz, te caerá bien.

Ella se demoró en volver; no quería llegar y en los siguientes días estuvo siempre fuera de casa, hasta que Arturo le reclamó reprochando su conducta:

—No me parece bien. Ni de día ni de noche, a ninguna hora estás en la casa.

—Sí, es verdad, no sé por qué, pero esta casa siempre me ha causado desasosiego, lástima que no lo notaste antes. Ya sé que soy muy pesada con el tema, pero voy a volver con el viejo cuento de que nos mudemos. Yo te lo he pedido mucho, Arturo, pero ahora te lo suplico.

—¿Irnos de esta casa? —Endureció la mirada y arreció la voz—. Te lo he aclarado mil veces: de esta casa solo me sacan con los pies para delante. Me defrauda tu actitud. Parte de las razones por las que me casé contigo y no con otra de mejor clase social era que me gustaba tu sencillez. Yo nunca he querido una vida de opulencia, siempre he querido una vida de bajo perfil y a mí se me hace que tú lo que quieres es cambiar de estrato económico o, quizá, tener una casa más grande o más costosa que mostrarle a tu familia.

Trató ella de que no la ofendieran sus palabras y retomó.

—No, te equivocas, no quiero una más cara. Simplemente siento que en esta casa se me baja la energía. Llevo años luchando contra esta depresión, contra un montón de enfermedades, y algo me dice que si cambiamos de casa empezaremos a resolver la situación. Es más, puede ser una habitación grande, si es que quieres sentirte más pobre que ahora, puede ser en un barrio menos bueno, de menor estrato socio-económico, pero, por favor, sácame de esta casa —empezó de nuevo a llorar.

—Eso son manipulaciones tuyas, mujer. Deja de hablar de estupideces de energía y de cosas extrañas y deja de llorar, porque con lágrimas no conseguirás

nada. De todos los lugares donde hemos vivido este es el mejor, no seas malagradecida.

El tiempo siguió pasando y la depresión simplemente se la estaba comiendo. Los problemas, por más pequeños que parecían, se hacían más grandes, y ya dudaba de si podía manejarlos.

Cayó de nuevo a la cama, a batallar con una enfermedad que no quería enfrentar.

Esa mañana no dejó que abrieran las cortinas del cuarto; ya no soportaba que la luz del sol entrara por la ventana. Estaba lastimada en lo más profundo, se sentía sola y lo peor: no pensaba que estar viva tuviera algún valor.

El llanto la atrapó de nuevo y terminó perdida en el espacio y el tiempo, sin poder hallar el camino.

Las horas pasaron, pero el reloj se detuvo y caminó hacia atrás, llevándola a imágenes del pasado que la hicieron gemir desgarradoramente. Parecía que ni Dios mismo podía consolarla.

Entre sollozos y oscuridad comprendió que la vida es como un juego de naipes, desde que se tiran las primeras cartas se sabrá la posibilidad real de que ganes el juego. Ella, por ejemplo, parecía estar perdiéndolo, y eso tenía sus razones. Como si el naipe se proyectara en una pantalla que le daba de frente encandilándola, apareció una baraja. Una carta se le acercó interrumpiendo su estado límbico y excitando las neuronas más sensibles.

—¿Qué pasa? ¿Quién me está despertando? ¿No saben acaso que lo único que quiero es dormir? —dijo Lucía en voz baja.

Era la imagen de un hombre sentado en un trono enmarcado por unas columnas detrás de él que lo hacían imponente. Era extraño. Llevaba una triple corona o, mejor dicho, una corona de tres pisos muy adornada. Con su mano derecha bendecía a dos monjes que le estaban haciendo reverencia. Mientras, con la mano izquierda sostenía en un gesto de poder un cetro de tres cruces.

Lucía intentó que desapareciera espantándolo con sus manos; no quería verlo y sentía que no tenía nada que decirle, pero él se mantuvo reflejado en su imagen.

—¿Por qué lloras? —Lucía mantuvo el silencio—. ¿Crees que no tengo el derecho a preguntártelo?

—No.

—No debes llorar. Llegaste bendecida al mundo, lo supe desde que te vi. Ese día en que viniste al mundo visité a tu madre. Hacía un largo tiempo que no me aparecía por la casa, pero cuando naciste, me entró una gran curiosidad de conocerte. Me acerqué a la vieja cuna por la que habían pasado todos tus hermanos y cuando te miré, vi que tenías un ángel grandioso y entendí que nada te faltaría.

Lucía empezó a llorar agitadamente y, con palabras entrecortadas, respondió:

—Me hiciste falta tú y nada material podrá llenarlo. El amor, la compañía, la seguridad y el abrazo del padre son elementos de equilibrio en el corazón humano y el mío llora tu ausencia, aunque en el pasado me veía fuerte y nunca quise pensar que eras importante, seguro con miedo de que me hicieras daño. Mírame, padre, aquí estoy luchando para no morirme y tu ausencia me quita fuerza.

—No quiero juzgarte.

—Ni yo a ti, pero quiero entender mi dolor para poder superarlo. Vete tranquilo al reino de los muertos, descansa en paz, yo que aún estoy en tierra debo buscar mi equilibrio sin ti para no dejarme vencer por la muerte a la que me llevará esta profunda tristeza. Ahora entiendo que no estabas consciente de tu papel de padre y de la importancia de hacer bien la tarea emocional y espiritual. Estabas solo ocupado de que lo material no faltara. Yo te perdono y quiero que estés en paz donde te encuentres.

—Equivocada estás, mi querida hija.

—¿Equivocada yo? —respondió molesta.

—Si —dijo el rey con firmeza—. Cada ser que viene a esta tierra tiene un destino y, aunque sus acciones no se ajusten acertadamente a las leyes terrenales, siempre cumple con las leyes espirituales y divinas. Incluso Jesús, el hijo de Dios, cumplió con lo escrito. Cada uno tiene un destino y ese destino es perfecto. Yo he cumplido con el mío, aunque no lo entiendas y no te guste.

Desapareció el hombre que para ella hasta ese momento solo había significado “desamor” y ahora significaba “destino” y con él se fue el llanto profundo, dejándola en la oscuridad de la habitación y, en el más aletargado de los silencios, solo tuvo un pensamiento: “filosófica la disculpa”. Se quedó dormida.

Pero de nuevo volvió a ser despertada. Se levantaba mágicamente por los aires densos de su habitación la carta con la imagen de una mujer sentada en un lujoso trono, suntuosa en su vestir, imponente corona y angelicales alas; sostenía en su mano izquierda un cetro apuntando a su vientre.

Con gran ternura la miró y le dijo:

—No llores, Lucía. La vida te ha dado tanto, no tienes por qué llorar. Mírame a mí, ocho hijos, un esposo invisible que me dejó sola con la obligación sin tener siquiera una casa en que vivir. Pobreza, hambre, desorden, soledad, y mira, aquí estoy.

Lucía sintió pena por ella. La escuchó en silencio y sollozando en voz baja le preguntó:

—¿Y por qué soportaste todo eso? ¿Acaso hiciste algo por cambiar esa dura

realidad?

—La verdad, siempre creí que ella cambiaría por sí sola y así fue, porque todo está en movimiento. Yo asumí que eso era lo que me había tocado vivir, así que lo viví.

—¿Y fuiste feliz?

—Fue demasiado el trabajo, pero eso me tocó. Para qué preguntármelo ahora. Ya tengo muchos años. El pasado ya pasó.

—Tú dijiste que alguna vez fuiste muy vanidosa, que comprabas cosas muy lindas, que tenías ganas de vivir. Yo estuve a tu lado muchos años y nunca pude ver eso, y en el fondo eso aprendí, a no sentir ganas de casi nada y a no luchar por cambiar nada. ¿Cuándo renunciaste a ser alguien que merecía amor, comodidad, respeto, ayuda, compañía?

—Es cierto, no tuve eso que dices, pero Dios nunca nos desamparó. ¿Sabes qué tuve yo que ahora noto que no tienes tú? Fe en el avance de la vida, en el proceso.

La emperatriz no contestó más preguntas y desapareció.

En ese instante Lucía sintió pena por ella misma. Tiene razón, pensó, uno puede equivocarse en muchas cosas, pero lo que nunca puede perder es la fe en que la vida sirve para lograr tu máximo potencial y a veces cuanto más dura parece ser, mayor es la posibilidad de lograr sacar lo máximo de ti mismo.

Ella tal vez sentía que perdía la batalla, y en realidad estaba camino a la comprensión. No era el padre, ni la madre, los errores cometidos o los faltantes, al menos los que ella consideraba errores, la causa de su dolor. Entendió que tiene poco sentido la vida si nos la pasamos culpando a otros. Si su madre había estado conforme, por lo menos envejecía en paz, pero si ella buscaba su propia paz, se hacía imprescindible que encontrara lo que la perturbaba y lo cambiara a como diera lugar o lo aceptara. Ya tenía edad para luchar por las cosas que consideraba merecer. Si su padre no había estado para acompañarla y ayudarla a crecer, ya nada ganaba con quedarse llorando o señalando su actitud. Finalmente era verdad, todos teníamos un destino en el que transcurrir y por el cual responder.

Detenida en ese laberinto oscuro de quien pierde las ganas de vivir, sin noción del tiempo y sin aliento para bañarse, vestirse o hablar con alguien e inquieta por las conversaciones sostenidas con la emperatriz y el rey del destino, se cuestionó sobre la estructura emocional que sostenía su vida. A lo mejor, pensó, si reparo la columna rota podré salir de este atolladero ilesa.

Una carta más se le vino a la mente. Era la figura de una mujer madura y muy

bella, parecía estar vestida con prendas religiosas del más alto rango. Tenía un gran y hermoso libro sobre sus piernas y un manto al fondo enmarcaba tan bella imagen. Se parecía mucho a alguien que admiraba desde niña. La mujer con voz profunda y asertiva le dijo:

—Qué bien que estás dejando de llorar. Me gustaría que te levantas y te bañaras. Yo te ayudaré. Escogeremos el mejor de los vestidos porque la vida hay que celebrarla y tu belleza debe adornar todo lo que tocas y administras en el mundo terrenal.

—¿Cómo sabes que he llorado?

—Siempre te acompaño y aunque tú me veas solo como la inspiración de la belleza, el cuidado y el buen gusto, yo en realidad soy la reina de la confianza y la seguridad, esa que acabaste de invocar. Por eso he venido, porque tu verdadera belleza no está en lo que tienes material ni en el vestido que te arropa. Está en la confianza, la fe, la certeza, la seguridad, todo eso que al final debe traducirse en claridad. Así sabrás ubicar tu norte y darle adecuada cabida en tu vida a las cosas, personas y experiencias que valgan la pena, no como lo haces ahora, que abres tu templo físico y espiritual a todo el mundo. Levántate, abre el ventanal y deja que entre el viento fresco y se lleve el miedo para que puedas cruzar la puerta definitivamente.

—¿Cuál puerta? —preguntó Lucía intrigada, pero la bella mujer desapareció igual que todos.

Sintió la compañía de su familia y percibió que estaba hecha de sus aciertos y errores, aunque la propia Lucía corriera sin descanso tratando de invisibilizarlos. Después de haberlos visto se dio cuenta de que nunca estuvo sola. A veces, pensó, cuando las cosas no están puestas como a uno le gustan, dan la sensación de que no son adecuadas; sin embargo, por algo pasa lo que pasa y tienes lo que tienes.

Así las cosas profundas de su vida se estaban reacomodando y ya empezaba a encontrarles algún sentido.

Unas lindas carcajadas se escucharon a lo lejos. Dos niñas venían hacia ella bajo un sol impresionante que las bañaba con sus rayos, venían boca abajo, como si caminaran bajo el techo. La imagen se le hizo más nítida y este juego de la mente se le hizo entretenido, se esforzó en descifrar lo que se proyectaba y se volteó hasta lograr identificarla completamente. Era una niña de unos siete años angelical que no paraba de reír. Cargaba en sus brazos a otra más pequeña y le decía cantos de arrullo: duérmete, linda, duérmete ya... Unas lágrimas lentas y dulces corrieron por su rostro. Se dio cuenta de que siempre había sido tratada con amor incondicional.

Sintió alivio, liberación y un calor arrullador, igual que la pequeña que se

proyectaba en ese sueño con que la magia blanca, esa fuerza oculta y misteriosa, trabajaba dentro de sí para sacarla del agujero negro en el que se había metido.

Un aire fresco la hizo sentir viva. Se estaban curando las viejas heridas, esas que se quedan incrustadas en el corazón del niño, no porque sean graves, sino simplemente porque no pudo comprenderlas en su momento, al punto que le enredan su mente y le enfrían su corazón. Todo se estaba soldando y la mágica aguja universal empezaba a coserla de adentro para afuera. Se quedó dormida en un día en el que no quiso darle la cara al sol.

Fueron ocho largos días con sus noches, entre imágenes cortadas, reflexiones de su existencia que afloraban desde lo más recóndito del ser y el reconocimiento de la presencia de sus seres más cercanos que siempre estaban ahí; la enfrentaron a eso de lo que estaba hecha en realidad: la presencia, la ausencia, la carencia, la fortaleza, la fe, el amor, un montón de riquezas interiores que la constituían. Con los ojos hinchados de tanto llorar y un embotamiento que la había desconectado de la realidad, entró en un estado intermedio del sueño.

Pasaron algunas horas cuando le llegó a la cabeza la imagen de su doctora.

—Tómate el medicamento para la depresión; una pequeña dosis que no te hará daño —le decía mientras recordaba su mirada asertiva y al mismo tiempo comprensiva. Recordó que la tomó con fuerza de la mano y continuó mirándola fijamente, casi como dándole una orden de mamá—. En pocos días dejarás de llorar y verás la vida de otra manera, no le des la espalda a esta enfermedad.

Sin pararse de la cama, dio la vuelta sobre el cuerpo para tomar el teléfono y con la voz entre cortada en un sollozo que no logró controlar, marcó a la farmacia central.

—En que puedo servirle.

—Buenos días —respondió Lucía—. Excúseme, busco un medicamento para la depresión.

—Sí, lo tengo. Trae treinta pastillas —respondió el dependiente.

—Por favor, envíemelo lo más pronto que pueda. —Y empezó a llorar sin poder contenerse.

La persona de la farmacia calló un momento y después conmovida, le pidió los datos de envío y le prometió que pronto se lo haría llegar.

Unas semanas después y tal como lo pronosticó su médica personal, Lucía se estaba recuperando, se sintió mejor de ánimo, volvió a salir a visitar a la familia y a los amigos y aceptó que estaba enferma y que quería sanarse, segura de que trabajaría de frente ante este jinete loco que es la depresión que incluso

podría matarla. Pidió la cita donde un reconocido psicoterapeuta, pero se la dieron para el mes siguiente; el hombre había ganado reconocimiento y estaba muy ocupado.

Esa noche, con un poco más de fuerza, esperaba ansiosa a que Arturo llegara. Él se alegró de verla en pie, no era alguien que supiera lidiar con la depresión; no consideraba eso una enfermedad real, sino una pataleta de niña caprichosa. Pensaba que lo causaba el no haberle dado gusto en la famosa petición del cambio de casa, pues simplemente se acostó a llorar. Pero era alentador que la viera en pie porque él empezaba a desesperarse con la famosa depresión.

Lucía no escatimó en mostrar alegría de verlo, le sirvió un vaso con agua y le pidió que hablaran. A Arturo poco le gustaba dialogar y menos si se trataba de temas trascendentales o existenciales, no de muy buena gana espetó:

—Qué necesitas.

Lucía entendió que tenía que ser corta y directa. De otro modo la dejaría hablando sola.

—Debemos irnos de esta casa, esto ya es en serio, de aquí no vas a salir tú con los pies para adelante, sino yo y muy pronto, porque esta depresión me está haciendo sentir ganas de suicidarme. Nunca te lo he comentado porque sé que no crees en nada, pero, en serio, necesito salir de esta casa.

De repente se escuchó un grito desde la calle:

¡Se arreeeeegla la de presión, se arreglaaaaa la de presión!

Era la voz de un hombre que pasaba diariamente por el barrio con una carretilla llena de repuestos para arreglar o incluso comprar ollas a presión.

Arturo, jocosamente, le insinuó:

—Deberías salir corriendo para que te arreglen la depresión, eso es una “enfermedad” tan ridícula que hasta en la calle lo arreglan.

Lucía tomó aire tratando de contenerse, omitió la broma como si no la hubiese escuchado.

—Tenemos que vender esta casa e irnos. Es urgente.

Arturo rio y le señaló hacia la puerta. Para su fortuna y con un poco más de fuerza, mucho más tranquila gracias al medicamento que estaba haciendo su efecto, Lucía movió su cabeza asintiendo.

—Mañana la usaré.

Esa noche preparó un par de maletas, lo que inquietó a su esposo, que se acercó y le dijo en tono amenazante:

—De aquí no sacarás ni una sartén.

—No te preocupes, todo te quedará a ti, y los niños también se quedarán.

—Te lo advierto, así será.

—Si no tengo trabajo, ¿cómo podría llevármelos? Sería irresponsable.

—Loca e irresponsable, eso es lo que eres.

Ella no lo miró, siguió como inadvertida seleccionando lo que se llevaría y él continuó:

—No puedo creer en la mujer en que te convertiste. Por la obsesión de una casa eres capaz de dejar a tu familia —le reclamó en mal tono.

—Ya sé que nunca intentarás entenderme. Me voy para salvar mi vida, que siento, se esfuma en estas cuatro paredes. ¿De qué le sirvo muerta a mi familia? De nada. Solo serviré si sobrevivo y estoy luchando. Esta decisión es una parte importante de mi supervivencia. No intentaré que lo entiendas.

Ese día fue nuevo para ella: no se sentía feliz ante tan difícil escenario que planteaba esa decisión, pero sí liviana. Abrió las cortinas de la alcoba a media marcha dejando que entrara algo de luz; aún no estaba preparada para recibirla completamente. Se duchó rápidamente, se recogió el pelo en una cola dejando el rostro limpio y triste al descubierto y se fue a caminar.

Regresó y tomó lo poco que había puesto en una desgastada maleta —no quería llevarse nada que después fuera a serle necesario a sus hijos—, se despidió de los niños que, entre lágrimas, solo podían comprender que la maleta significaba un largo viaje, les dijo que pronto estarían juntos de nuevo y se fue.

No pasaron muchos días cuando logró conseguir un trabajo y así pudo tomar en alquiler un departamento pequeño; compró una colchoneta que extendió en el suelo, una manta, un juego de ollas, un vaso y los cubiertos, y por primera vez en toda su vida durmió completamente sola, porque en la historia de su vida solo conocía dormir en el rincón que formaba la cama pegada a la pared junto a su madre, ocupando el lugar de aquel padre que nunca volvió, y después haber dormido en el borde de la cama de Arturo por casi quince años.

Ahora estaba en el centro de este colchón mirando hacia el vacío de estas orillas que pronto pensaba llenar con fortaleza.

Unas semanas después de haberse ido de la casa, llamó para saludar a sus hijos y contestó una mujer que ella no conocía.

—Hola, buenos días.

—Buenos días —respondió a secas la mujer.

—Excúseme, ¿me puede pasar a alguno de mis hijos?

—¿Doña Lucía?

—Sí. ¿Quién es usted?

—Soy la nueva empleada de don Arturo. Mi nombre es Carmen.

—Mucho gusto, Carmen —contestó Lucía mientras espiró, soltando la tensión que le produjo pensar que ya le habían encontrado remplazo.

—Doña Lucía, hacía días que quería hablarle.

—¿Y eso, Carmen?

—Es que yo solo llevo acá quince días, pero le cuento que esta semana quise hacer una buena limpieza y me dio por mover todo y cómo le parece que encontré algo muy raro y maluco.

—Cuénteme, Carmen, ¿qué encontró?

—Debajo de su lavadora, una bolsita negra con tierra y unos huesitos.

—Mmmm —dijo Lucía quedándose por unos segundos sin hablar—. ¿Y usted qué hizo?

—A mí eso no me gustó, señora, y la verdad me dio miedo, pero yo hice lo que siempre he escuchado que se debe hacer: los boté por el sanitario. Solo le quería decir que se cuide mucho, yo no la conozco, pero alguien les quiere hacer daño.

—Muy bien, Carmen, muchas gracias. Me sobra decirle que me cuide mucho a mis niños ahora que no puedo estar allá.

—Sí, señora, cuente con eso.

Y así se despidieron haciendo a partir de ahí una alianza de mujeres que compartían un secreto.

Silbaron vientos frescos, se recuperó totalmente, en la salud y en lo económico, volvió a florecer, a iluminarse y recobró la belleza que da la seguridad.

Los niños se movían de la casa de Arturo a su apartamento y compartían buenos momentos, pero todos sabían que algo de importancia se había roto; y era nada más y nada menos que sus almas, que ya no podían sentirse completas; aunque parecieran felices, los niños terminaban diciendo: qué bueno habría sido si esto lo hubiéramos hecho todos juntos.

Un día, Nicolás, el pequeño de los niños, le dejó una nota sobre la mesa del comedor: “Mamá, ¿puedes tú reparar esto?”.

Mientras Lucía lo leía con un halo de tristeza sonó el teléfono y se escuchó:

—¿Doña Lucía?

—Sí, ¿quién habla?

—Buenos días. Soy Gonzalo Frutos, el abogado de don Arturo. Necesito reunirme urgente con usted.

—Claro que sí, cuando desee. De hecho, ahora estoy en casa, por si quiere pasarse por aquí.

—Deme una hora y su dirección y allí estaré.

Tocó a su puerta el abogado, algo los conectó de inmediato, eran casi de la misma edad, de la misma estatura, él era moreno, muy tranquilo, estaba muy bien vestido y de entrada le dio un saludo amable; sirvieron un café y empezó a contarle la razón de su visita.

—Sabe usted que en este país existen cinco causales para obtener un divorcio: que el matrimonio no se consuma, que se demuestre homosexualidad, que se demuestre el maltrato, que se demuestre demencia o que se deje de convivir por dos años. En el caso de don Arturo, que le envía este documento para consolidar el divorcio, la causal a la que estamos apuntando es la última.

Detuvieron la conversación técnica para degustar el café y cambiar de tema hablando sobre la vida y sus dificultades, pero Gonzalo estaba ahí para trabajar así que retomó:

—Mi cliente tiene prisa en firmar; ese es el motivo por el que acepté venir hasta aquí, no suelo acudir a las casas de la parte contraria en un pleito, pero don Arturo me encargó hiciéramos este trámite lo más pronto posible. Quizá usted ya lo sepa, pues no es secreto que él está comprometido en matrimonio y su nueva pareja está presionando sobre la fecha definitiva del enlace.

—No, no lo sabía, es decir, el tema de la boda. Sabía que no estaba solo, pero esto es nuevo para mí.

—¿No quisiera luchar por su matrimonio?

—¡Sin duda!

Le mostró la nota de Nicolás que aún estaba sobre la mesa; el abogado conmovido se quedó mirándola.

—Vamos a hacer algo. Yo digo que no me he podido comunicar y le doy tiempo a ver si se le ocurre algo. Es posible que logre parar esa boda, porque sinceramente, y se lo digo quizá como hombre y no como letrado, veo a don Arturo bastante presionado, pero no lo noto feliz y a él le tengo mucho afecto.

—No sabe cuánto le agradezco. Siento como si se me cayera una venda de los ojos.

—Bueno, doña Lucía, no me comprometo, pero voy a tratar de darle el mayor tiempo posible. Dios la acompañe en la tarea. Me alegraría si logra su cometido, pues soy de los que piensa que este mundo tiene su mayor causal de descomposición en los hogares dañados, familias enteras perdidas en la soledad y en el desamor, yo veo que tiene ganas de reconstruir su familia. Esfuércese, que las mujeres tienen gran poder para lograr mantener las familias unidas y para aliviar las alas rotas.

Esbozando una sonrisa de complicidad, el hombre se despidió dejando la inquietud sembrada en ella.

Esa noche no pudo dormir, intentando que se le ocurriera algo para evitar la boda, pero era difícil, durante dos años y medio nunca se había vuelto a encontrar con Arturo ni habían cruzado una sola palabra. Sabía que él estaba resentido porque jamás creyó su sensación de que algo en la casa le causaba la depresión y el malestar. Él consideraba que ella lo había traicionado en busca de mejorar materialmente y nunca quiso dar crédito a esas bajas energías que enfrentaban, aunque Lucía sabía que había hecho lo correcto, de hecho, ya estaba bien y era de nuevo una mujer fuerte, productiva y sana.

Recordó el sueño, ese que tuvo en el viaje de Nueva York, volvió a ver los ataúdes blancos con sus pequeños velos afuera de la iglesia de San Patrick, pero vio con gran nitidez que los ataúdes negros siempre estuvieron dentro de la iglesia, por primera vez una interpretación del sueño se vino a su mente; a lo mejor toda esa brujería en que parecía estar envuelta era para lograr la muerte nupcial; sin embargo, Arturo permanece firme, él nunca salió de la iglesia, quizá en su corazón está el vínculo, la promesa que hicimos, la carta guía de nuestra vida matrimonial, esa que nos dio el sacerdote, también tenía un conjuro; la decisión de amar a pesar de todo.

Ese recuerdo mezclado con un mensaje casi de clarividencia que tiempo atrás no pudo interpretar de la misma manera le dieron valor y se sentó mirando de nuevo la nota de Nicolás que permanecía sobre la mesa. Con todo a su favor dándole fuerzas para luchar, tomó un papel en blanco y escribió una carta para Arturo. Fue sumando palabras hasta completar casi tres hojas en las que estaba cada día de sus vidas, todos los momentos que los hicieron reír y llorar, los nacimientos de sus pequeños y aquellos hilos que, aunque parecían invisibles, solo necesitaban tocarlos para quedar de nuevo conectados. La carta era un reto en toda regla, se requería mucha fortaleza para afrontarlo.

No durmió ni un minuto y cuando terminó, se dio una ducha y se fue a dejar la carta al guarda de su antigua casa. Tuvo suerte de que ese hombre fuera un nuevo vigilante y no la conociera, así se evitó chismes y habladurías de portero. Solo pasar por la calle le resultaba pesado; aquella casa la sentía ajena y en ella percibía un poder maligno tan fuerte como para lograr expulsarla lejos de su familia.

Pasaron algunos días y Lucía empezaba a perder la esperanza de que Arturo le respondiera, sobre todo porque ya había fuertes rumores en la ciudad de los detalles de la boda y de la joven con que se casaría, quien tenía unos quince años menos que él, con un cuerpo impresionante. Decían que ella fanfarroneaba de ser modelo internacional y, en fin, parecía un cuento de hadas difícil de dejar para volver a luchar con una vida normal, una mujer normal, que estaba enferma de depresión y que había preferido dejar su familia a mantenerse en una casa que no llenaba sus expectativas energéticas.

Pero el día llegó en que volvió a escucharlo, después de tanto tiempo; a Lucía casi se le sale el corazón.

—Hola.

—Hola.

Un largo silencio se apoderó de la llamada. Lucía rompió ese vacío.

—¿Me llamas por lo del divorcio?

—No, te llamo por lo de la carta.

—¿Y qué pensaste?

—Que sí, que acepto.

Tras estas palabras solo se escuchaba un largo pitido, señal de que cortó la comunicación, así sin más, típico de Arturo, pero por primera vez Lucía agradeció que no existiera preámbulo.

Ella, sin dar crédito, se sentó a llorar sobre el escritorio. ¿Cómo pudo ocurrir semejante milagro? Miró al cielo para expresar entre sollozos: ¡Dios, gracias, mi Dios, gracias!, ¡siempre conmigo, nunca me dejas sola! Solo podía murmurar sin parar de llorar.

Pasaron algunos días y se encontraron para almorzar, muy serio y distante él, le dijo:

—Conoces las condiciones, sobre todo la de volver a la casa, porque no cederé. No sé si sabes, lo digo porque ustedes las mujeres son tan chismosas que seguramente ya te llegó la información, que estaba a punto de casarme; acabo de romper esta relación y dejé a esta joven con todo comprado para la celebración. Este es mi esfuerzo, esto es lo que yo pongo, tú volverás a la casa sin renegar.

—Sí.

—Muy bien, un día te mostré la puerta para salir y saliste, hoy te la vuelvo a mostrar la puerta para entrar. Entra cuando así lo decidas, allá te estaremos esperando.

Conmovida por sus palabras, y a veces algo incrédula, había logrado parar esa boda y su familia tenía de nuevo una oportunidad. Con los ojos encharcados se acercó para darle un abrazo, pero él se levantó impidiéndole que se acercara, adoptando una posición fría y distante.

—No creas, no es así de fácil. Me hiciste un daño y ahora debes repararlo.

—Así será, no lo dudes.

Lucía salió brincando, intentaba tocar el cielo con los saltos tan altos cual canguro, compró un helado y lo saboreó como si fuera una niña pequeña, una

nueva oportunidad, una mayor conciencia. Sí, tenía un poder, como dijo el abogado, y era cuestión de usarlo bien.

Unas semanas después y creyéndose lista para esta nueva etapa familiar, tocó la puerta de la casa, esa que jamás consideró suya. Los niños, escondidos detrás de los sofás, estaban listos para asustarla cuando entrara; Arturo, como no lo sabía, creía que ellos abrirían y seguía en el cuarto viendo televisión, disimulando la felicidad de que pronto estarían de nuevo juntos, así pues, que nadie le abría y el tiempo pasaba despertando la ansiedad de Lucía de ver que la puerta se abriera para poder abrazarlos y decirles que nunca más se separarían.

¡La puerta se abrió! ¡Y el corazón también!

Caía la tarde del primer viernes que compartirían de nuevo juntos en familia; eran algo así como las seis cuando el interfono sonó anunciando que unas familiares de Arturo habían llegado. Lucía suspiró con zozobra. Había olvidado el ritual de años atrás: viernes, familiares de Arturo, licor, música... Qué pereza, pensó, sobre todo porque durante este tiempo fuera tuvo conocimiento de cosas que ponían en entredicho los afectos hacía ella.

Abrió la puerta y entraron, los familiares de siempre y otros nuevos amigos del grupo que Lucía nunca había visto, pero igual todos entraron como dueños de casa, la saludaron efusivamente y la felicitaron por haber vuelto, y paso seguido se metieron a la cocina, abrieron la nevera, se sirvieron de todo. La una gritaba que trajeran esto y aquello, el otro acomodaba las sillas, tomaban el teléfono para confirmar la asistencia de amigos, llamaban a Arturo animándolo a que no se demorara y ella, atónita, simplemente estaba sentada como si fuera la visita en su propia casa.

Se sentó en una silla a mirar el espectáculo, respiraba intranquila, pero disimulaba, entendió que esto siempre había sido igual y ella nunca le dio importancia, seguramente por esos profundos principios familiares y sociales que tenía, pero quíerose o no, ahora estaba despertando y dándose cuenta por fin de que esto ni le agradaba ni le parecía normal. Además, fue un factor distractor que no les dejó en el pasado consolidarse ni como pareja ni como familia ni se los les permitiría ahora. Había que corregir este camino y tendría que tomarse esto en serio.

Ahí sentada en un escenario de gran movimiento y euforia en que ella prácticamente parecía invisible, recordó lo que le había contado Carmen, la empleada de Arturo cuando ella se fue de la casa.

Una de las familiares de Arturo se le acercó para darle un nuevo abrazo y decirle:

—No te puedes imaginar lo feliz que estoy con tu retorno.

—En realidad pensaba que estaban tristes porque Arturo no se casó con su “amiga”.

—Usted fue la que dejó a Arturo, qué viene a reclamar. Pero lo que debería es estar agradecida con nosotros, que hicimos de todo para que esa boda nunca se realizara.

Lucía disimuló su sorpresa ante semejante afirmación. Siempre tuvo tanto afecto por ellas que ahora no sabía qué decir.

En fin, con toda la incomodidad que por primera le generaba esta amistad, personas tan cercanas a ellos desde el inicio de su relación, concluyó que esto había tomado una fuerza no adecuada, poco sana, que claramente ya podía comprender. Y ella apenas despertaba su consciencia.

Arturo se sentía feliz, parecía como embrujado; no hablaba en toda la semana, ni sonreía, pero el viernes, cuando sus amigas y familiares llegaban, se comportaba como un ser amoroso, generoso y tierno, incluso las tomaba en brazos y besaba como si fueran algo más que familiares. Era real, en este tiempo de su ausencia esta relación tenía otro matiz. Incluso le dio la impresión que ya les estorbaba su presencia.

Lucía tampoco era la misma, todos cambiaron mucho y las cosas ahora se mostraban del color que eran realmente. Ya no tenían el naranja de la felicidad de otras épocas de encuentros, ahora parecían grises tirando a negro; eran más apreciables las intenciones y los intereses de todos y qué tan grandes tenían las garras. Pero ella ya no era tan pequeña ni tan ingenua y parecía más fortalecida para dar la pelea.

Sin embargo, pasados algunos meses de estar viviendo en la casa, la intención de suicidio volvió, la tristeza la invadía. Desempolvó la Virgen de la Caridad que después de la mudanza había olvidado en una caja que seguía cerrada, le hizo un altar, encendió la vela y empezó a pedirle fuerza para gobernar a su familia. Recordó el episodio que le contó Harold sobre su mamá, y sentía curiosidad por ir en su ayuda, pero le daba miedo porque él le había hablado de rituales como degollar gallinas y hervir sapos hasta que se les salieran los ojos y eso literalmente la aterrorizaba, aunque solo fuera como anécdota.

Por primera vez sospechó de estas mujeres, era como si se les hubiera caído el disfraz con que la engañaban, ya no podían engatusarla más, ya intuía que por ese lado podía venir esta maldad enfrentada por años.

Una lucha para no creer en la magia negra, buscando soluciones y explicaciones racionales y lógicas al porqué su vida había quedado patas arriba, la llevó a asumir la depresión como una enfermedad que tenía sus fundamentos en sentimientos negativos de sus recuerdos de niña no resueltos, aunque ahora la embargaba la duda de las intenciones de estas personas frente a ellos y si tendrían algo que ver en todo lo malo que les acontecía.

De todas formas, la depresión y la intención de suicidio se estaba volviendo a acercar, así que antes de que la tristeza tomara fuerza decidió visitar al famoso psicoterapeuta, ese que meses atrás intentó conocer sin éxito. Era importante para poder consolidar esta nueva etapa con Arturo que no volviera a verla como

una loca llorando y durmiendo, y menos que los niños la oyeran diciendo que quería morir.

De mañana y con unas instrucciones a medias, a Lucía se le ocurrió de improviso ir en busca del consultorio del psicoterapeuta intuyendo que a lo mejor lograba directamente una cita más próxima. Parecía que él era alguien especial, se apodaba el Águila y, según le dijeron, además de psicoterapeuta era coaching con técnicas muy novedosas que estaban impresionando a toda la ciudad.

Lucía pasó primero por la iglesia y caminó lento hasta la cafetería de un afamado repostero, sabía que estaba cerca. Se sentó y pidió un café mientras miraba hacia las tradicionales casas de ese barrio, tratando de hallar algún indicio del lugar donde residía el particular personaje.

Llegó al parque principal, con el número de la casa anotado en un papel, buscó con atención hasta dar con el portón blanco enrejado que dejaba ver un antejardín y halló unas escaleras cortas entronizando la puerta del recinto. Una delicada tirita roja cargaba el peso de unos espejuelos pequeños y redondos dispuestos a medida precisa uno del otro, una puerta blanca siempre abierta; en la recepción una joven de gafas coordinaba la atención inicial; en el interior, un jardín con una mesa y cuatro sillas dispuestas para los pacientes.

Con una actitud tímida, Lucía preguntó:

—¿Carlos está?

—¿Tiene cita?

—No, lo que sí tengo es una gran necesidad.

En ese preciso momento, el Águila bajaba las escaleras de su recinto sagrado y sonrió. Él no tenía los cuarenta años, con los jeans rotos, el cabello ensortijado y negro, los ojos pequeños y achinados que se cerraban ante cualquier asomo de sonrisa, la saludó espontáneo.

—Hola, ¿cómo estás?

Le extendió la mano y la miró con afecto, como si se conocieran de siempre, y de paso le dijo a la recepcionista.

—Voy a atenderla. Justamente me acaban de cancelar la cita de las diez.

—De acuerdo, doctor. Qué afortunada.

Caminaron hacia el jardín interior, sirvieron el café, se presentaron con algunos detalles más íntimos, le preguntó por qué sabía de él, qué sabía sobre él, en fin, mientras le indicaba el camino por las escaleras hacia su consultorio.

Abrió la puerta y la luz de un gran ventanal entró avasalladora. Un pequeño sofá, una silla de director y una alfombra multicolor era lo único que decoraba el espacio que invitaba al sosiego.

—Cuéntame qué te pasa —dijo reposado.

—Hace un tiempo acepté que la enfermedad de la depresión estaba en mí y me tomé la primera pastilla para combatirla. También llamé para pedir una cita, pero estaba usted demasiado ocupado.

—Qué raro —sonrió presumido.

—Pero creo que ha llegado la hora de entender con claridad lo que me pasa y quiero superarlo definitivamente. Vengo a solicitarle su ayuda. Alguien me hablo de ti, perdón por tutearte, pero me siento más cómoda.

—No hay problema

—Me dijeron que no eres psicólogo..., pero que tienes técnicas impresionantes para hallar las causas de estos sufrimientos de la mente que nos confunden y nos consumen. Incluso me contaron que por eso te apodan “águila”, por esa forma tan precisa que tienes de ver las cosas.

—Qué es lo que sientes ahora —la interrumpió.

—Miedo, desconfianza y tristeza. Creo, para mi fortuna, que he recobrado algo de esperanza, de tener una vida que valga la pena vivirse y gracias a Dios ya salí, del sentimiento de soledad. Pero lo que es realmente grave es una intención de suicidio muy fuerte que no sé cómo se ha logrado encasquillar dentro de mí y que a priori parecía que la había superado, pero está volviendo y con mucha fuerza. Imagínate que en un instante pienso “me voy a tirar de este balcón”, y en ese mismo segundo me veo aferrada a la silla con los ojos cerrados respirando profundo, pero para ser sincera es como si ninguna de las dos intenciones saliera realmente de mí, es como si dos fuerzas lucharan para lograr su objetivo y yo simplemente fuera un objeto sin intención ninguna. Es muy angustiioso.

Carlos la miró firme asintiendo.

—Cierra tus ojos y respira profundo. Respira de nuevo y vuelve a hacerlo. Ahora dime: ¿qué ves con tus ojos cerrados?

Lucía empezó a llorar sin control y cuando pudo esbozar palabra le dijo:

—Solo oscuridad.

La conversación de esa tarde entre el Águila y ella iba tomando fuerza. Le agradó su estilo relajado y poco pretencioso, que lograba soltarle la pita como si él estuviera moviendo su carretel interno. Le contó todo lo que sentía y el por qué necesitaba una ayuda profesional en el aspecto mental y emocional. La escuchó con detenida atención sin quitar ni un segundo sus achinados ojos de los de ella y de pronto la interrumpió. La tomó de una mano y le puso la palma mirando hacia arriba. Algo le extrañó y se quedó mirando con cierta impresión. Después cerró los ojos, siguió sosteniendo con una de sus manos la palma de Lucía y elevó una de sus manos hacia el cielo, murmurando algo que ella no alcanzó a entender. Luego abrió de nuevo los ojos dirigiéndolos hacia la palma de la mano de Lucía, que tomó un color verdoso, como si se hubiera detenido la sangre, y él colocó en frente la palma de su mano, que se veía rosada, y comparó los colores. Le preguntó si notaba la diferencia.

—Sí.

Entonces pasó su mano nuevamente sobre la de ella y, de manera sorprendente, la de él tomó el color verdoso y la de ella se volvió a entonar en rosado.

—¿Ves de qué color están las manos ahora?

—Sí. ¿Y por qué pasa eso? —preguntó con total asombro, con ingenuidad y desconocimiento.

El Águila juntó sus labios, abrió sus ojos achinados y le dio una respuesta que la reconectó con una realidad de la que ella intentaba infructuosamente desconectarse.

—Han puesto un muerto a vivir contigo... ¿Tú siempre estás tan fría?

—La verdad, sí. Desde hace algunos años para acá, pero eso debe ser algo de la presión porque he tenido muy descontrolado el sistema nervioso, ¿no lo crees?

—No. Te reitero, tienes un alma adolorida atrapada en ti.

—¿Qué?, ¿qué? —En tono casi de enojo.

—Sí —dijo él—. Y por tal, antes de que empecemos cualquier trabajo terapéutico y psicológico, debemos resolver esto.

Cerró de nuevo sus ojos, volvió a poner sus manos en gesto de petición a Dios, con una tomaba su mano, la otra levantada como si quisiera tocar el cielo. Abrió los ojos, la miró fijamente y le dijo:

—Está contigo el espíritu de una mujer que terminó con su vida antes de tiempo a través del suicidio y no ha podido ir hacia la luz, está ahí porque al morir quedó vagando en el espacio terrenal con un profundo dolor por su acto; sin cuerpo físico y sin conciencia, se hizo vulnerable al trabajo de brujería y hechicería, energías negativas que trabajan en ese plano dimensional, los brujos los esclavizan. Le han puesto como tarea que te haga sentir frío y oscuridad hasta que la depresión te coma y te suicides, le han prometido que si cumple esta tarea la llevarán hasta la luz y no tendrá más sufrimiento.

—¿Es una broma? Además, de muy mal gusto.

—Quiero que entiendas que no debes sentir rencor por esta alma. Cuando las personas mueren y pernoctan en esta dimensión terrenal, no tienen valores ni comprensión de la realidad corporal; ella solo desea descansar e ir hacia la luz. En ese momento se vuelven susceptibles a estos brujos, que se pasan las noches como murciélagos buscando almas para chupar la poca energía y voluntad que les queda; con la esperanza de encontrar la luz, hacen lo que sea, lo que les dicen.

Atónita escuchaba Lucía a su terapeuta decir todo eso. Con el pensamiento medio atontado se le cruzó aguda una reflexión: cómo era posible que llevara tantos años luchando por no creer que esa maldad y esos trabajos de magia

existían y más aún funcionaban y cuando por fin daba crédito a que la depresión no era más que una enfermedad mental y estaba frente a un terapeuta para darle la cara y resolver de una vez por todas el problema, volvía a empezar este ciclo en el que la explicación radicaba en que era objeto de un maleficio.

Incómoda, decepcionada y, por qué no, un tanto asustada, le dijo:

—¿Y entonces?, ¿qué debo hacer?

—¿Tú?, muchas cosas; especialmente ponerte en oración y pedir por esas almas que estén involucradas en el trabajo maléfico que alguien está dedicado a hacerte hace mucho tiempo, porque esto es viejo. Debes comprar velones blancos que no sean decorativos, velones de los de iglesia, hacerlos bendecir por un sacerdote y encenderlos por toda tu casa, y también acercarte a la iglesia, ir a la eucaristía, confesarte y comulgar; creo que es un asunto de acercarte a Dios y pedir tu limpieza y protección.

Ella escuchó con detenimiento esas palabras ya tan conocidas de otros tiempos.

—Eso ya lo he hecho, varias veces... No lo de las velas, lo de la oración.

—Pero no solo eso, de esto no sales sola, este conjuro es muy fuerte. —Lo dijo mirando al suelo con real preocupación.

—Sinceramente no soy de grupos de oración ni nada de eso.

—No me refiero a grupos. Es urgente que trabajemos en esto. Debo solicitar ayuda de otra persona gran conocedora del manejo de las fuerzas oscuras y ocultas. Si quieres hacerlo podemos empezar ya, porque con solo tomarte una fotografía y enviarla, ese sabio sabrá cuál es el maleficio... ¿Quieres que te la tome?

Sin saber qué hacer, ni si después de todo lo que había vivido ahora sería capaz de meterse en este proceso a que se enfrentaba, y llena de dudas, dijo:

—Sí, tómala, al menos para que el experto mire y ustedes conversan, pero déjame pensar un poco qué quiero hacer con este problema. El tema de la brujería no me interesa; entiendo que algo pasa y sé que debo actuar, pero deseo pensar el camino que escogeré para resolverlo.

Con cara de preocupación, pasó su mano por la frente tratando de limpiar el sudor que le ocasionaba semejante tensión.

Pasaron tal vez dos días, en realidad no ahondó ni se interesó en el diagnóstico del psicoterapeuta; a lo mejor era un charlatán afamado. Pero esa mañana salió en el auto, se disponía a iniciar de nuevo su trabajo como comercial que siempre le abría puertas cuando después de una crisis se reincorporaba. No puso música alguna, quería pensar. Sonó el teléfono...

—Hola.

—¿Hola?, ¿hola? ¿Me escuchas?

—Hay mucha interferencia, pero te escucho...

Siguieron adivinando la conversación hasta que mejoró la señal.

—¡Qué emoción oírte, amiga! Te llamaba para contarte algunos adelantos de la boda.

—Cuéntame cada detalle, cómo te sientes, quiero saberlo todo, pelos, señales, pétalos y músicos —bromeó.

—Pues estoy preocupada, no sé si es la decisión correcta... Lucy, ¿y si esto no es para mí?

—Siento tu preocupación y me inquieta a la vez el tono en el que me hablas y estas cosas tan profundas que te perturban. Creo que lo mejor para ti es buscar ayuda, un psicólogo por ejemplo...

—Lucyyyyyy..., ¿yo en un psicólogo? Eso es perder el dinero, ya sabes lo que pienso de ellos.

—Sí, lo sé... Entonces un sacerdote, alguien imparcial que te muestre el norte.

—¿El norte? Lo único que conozco con ese nombre es un parque —rio con ganas—, pero lo pensaré. Y tú, Lucy, ¿cómo estás?

—Un poco enferma, pero espero que no sea nada de qué preocuparme.

—De acuerdo, querida, si es así yo estaré tranquila también. Mantenme informada. ¡Te quiero!

Terminada la conversación, esa tarde Lucía hizo todas sus actividades y al llegar a la casa encendió unas cuantas velas; no eran blancas ni estaban bendecidas como lo recomendó el psicoterapeuta; eran las decorativas que nunca había encendido por miedo a un incendio. Las distribuyó por distintos espacios y al terminar la noche buscó un rosario que guardaba como recuerdo de un viaje a Jerusalén, lo tomó, se persignó y empezó a rezar sin mayores reglas, y entre Santa Marías y Dios te Salve se quedó dormida sin haberlo concluido.

Siempre había rezado, eso no era lo nuevo, desde que dijo sus primeras palabras estaba balbuceando los padrenuestros y las avemarías. Cada día de la vida su madre había rezado el rosario y en el mes de mayo hacían el altar de la santa cruz y tenían que suspender todos los juegos para recitar sin mucha gana, como si de un mantra se tratase: "*Satanás, conmigo no contarás porque el día de la santa cruz, dije mil veces Jesús*". Pero cuando creció y se fue del lado de su madre, la oración se volvió corta y facilista, no pasaba de darle gracias a Dios por el día y pedirle por la protección de su familia, y eso bastaba para ella.

No era consciente de cuán privilegiada había sido al educarse en un colegio religioso, años de su vida feliz aún en medio de dificultades reales que atravesó su familia; ella paso allí en paz alabando a Dios cada amanecer con un cántico nuevo, ayudando con su voz a alentar el pregón de la santa asamblea, a enaltecer la gloria de Dios y un día, porque un sacerdote se perdió en su camino espiritual, ella también le dio la espalda a su protección. ¿Cómo podría hoy

superar las contingencias de su vida si, aunque Dios le enviaba mensajes de que se acercara, ella arrogante seguía sin darle importancia al llamado?

De su relación con Dios y su mundo celestial en ella no quedaba nada, los había sacado de su templo ahora estaban convertidos en un vecino al que escasamente le decía “buenas noches” cuando lo encontraba en la calle. ¿Dónde estaba su fe?

Se despertó con el rosario enrollado en la mano y el cristo apretado en el puño de la otra, parecía sentirse segura y tranquila y creyó que sería bueno volver a rezarlo todas las noches; imaginaba que con eso bastaría para salir de aquel estado de enfermedad; no creía en la Iglesia ni en los rituales que en ella se hacían, pero si se trababa de mejorar y fortalecer una oración íntima y personal que le tendiera un puente hacia el Todopoderoso, estaba dispuesta a emprender ese camino.

Inició el día; salió corriendo. Iba retrasada caminó a la peluquería, en la que tenía una cita concertada con más de ocho días de antelación. Edgar, su peluquero, era para ella una mano derecha, sabía cuidarle el cabello como ningún otro y tenía claro que, de cortarlo, solo serían las puntas, pues jocosamente solía llamarla el “Sansón llorón” porque cuando se pasaba de tres centímetros conocía su cara de molestia y enojo. Sin embargo, hacía tiempo que no pasaba por la peluquería debido a que, en medio de tal depresión, no se arregló más, ahora quería contribuir con su salud mental haciendo pequeñas cosas que la hicieran sentir bien, y en el cabello estaba buena parte de su fuerza. Por eso esa mañana acudía ilusionada a la cita.

Cuando llegó, Edgar velozmente le presentó un compañero suyo de origen español que estaba visitando la ciudad invitado por una marca de *shampoo* internacional; se excusó, porque se tenía que ir: un percance urgente en su casa. Le ofreció los servicios de Ramón y los dejó conversando.

Ramón le habló sobre un corte de cabello y le sugirió ponerle algún color que fuera de su gusto. Lucía parecía dudosa, pero quería salir de allí arreglada y bonita, sentir que recuperaba ese aire positivo, dejar de pensar en la famosa brujería y creer que estaba en su mano la solución de la depresión. Así que se arriesgó.

Ramón dijo que harían primero el corte, y entonces a ella se le ocurrió buscar una revista y mostrarle un despuntado largo que le gustaba.

—Este me gusta.

—Lucía es tu nombre, ¿es correcto?

—Sí.

—Pues te haré el corte tal cual la imagen. Coloca la cabeza hacia abajo, es una nueva técnica. Tranquila que esta es mi especialidad. ¡Nadie más sabe trabajar como lo hago yo!

—¿Por qué tan largo lo que cortas?

—No te muevas y verás, eso es magia.

—Para de una vez. Vas a dejarme calva. Hay más pelo en el suelo que en mi cabeza.

Oh Dios, cuando se miró al espejo no podía dar crédito a ese desastre. Se puso a llorar.

—Me cago en la hostia, ¿de verdad estás llorando? Tía, me molestan las mujeres como tú, y para que sepas, si me decidí a cortarte ese pelo horroroso es porque veo que eres una mujer muy apegada y vanidosa y, además, vacía. ¡Madre mía!, lloras por un pedazo de pelo que tarde o temprano volverá a crecer. No te sientes nadie porque no tienes tu puto pelo pegado a la cabeza.

—Pues para mí es importante —gritó.

—Mira a tu alrededor, mira a cuánta gente hoy le avisaron que tiene cáncer o que se murió un hijo y no se ponen a llorar, se van a luchar, en cambio tú..., tú eres una miserable.

Ella se levantó y le pegó en la cara.

—No sé quién eres, no tengo ni puta idea de quién eres tú ni tu puta madre, pero yo no vine a visitar al psicólogo; vine al peluquero, y como quiera verme y que me haga sentir mi pelo es mi problema. ¡Que alguien llame a Edgar, pero YA!

El personal que miraba la pelea no sabía si llamar o alquilar balcón... Finalmente le dijeron que Edgar no contestaba pero que volvería al siguiente día y que seguro podría hacerse cargo de la situación.

Lucía salió impotente, llorando sin consuelo, descompuesta; no podía creer las cosas que le pasaban. Cuando sonó su teléfono, trató de disimular y calmó como pudo el llanto. Era nuevamente su amiga llamándola desde el extranjero.

—¿Haló!

—Hola, ¿tienes tiempo para conversar?

—Sí, claro. Esta llamada tan seguida me sorprende.

—Me imagino. Bueno, esto que te voy a contar es un tanto insólito y sí que te vas a sorprender. Ayer en la tarde he visitado una clarividente aquí en España, por esto de que quería consultarle lo que te mencioné, sobre lo de que tenía algunas dudas. Al terminar mi consulta, le he preguntado a la mujer si era posible indagar por una persona que estaba muy lejos pero que tenía algunas dificultades. Me dijo que claro, sin problema, solo me pidió el nombre; yo di el tuyo, ella lo escribió y barajó el tarot repitiendo tu nombre una y otra vez. Extendió la baraja y madre mía, ha hecho un gesto de espanto que se me pusieron los pelos de punta. Lo primero que sacó fue una carta en la que una mujer de cabello negro y largo está semidoblada hacia atrás con un impresionante gesto de dolor y muchas espadas la atraviesan. Hay una espada que pasa de la boca hasta el recto, como la estocada final.

—¿Esto qué significa?

—Es la representación de un conjuro de muerte que han lanzado sobre ti.

Lucía seguía impávida, escuchando atenta al otro lado del teléfono. Lentamente tragaba saliva como síntoma de tensión.

—¿Y qué dijo?

—Ha dicho de todo. Lo primero fue preguntarme: “pero ¿quién es esta mujer tan fuerte que todavía está viva?, ¿es alguien cercano a ti?”. Dijo además que, después de muchos años en este mundo exotérico, tiempo hacía que no veía un maleficio tan fuerte. Te manda a decir que tienes que actuar muy rápido, porque tienes poco tiempo. Es un trabajo de magia en el que han invertido años y dinero de manera generosa.

—Estoy más que perpleja. Sigue contándome.

—Imagínate, Lucí, que siguió repartiendo las cartas y salió la de una mujer ya anciana con los ojos rojos y empuñando un cuchillo. “¿Ves esta carta?”, me dijo, “muestra que detrás del conjuro está una mujer, y vive para acabar con su vida, está en función de ver su fin”, y luego salió una carta llena de monedas que parecían saltar: “esto es el dinero que está pagando por este trabajo, ¿ves que está en movimiento?, es porque ha pagado mucho y está dispuesta a pagar lo que sea con tal de ver cumplida su misión en esta vida, que no es otra que acabar con la vida de ella”.

—Perdóname si no hablo, simplemente es que no puedo.

—A la mitad de la tirada dijo: “Dios, qué maldad tan fuerte a la que esta mujer se enfrenta”. ¿Qué te parece?

Ella seguía con el teléfono en la mano, sin mediar palabra, pero le parecía insólito. No habían pasado ni setenta y dos horas en la que por segunda vez escuchaba de nuevo el mismo cuento; dos personas que no se conocen, viven en dos continentes, a ninguno de los dos había llegado porque estuviera persiguiendo el famoso maleficio, no había pagado una sola moneda y recibe esta información tan parecida y de tanta gravedad.

—¿Sigues ahí?

—Sí, sí, te escucho con toda atención.

—Bueno, pero finalmente saco una carta que tenía una gran copa dorada y un sol intenso detrás. La chica se quedó en silencio un buen rato y al final sonrió y me dijo: “ya entendí por qué sigue viva tu conocida. Ella tiene una gran protección espiritual que está combatiendo en el otro plano”.

—Mira, ya no sé ni en qué plano ni en qué planeta estoy.

—En todo caso, esto es lo que te manda a decir la “Bru” que debes hacer: Primero: detén las actividades rutinarias y vete hacia un mercado de hierbas y especias; compra eucalipto, tomillo y ruda, cocínalo en una olla de agua con una

cucharada de aceite, déjalo hervir y sal a caminar con la olla a puro vapor por toda tu casa, rincón por rincón, rezando el avemaría. Segundo: ve y compra medallas de san Benito y ponlas en cada puerta y ventana. Tercero: busca un sacerdote, no un brujo, un sacerdote que esté oficialmente reconocido para hacer exorcismo y pídele que haga un exorcismo en tu casa, porque no tienes un alma en pena haciendo este trabajo maléfico, tienes un ejército, y debes advertirle que el conjuro de muerte está hecho con ornamentos religiosos. Sabrás que muchos no hacen el exorcismo porque entienden que es peligroso para ellos y para ti, pero debes advertirlo.

El pobre corazón de Lucía casi parecía que iba a parar de lo rápido que corría. Comprender de qué se trataba todo esto, que parecía tan grave como lo habían dicho las otras personas, se salía de su total raciocinio. Mientas, su amiga continuó con la enumeración.

—Cuarto: haz un altar del Corazón de Jesús muy cerca de tu cama, que es uno de los más protectores, y pon un recipiente con agua bendita. Y me ha dicho también que te enviará más tarde un mantra que ella hará contigo durante un mes. Debes rezarlo tres veces al día y que ya mismo pondrá tu nombre en un ejército de oración, porque la necesitas. Por último, te manda a decir: “al final del año, verá de nuevo luz y todo estará bien”.

Cuando se terminó esta llamada, sus manos estaban totalmente mojadas de sudor, tenía el rostro desfigurado y, por qué no decirlo, ya no estaba asustada; realmente estaba aterrorizada.

Ese mensaje le dejó a Lucía un mandato de éxito y ella estaba dispuesta a usarlo.

Por un rato estuvo al volante conduciendo su auto sin ningún rumbo en concreto. No sabía a quién llamar, si continuar el día con las actividades que planeó o era real estaba en un peligro de muerte que requería su atención con la urgencia que el psicólogo y la bruja evidenciaban.

De pronto se reconectó con la realidad y pensó: Si tengo un día para morir, como quiere esa o esas personas que están pagando para verlo, ahora tengo los días que Dios, el único que tiene poder sobre mi vida, me regale para protegerme, para limpiarme, para vivir bien y feliz, y los usaré.

Intentó comunicarse con el padre Francisco, un párroco que conocía años atrás, al cual admiraba; era poseedor de una energía que transmitía pureza, calma y muchas cosas bonitas, pero no contestó.

Así que se dirigió hacia el centro de la ciudad, a unas calles que bordean la tradicional catedral metropolitana donde se puede encontrar cualquier objeto religioso. Se detuvo en uno de los almacenes.

—¿Tiene medallas de san Benito?

—Sí, de quinientos, setecientos y mil cuatrocientos pesos, la más cara es porque es un cristo con la medalla adentro.

—Son para proteger la casa. ¿Cualquiera me sirve?

—Sí —respondió el joven dependiente.

—Por favor, deme treinta medallas sencillas que se puedan poner en las puertas de manera que no se noten demasiado.

Ella sabía que Arturo no creía en nada de esto y si se descuidaba terminaría llevándola al manicomio.

El joven tras el mostrador le entregó las medallas y seguido a esto le dijo a un señor que estaba de espaldas:

—Padre, por qué no le bendice estas medallas a la señora. Ella necesita proteger su casa.

El sacerdote asintió con la cabeza e hizo la bendición sobre las medallas y por ahí derecho se dirigió a Lucía y, sin solicitárselo, la bendijo también lo que Lucía sin dudar aprovechó.

—Padre, ¿usted conoce algún sacerdote que haga exorcismo?

—Por supuesto, hija. Estás solo a unos pasos del único sacerdote autorizado en la ciudad para realizar este tipo de rituales. Ve, él casi siempre está en la catedral.

Sin más, guardó las medallas y salió a paso acelerado en busca del que según la experta española sería su salvador. Si tenía poco tiempo, como le dijo su amiga, era necesario que no lo perdiera, y de eso se estaba encargando, no paraba ni a pensar.

Dio la vuelta a la catedral que se hallaba totalmente cerrada y decidió dirigirse a la primera persona que viera donde estaba la casa parroquial. Segundos después vio a un sacerdote caminando en sentido contrario a ella casi al punto de chocarse y le preguntó dónde podía encontrar la casa parroquial. El sacerdote extendió al costado su mano izquierda y mostrándole la calle del frente terminó la instrucción de manera tan efectiva que con solo voltear la mirada encontró el famoso lugar que buscaba.

Cruzó para encontrarse con una puerta normal de una casa cualquiera del centro de la ciudad que estaba marcada en el alto de su marco con un pequeño anuncio: “Casa Parroquial”.

Entró.

Una mujer con expresión seria atendía tras su escritorio y Lucía con respeto la interpeló.

—¿Es verdad que en esta parroquia tienen a un sacerdote legítimamente aceptado por la Iglesia para hacer exorcismos?

—Sí —dijo ella—, pero justamente hoy es el día de su descanso.

Mmmm, suspiró Lucía mientras seguía escuchando los detalles de la agenda del sacerdote que ella buscaba.

—A partir de mañana atiende de las 8:30 a.m. hasta las 11. Búsquelo en la catedral.

Salió, cruzó de nuevo la calle y vio a un padre de poca estatura, encorvado, anciano; vestía una sotana negra atravesada por un cinturón ancho, con un libro bajo su brazo miraba hacia el suelo.

Lo detuvo y le preguntó:

—Padre, ¿usted sabe dónde puedo encontrar al padre Joaquín Restrepo?

—Soy yo. ¿Para qué me busca?

—Para un exorcismo.

—¿Quién lo necesita?

—Yo, padre.

—¿Ha jugado con güija?

—No, padre.

—Bueno, escuche bien, jovencita. Le voy a decir cómo es mi horario, póngame mucho cuidado —en un tono algo regañón—, ¿me está escuchando?

—Alto y claro, padre.

—Llego faltando un cuarto para las siete de la mañana, oro antes de empezar la misa que es a las 7 a.m. Cuando esa misa se acaba salgo y hago bendición de sanación, le impongo mis manos, hago una oración por su salud y si es necesario el exorcismo se lo hago.

—¿Y cómo sabrá usted que yo lo necesito?

—Usted me lo dirá, dependiendo de cómo se sienta. ¿Me entendió?

—Sí, padre.

—Muy bien. Ya sabe cómo funciona. Puede venir cuando quiera.

El sacerdote prosiguió su camino y Lucía quedó como en la mitad del centro de la ciudad, sin saber qué hacer, para dónde ir. Las manos le sudaban sin poder parar cuando sonó el teléfono de nuevo.

—Buenos días, doña Lucía, soy el padre Francisco.

—Por fin —exclamó—. Qué bueno que me llama, ¿cómo está usted?

—Muy bien, mi señora, gracias a Dios. Le estoy devolviendo una llamada que encontré perdida. Dígame en que puedo servirla.

Con ganas de llorar hizo un momento de silencio que el padre no interrumpió, tomó aire y con muchas ganas de dejar correr las lágrimas, pero conteniéndolas con fortaleza, dado que hablar con él le trasmitía cierta paz, le dijo:

—Padre, necesito verlo con urgencia, si es posible ya mismo.

—Es un día difícil, estoy lleno de reuniones. —Se quedó pensando—. Si puede al final de la tarde, venga; aquí la espero en el colegio. ¿Recuerda el colegio donde trabajo? ¿Pero se encuentra bien?

—Sí, padre, eso creo. Ya le contaré en la tarde.

—Aquí la espero.

Caminó despacio. No solía hacerlo por el centro de la ciudad, era peligroso, con toda su gente abandonada y drogada, pero la realidad es que nadie le producía tanto miedo como los muertos que la acompañaban y los vivos cercanos que la acechaban sin darle tregua con la gran obsesión de verla muerta.

Se sentó en el auto, sintiendo la compañía del padre Francisco, y tomó una de las medallas y se la puso con una cadena muy fina de plata en el cuello. Se producía en su interior una necesidad real de protegerse y sabía que era su decisión si actuaba rápido o no.

Pasó por una plaza improvisada de flores, especias y ramas en general. Compró el eucalipto, el tomillo y el romero y la ruda y se dirigió hacia la casa. Le pareció curioso el comentario de la vendedora que con malicia le dijo: “lleva una pócima poderosa”. Se empezaba a sentir como un prospecto de “mini Bruja”.

Llegó a casa, un lugar que siempre la hacía sentir extraña. Encendió el fuego de su vitrocerámica, puso una olla con agua a hervir, y mientras calentaba tomó la bolsa con las medallas y, en compañía de la empleada de hogar, distribuyó una medalla en cada puerta y ventana. Cuando terminaron, se fue de nuevo a la cocina y agregó en el agua el eucalipto, el romero, el tomillo y la ruda en un poco de aceite y tomó la olla que ya sacaba el vapor. Con cuidado caminó por toda la casa rezando con mucha fe una continua avemaría.

Cogió el *spray* con agua bendita que tenía en el cajón del recibidor y se puso a dar la bendición en cada rincón.

Un ruido muy fuerte interrumpió el ritual: algo había chocado contra alguna de las ventanas, pero no pudo identificar qué, así que continuó en lo que estaba.

La empleada limpiaba cada centímetro de la casa con una tela empapada con jabón rey azul, desde arriba hacia abajo, terminando en la puerta de la casa, y luego con otro absorbente con alcohol daba una segunda pasada, limpiando y desinfectando como nunca antes cada resquicio escondido, tal y como lo sugirieron ambos videntes.

—Se requería una urgente y profunda limpieza.

Muy cansada de este sobresaltado día, se durmió una siesta. Al despertarse decidió visitar a su madre. Conversó mucho con ella, sin mencionarle el tema, y al final le solicitó que le prestara una imagen del Corazón de Jesús muy antigua a la que ella le había confiado la mayor parte de su vida y a la que, además, por años, le atribuía importantes milagros presenciados por ella. Le prometió que haría un altar por unos días y después se la devolvería.

Lo tomó de la mesa de noche de su madre, se quedó mirando por un instante aquella imagen del Corazón de Jesús repujada en una pequeña lámina de acero inoxidable de casi treinta centímetros de alto que ella había solicitado le retiraran al ataúd de su tía Julia, sesenta años atrás, solo con el fin de pedirle un milagro que estaba segura Dios realizó. Después, ese Corazón de Jesús la había acompañado para protegerla y proteger a sus hijos, y cada noche rezaba el rosario ante él, y cuando terminaba decía: “Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío, cuídame y cuida a mis hijos de todo mal y peligro”. Recordó todo eso mirando esta pequeña imagen y repitió lo mismo:

—Corazón de Jesús, en vos confío. Cuídame a mí y a mi familia. —Y lo contrajo contra su corazón. Se sintió bien.

Eran las 4:30 y estaba lejos del padre Francisco. Entonces se apresuró, se despidió de su madre, guardó el Corazón de Jesús en el bolso y salió a toda prisa a esa cita que era de suma importancia para este proceso de sanación en el que estaba metida y del que todavía no comprendía casi nada.

Cuando llegó al colegio, el padre estaba esperándola en el jardín; limpiaba las bancas llenas de hojas que caían sin parar como si estuvieran en otoño.

Con su singular y caluroso saludo, el padre sonrió y se acercó para darle un abrazo. La miró como si supiera que le pasaba algo y deseaba consolarla. Conversaron de la vida de cada uno; hacía casi un año que no sabían el uno del otro.

—Padre Francisco, le agradezco por sacar este tiempo para mí. Lo que le voy a contar es como una película, es algo que me está sucediendo desde años atrás, y que yo he tratado de ignorar, de buscar explicaciones y soluciones diferentes, pero lo que me ha pasado en las últimas setenta y dos horas es de verdad un cuento extenso y bastante extraño.

En fin..., conversaron por largas horas. Él le contó que a su madre le había pasado algo parecido y habían tenido que luchar mucho contra esos males, que por nada y logran asesinarla, por lo que para él la historia de Lucía era bastante real.

—Es que no tengo con quién hablar de esto y entonces la mente empieza a jugarle a uno pasadas. Un rato pienso “esto es mentira” y no puedo caer ahí, pero después pienso “¡Dios, tengo que hacer algo!”. Igual no tenía con quién elaborar esta situación.

—Doña Lucía, ¿sabe por qué moví mi agenda para atenderla? Porque yo sabía que usted estaba mal, yo percibí que le estaba pasando algo.

—¿Por qué siente que algo malo me pasa, padre?

—Es que yo tengo un don desde niño, es una capacidad para ver previamente cosas malas que van a pasar. Podía saber cuándo alguien se iba a morir y era capaz de ver la escena antes de que ocurriera. Como eso me daba tanto miedo y no sabía qué hacer con la información, empecé a verme perjudicado con este

don y me tocó buscar un guía espiritual que me ayudara a bloquearlo y prácticamente lo he logrado. Sin embargo, cuando yo quiero o admiro a alguien como me sucede con usted desde que la conocí soy perceptivo con sus vidas — hizo un paréntesis—, ¿recuerda?, en aquella eucaristía que leyó la palabra, cuando la vi pasar pensé: “Dios esta mujer es un ángel”. Quiero que sepa que su presencia se quedó en mi corazón, como una persona que goza de todo mi afecto y admiración. Pues bien, mi señora, cómo le parece que yo desde la semana pasada la estoy viendo, usted se me ha aparecido en varios lugares y cuando me llamó, yo sabía que algo grave le estaba pasando; por eso cambié mis actividades para atenderla.

—Pues bien, padre, como le conté todo es un conjuro. Y entonces, le pregunto, ¿está conmigo?, ¿desea, pues, ayudarme? Se lo digo porque la Iglesia a veces es escéptica y no quiero ponerlo en ningún problema.

—Cuenta conmigo desde el mismo instante que la conocí —respondió él con firmeza—. Yo oro por usted y por la familia tan hermosa que ha construido. Su esposo y sus pequeños hijos siempre están en mis oraciones, de su fe doy fe y soy un gran admirador de su hermosa energía. Espéreme el sábado en su casa; vamos a revisarla, la limpiaremos y oraremos juntos. A partir de mañana yo la pondré en la hostia y pediré por su salud y protección en la misa de las hermanas de clausura.

En fin, ya llegaba la noche cuando Lucía salía del colegio y el padre movía su mano para despedirla. Enfrentaba una de las noches en que todo se ponía a prueba, especialmente la fe, y retumbaban en su cabeza ideas sueltas y confusas “tienes poco tiempo”, “conjuro de muerte”, “en la noche somos vulnerables a las almas que han puesto a trabajar en el maleficio”. Estaba desconcentrada y solo esperaba llegar a la casa a terminar con los rituales de protección.

Tenía la promesa del padre Francisco de que esa misma noche y de manera especial estaría en sus oraciones, y eso la reconfortaba.

Ya iba hacia la cama cuando le llegó por el WhatsApp el mensaje de la “Bru”, como le llamaba su amiga, este que debería decir por un mes, tres veces al día:

“Crux Sancti Patris Benedicti Crux Sacra Sit mihi lux non draco sit mihi dux vade retro satana nunquam suade mihi vana Sunt mala quae libas Ipse venena bibas”.

Capítulo 4. Tocados por el pecado de Caín

Desesperada, con los pequeños mechones de pelo que el peluquero español le había dejado, salió lo más temprano que pudo a visitar a Edgar. Quería una explicación y que hiciera algo para ayudarla porque no podía ni recogerse el cabello; solo eran puntas disparadas hacia mil direcciones. Había quedado literalmente como un gallo.

Edgar se espantó de verla.

—¡Dios! ¡No lo puedo creer! —exclamó perplejo—. Mientras caminabas aproximándote estaba en el balcón y vi una persona que venía, pero lo juro: no te habría reconocido. Te cambió completamente la imagen. De verdad estás..., digamos, diferente.

Ella con el rostro desencajado y muy molesta solo hacía silencio.

—¿Y tú qué piensas? ¿Cómo pudo pasar esto? —preguntó en un tono franco, buscando que alguien asumiera la responsabilidad de aquel despropósito.

—Primero déjame decirte que me disculpo porque no tengo explicación. Le dije a Ramón que no volviera. La verdad, esto nos costó una amistad de años.

—¿Y eso? ¿No es pues un peluquero español traído por una gran firma de “shampoo”?

—Qué va... —dijo en tono despectivo—. Él es de aquí, solo que se fue hace unos años para España y ya se siente como español y dice que es de allá. Pero estaba de visita y me dijo lo de la firma internacional. Como ha sido un viejo amigo yo le creí.

Edgar caminó hacia una mesa auxiliar donde estaba un dispensador de agua y vasos para sus clientes y le sirvió un poco para atenuar la tensión del momento. Mientras tanto le acariciaba la cabeza intentando buscar alguna solución en la que no tuvo éxito por el poco pelo que le quedaba.

—Mmmmmmm —susurró—. No te va a gustar mucho lo que tengo para decirte, pero lo que creo es que deberías raparte la cabeza y ponerte una buena peluca.

Lucía no daba crédito a la solución de su peluquero. Lo miró. No pronunció palabra, pero con su expresión dijo claramente que no aceptaría.

Edgar trataba de excusarse y llegar a un acuerdo con ella, pero no podía más que reafirmar que el daño del cabello era grande porque no se lo habían cortado con una tijera, sino que el famoso peluquero había hecho un desgaste con una barbera y así sería muy lenta la recuperación.

Lucía tomó aliento tratando de forzar a su interior para que aquello no le ganara, que el cabello tenía toda la fuerza que ella le había depositado y ahora ella simplemente se la retiraba, porque no solo tenía que recuperarlo, sino repararse ella en cuerpo y alma. Y sin gastar un minuto más salió de la peluquería comprendiendo que tenía cosas más importantes que resolver. Tal vez como lo había sugerido el tonto pseudopeluquero, esto era lo menos importante de todo.

Siguió cada noche haciendo los rituales. En la cocina tenía agua y ramas siempre listas para cuando tuviera tiempo de llevar el vapor a cada rincón. Tenía agua bendita en frascos de mil tamaños por toda la casa, escondidos para no perturbar la tranquilidad de sus hijos y, por supuesto, para que Arturo no se enterara. Cada noche rezaba el mantra: *Crux Sancti Patris Benedicti Crux Sacra Sit mihi lux non draco sit mihi dux vade retro satana nunquam suade mihi vana Sunt mala quae libas Ipse venena bibas*. Aunque en realidad estas palabras le producían miedo.

Siempre que estaba en el ritual, los oídos le retumbaban y tenía la sensación de estar taponada por una nube de jabón.

Un día, estando en su ejercicio de limpieza, se le apareció su amiga Julia de imprevisto. Le extrañó su visita estando ella a la víspera de su boda en Bélgica y más porque no la había llamado para comentarle que vendría, pero, en fin, se alegró de verla.

Cuando abrió la puerta no podía creer que la tuviera en frente. Tenía puesto un vestido blanco arriba de la rodilla, un cinturoncillo delicado negro que le bordeaba la cintura y unos zapatos no muy altos que le acentuaban su buena estatura. Tenía el cabello negro, liso y recto al borde del mentón. Se veía bella y le reconfortaba verla.

Entraron, sirvieron té y conversaron.

—Ni te imaginas lo que quiero proponerte —dijo Julia de un momento a otro.

—Ni idea —respondió Lucía abriendo ampliamente los ojos.

Julia se quedó mirándola con un gesto de “intenta adivinar...”.

—De verdad, no tengo ni idea —repitió Lucía con el nerviosismo propio de quien espera que estalle una bomba.

Las dos sonrieron maliciosamente.

—Quiero comprar tu casa —exclamó Julia con una amplia sonrisa.

—¿Sí? ¿Y eso...? Yo no he dicho que la esté vendiendo.

—Bueno, si tú no quieres venderla puedes ayudarme a conseguir alguna aquí mismo.

—Claro. ¿Aunque sabes algo? Es posible que te la venda —acentuando con la cabeza.

Hicieron un paseo por la casa detallando sus comodidades cuando Julia llamó su atención.

—Lucí, ven y mira esto. —Y señalando a la pared que estaba detrás de un mueble en el cuarto principal vieron una mancha enorme de puntillos de polvo negro muy extraños.

Se miraron y sin decir palabra volvieron a mirar la pared a ver qué era eso. Julia cerró los ojos y puso todo su cuerpo en una posición como empujando ese muro y empezó a recitar:

Proclama mi alma la grandeza del Señor. Se alegra mi espíritu en Dios mi salvador porque ha mirado la humillación de su esclava. Desde ahora me felicitarán todas las generaciones porque el poderoso ha hecho obras grandes en mí.

Su nombre es santo y su misericordia llega a sus fieles de generación en generación. Él hace proezas con su brazo, dispersa a los soberbios de corazón, derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes. A los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel su siervo, acordándose de su santa alianza según les había prometido a nuestros padres en favor de Abrahán y su descendencia por siempre. Amén.

Un viento fuerte y muy frío entró por el gran ventanal del cuarto y los árboles afuera se doblaron como haciendo una venia. Ella entonó nuevamente la oración haciéndolo con más fuerza y unos esqueletos de casi dos metros empezaron a salir de la pared armándose con el polvillo negro.

Lucía solo gritaba: ¡esta alma es para Dios!, ¡esta alma es para Dios! Y seguido dijo: Satanás, conmigo no contarás porque el día de la santa cruz... —cruzó sus brazos haciendo una gran cruz que la protegía y con un gesto en el rostro de fuerza protectora terminó el rezo— dije mil veces Jesús, Jesús, Jesús, Jesús... Los esqueletos se desvanecieron y se fueron con el viento por el ventanal y solo vieron cuando los árboles nuevamente se movieron, como si los hubieran absorbido. En ese instante, Lucía se despertó.

Eran la 1:29 a.m. y sentía un escalofrío insoportable. Todavía recordaba completa la oración que dijo Julia. Seguía somnolienta repitiéndola y se volvió a dormir. Pero al otro día, solo recordaba una pequeña frase así que la buscó. Extrañada estaba cómo podía decir completa una oración que no conocía. Seguía pensando, pero así son los sueños, un gran misterio.

Decidió no prestar mucha atención al asunto. Le gustó la oración, la copió y la colocó en la mesita de noche para rezarla cuando tuviera ocasión.

Se le ocurrió revisar la casa a ver si veía algo extraño, pero se detuvo para evitar sugestionarse; igual su casa siempre estaba limpia. Seguramente estaba nerviosa con lo que la vidente le había comentado a Julia sobre ella y esa era la razón de aquel sueño tan impresionante.

Finalmente llegó el día para el exorcismo. Madrugó, se bañó, se roció con agua bendita el cuerpo, se puso un jean, una camiseta ajustadita y unos zapatos

deportivos. No iba a ninguna pasarela, quería comodidad. Seguía los consejos de fray Francisco en los que le advirtió que vestirse adecuadamente para un exorcismo era importante: los movimientos bruscos que se hacían podrían dejarla medio desnuda delante de todos.

6:55 a.m. Salió hacia el centro de la ciudad con las indicaciones del sacerdote. Debía estar allá antes de las 9:00 a.m. porque después se cerraba la catedral y no permitían que nadie más ingresara. Caminó por el parque del centro mientras un vientecillo mañanero le rosaba las mejillas haciéndole sentir la frescura de los madrugadores. Trataba de darse confianza. Sin embargo, llevaba las manos completamente sudorosas.

Cruzó las inmensas puertas de la catedral. Se escuchaban los primeros rezos y al fondo un altar inmenso, bello y antiguo la dejó estupefacta. Caminó lento y metió su mano en la pililla benditera de mármol que estaba sujeta por dos ángeles anclada en la pared de la entrada para bendecirse, pero estaba vacía. Buscó con atención algún lugar donde, según el sacerdote, vería gente reunida que visitaba la iglesia con propósitos de sanación.

La eucaristía inició. Tres sacerdotes ancianos oraban juntos, se agachaban, se persignaban, movían sus labios sin que los feligreses pudieran entender casi nada, se levantaban, leían y se sentaban a pasos lentos, sin poder con la vida. Era casi como un baile, una coreografía especial imposible de seguir al mismo tiempo.

Estaba tan nerviosa y tan distraída que no escuchó nada de lo que dijeron, especialmente porque en algún lugar de la iglesia y con el eco immaculado de cualquier catedral, un aullido profundo se escuchaba dejando casi imperceptible lo que los sacerdotes decían. Las personas se removían en su asiento buscando el sonido y un murmullo se escuchaba después de cada estruendoso berrido.

Pensó que era un borracho o un drogado del centro que había entrado buscando cobijo en la iglesia, aunque no podía dejar de reconocer que era un sonido peculiar y perturbador.

La fila para tomar la comunión se hizo larga. Cuando ya estaba por finalizar la eucaristía, comulgó. Hacía muchos años que no lo hacía. Oró y pidió perdón, sentía la urgente necesidad de limpiar su cuerpo y conectarse con su ser espiritual, con el ángel, con Jesús, con alguien que la protegiera.

La ceremonia se terminó y de manera veloz una inmensa fila que salía de la iglesia se armó. Se hacía evidente la dinámica de la que el sacerdote le habló, así que se persignó y oró de nuevo.

Hizo la fila y miró con curiosidad la gente allí convocada. Le tocó un lugar un tanto lejano, aunque podía ver cada detalle de lo que acontecía.

Se dio cuenta de que la mayoría eran campesinos. Llevaban botellas de cristal y envases de plásticos con agua, aceite, refrescos, bolsas con ramas, fotografías y cosas que no habría imaginado jamás que pudieran ser bendecidas por el sacerdote, mientras percibía caras de maldad y de bondad. Pero lo más curioso

era que todos, no importaba su intención, parecían invocar el mismo ser. Todos estaban con una fe profunda, pidiendo al más grande de todos, unos para hacer el bien y otros para hacer el mal, paradoja de la vida humana.

El aullido se repetía cada cierto tiempo, y ahora se acompañaba de estruendosos gritos.

—Aléjese, aléjese —se escuchaba de lejos en un timbre demoniaco y asustador.

La mayoría seguía sin identificar de dónde o quién lo emitía y todas las miradas se iban hacia un costado de la iglesia, pero no veían de quién se trataba.

El sacerdote imponía sus manos en la cabeza a cada persona que estaba en la fila, oraba en silencio y bendecía lo que los fieles y creyentes llevaran en sus manos. Un ritual que se repetía todos los días; el ritual de sanación y bendición.

La segunda eucaristía del día empezó sin que la fila de sanación terminara. Era tanta gente buscando oración y consuelo que esto parecía interminable. Lucía seguía en la fila ya como en la mitad. Comprendía que la eucaristía era exactamente igual a la otra por algunas cosas que dijo el sacerdote que la oficiaba, cosas inconexas que se quedaron registradas en su memoria, pero igual no puso atención.

Cuando llegó su hora, se acercó, agachó un poco la cabeza, entrelazó los dedos juntando la palma de las manos y cerró los ojos. El sacerdote impuso sus manos, oró y ella solo sintió el murmullo de su voz que duró algo más de dos minutos. Al terminar salió de la fila dando por terminado el ritual de sanación.

Se preguntaba si esto sería suficiente. Según el padre ella era la que tenía que decir si necesitaba el exorcismo, pero no tenía ni idea de qué se suponía debía sentir. Sin embargo, la razón de la vidente era clara sobre lo que requería y la urgencia. Pensó entonces en quedarse y al menos hablarlo con el sacerdote.

9:00 a.m. Los feligreses cantaban, los sacerdotes se movían por el atrio llevando el incienso por cada rincón para limpiar el espacio. El humo salía dejando un escenario misterioso; se persignaban y oraban mientras el aullido de la esquina se hacía más agudo y más intenso con el paso del tiempo, y se acompañaba de unas carcajadas que asustaban a la gente. El sonido del órgano no paraba de emitir sus melodías y las vibraciones todas se mezclaban retumbando casi al punto de estallar en sus oídos.

Ahora todos los que estaban presentes miraban hacia la esquina con más curiosidad al ver que las personas se sacudían sentados en los bancos como si algo en el suelo estuviera a punto de picarlos. Eran verdaderas caras de miedo que solo daban paso al murmullo.

El micrófono empezó a fallar distorsionando la voz del sacerdote que sonaba como gruesa de ultratumba. Lucía decidió ir hacia la esquina de la que salían los desgarradores gritos a ver con sus propios ojos de qué se trataba.

Debajo de una hermosa e imponente pintura de Jesús cargando la cruz en el camino del viacrucis estaba una mujer tirada en el suelo, con el cuerpo doblado,

que hacía gestos con fuerza y agresividad; se agarraba la cabeza tapándose los oídos para evitar que alguien se acercara demasiado a orarle. Frente al cuadro del viacrucis, otro cuadro de igual o mayor imponente mostraba la ascensión de la Virgen María al cielo. En la mitad de las dos pinturas una imagen del Corazón de Jesús bendecía un altar menor. Dos ángeles de yeso sostenían en cada mano una luz como guiando el camino.

Preguntó acercándose a unas personas que estaban cerca de la mujer sobre lo que ocurría. Es una bruja respondieron en un ritual satánico le entró un espíritu. En la madrugada la dejaron tirada en el atrio, requiere de un exorcismo.

Escalofrió al escuchar el relato, miedo de ser testigo de que eso existe, creía que eran relatos fantásticos y tímidamente miró hacia abajo para ver a la mujer, que se movía como una culebra a la que le han cortado la mitad del cuerpo, pero sigue viva, con los párpados rojos, la esclerótica inyectada en sangre y un gesto desfigurado y diabólico en la cara, tal y como lo había visto en películas. Volvió de inmediato a su puesto lejos de aquel escabroso escenario.

El grupo que esperaba por el consejo y el consuelo del padre le daba la espalda a la cuarta misa del día con algo de agotamiento. Oraban un rosario colectivo por el alma de la mujer que yacía revolcándose estremecedoramente en el suelo.

Más de cien personas estaban en una nueva fila para recibir del sacerdote un servicio espiritual de mayor nivel; alguna contingencia de salud, problemas que requerían orientación, exorcismo o consuelo. Logró distraerse por un momento mientras escuchó la palabra de la última eucaristía de esa mañana.

Y dijo el sacerdote:

—Según Mateo 7: No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados, y con la medida con que medís, se os volverá a medir. Y, ¿por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano y no echas de ver la viga que está en tu propio ojo? O, ¿cómo dirás a tu hermano: “Déjame sacar la paja de tu ojo”, y he aquí la viga en tu propio ojo? ¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.

» No deis lo santo a los perros ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y se vuelvan y os despedacen.

» Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

» ¿Qué hombre hay de vosotros, que, si su hijo le pide pan, le dará una piedra? ¿Y si le pide un pez, le dará una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre que está en los cielos dará buenas cosas a los que le piden?

» Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos, porque esta es la ley y los profetas.

» Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella.

» Porque estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan. Y guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces.

» Por sus frutos los conoceréis. ¿Se recogen uvas de los espinos o higos de los abrojos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, mas el árbol malo da malos frutos.

» No puede el árbol bueno dar malos frutos ni el árbol malo dar buenos frutos. Todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado en el fuego. Así que por sus frutos los conoceréis.

» No todo el que me dice “Señor, Señor” entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos.

» Muchos me dirán en aquel día: “Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios y en tu nombre hicimos muchos milagros?”.

» Y entonces les declararé: “Nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad”.

» A cualquiera, pues, que me oye estas palabras y las hace le compararé a un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca.

» Y descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y azotaron aquella casa; pero no cayó, porque estaba fundada sobre la roca.

» Y a cualquiera que me oye estas palabras y no las hace le compararé a un hombre insensato que edificó su casa sobre la arena.

» Y descendió la lluvia, y vinieron ríos, y soplaron vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa; y cayó, y fue grande su ruina.

Comenzaron a salir lágrimas de sus ojos. Sintió con una convicción profunda que se había alejado de Dios, mientras Él siempre estaba ahí con ella; que se salió del camino, pero Dios le habló a cada momento, aunque ella aún no sabía si todos los mensajes eran de Dios, porque la verdad es que estaba confundida. Sin embargo, en esa palabra leída en la eucaristía parecía que nuevamente el gran Señor le estaba enviando un mensaje. ¿Cómo estaba construida su casa?, sabía que no tenía esa respuesta, no en ese momento. Pero era en buena parte tal vez la razón de todo lo que estaba viviendo, debería insistir en responder a esto, porque no había duda: la lluvia y el viento que enfrentaba eran arrasadores para una casa construida sobre la arena. Pero ahí estaba ella, de pie en el gran templo y por primera vez le inquietaba la realidad de su fe y deseaba reencontrarse con ella.

—¿Será que ahí está la roca sobre la que debo reedificar mi casa? ¿Será ese el lugar al que debo dirigirme para no sentir debilidad ni miedo como hasta ahora?

Terminó la eucaristía. Muchos salieron y una buena parte permaneció para hablarle al padre sobre una necesidad más intensa. Los otros dos sacerdotes terminaron su actividad y se fueron. El encargado de asistir el ritual pasó y apagó todas las luces y cerró todas las puertas, y al final quedó en la inmensa catedral, bajo la tenue luz de los ángeles del altar, aquella extraña mujer en trance; en un rincón el sacerdote y el feligrés de turno, que le comentaba alguna situación crítica de su vida, y finalmente, sentados ordenadamente en las sillas largas, todos los que esperaban su momento.

Ese día Lucía escuchó tenebrosos sonidos donde parecía que solo había silencio, vio muchas caras y sintió en la mirada desconectada y oscura de algunos en la fila los diablos que pronto vería exorcizar.

Cuando se acercaba su hora el labio superior empezó a temblarle sin control, las manos comenzaron a sudarle y ella apretaba su rosario de Jerusalén y rezaba siguiendo el eco del grupo que nunca paró de orar.

Un joven se acercó a la mujer que gritaba y le dijo algo al oído. Ella simplemente emitió de nuevo el aullido desde el suelo. Se pidió a los asistentes de la iglesia su colaboración para ponerla en pie y llevarla a una capilla cercana para realizar el exorcismo. Requerían de hombres con fuerza y sin miedo, pero ninguno se atrevió, esta no era una bruja cualquiera.

Salieron de nuevo y se fueron al parque central y consiguieron dos hombres más, hasta tener cinco buenos samaritanos. La tomaron uno a uno de cada extremidad y el último le cogió fuerte la cabeza. Cargaron a la mujer, que no dejaba de emitir sonidos demoniacos y desgarradores, y luego rompía a carcajadas, mas imploraba a gritos estrepitosos que la soltaran, mientras, con notable fuerza, el cortejo caminaba frente a la mirada aterrorizada de los que seguían a la espera del único sacerdote autorizado para practicar un exorcismo.

El padre, con su poca estatura y su avanzada edad, lideraba el cortejo y permanecía firme, con su rostro impávido, sin expresión alguna, y sin cabida para el miedo. Se abrió la puerta lateral de la catedral que estaba debajo de la pintura del viacrucis y salieron todos, dejando en pocos segundos un tenso silencio en el recinto donde quedaban angustiados los otros, rogando al santísimo que no les pasara lo mismo.

Cuando llegó su turno, el nerviosismo se apoderó de Lucía. ¿Cómo decirlo? El padre prácticamente no escuchaba y se requería subir el tono de la voz algunos decibelios, lo que se prestaba a que todos los asistentes escucharan historia por historia lo que le pasaba a cada uno. Era incluso entretenido conocer los detalles de cuanto les acontecía, escuchar esa enorme cantidad de cosas que pasan invisibles frente a los ojos de todos sin que nos demos cuenta que en estas modernas urbes persiste y se aumenta en la clandestinidad las ancestrales prácticas de la brujería que la mente humana no logra ni imaginar y a veces ni siquiera creer. Hacen parte de un mundo mágico al que la racionalidad se resiste, pero en el que por azar o destino se estaba viendo inmersa. Ahora la realidad era que ella no quería por nada del mundo que los de la fila conocieran su

secreto, la intimidaban casi al punto de querer irse, aun sin cumplir la misión de hablar con el padre. Sin embargo, permaneció y le llegó su hora. Tal como lo imaginó.

—Buenos días, padre.

—Buenos días. ¿Qué le sucede?

Lucía suspiró. Se quedó en silencio y tomó fuerzas para decirlo.

—Requiero un exorcismo

—¿Has jugado con güija?

—No, padre, cómo cree.

—¿Has cometido actos satánicos que invoquen directamente a satán?

—No.

—¿Eres bruja?

—No, no —respondió alarmada mientras todos en el recinto la miraban con ganas de saber cada detalle.

—¿Y entonces por qué crees necesitar un exorcismo?

—Padre, he estado muy enferma. Los doctores no encontraban nada mal en mi cuerpo y entonces recurrí a un psicólogo que me dijo que percibió el alma de una mujer que se suicidó y que me está acompañando con la intención de que yo haga lo mismo.

—¿Que qué? —Dijo el sacerdote subiendo el tono—. ¿Usted es estúpida o qué? —la interrogó despectivamente—. ¿Quién ha dicho que los muertos pueden vivir con nosotros o tienen el poder para hacernos algo? Increíble que con tanta tecnología se crea esos cuentos.

Lucía hizo silencio sintiendo algo de vergüenza. La gente que quedaba en espera —que para su fortuna era mucha menos que al principio— ponía cada vez más interés en su caso; ella continuó con valor tratando de convencer al sacerdote.

—Padre, lo curioso es que una vidente desde España me ha mandado a decir que estoy siendo víctima de un conjuro de muerte y que este conjuro lo hicieron con objetos religiosos robados a una iglesia. Asegura esta mujer que si no encuentro un sacerdote que me haga un exorcismo moriré y nadie podrá hacer nada por mí.

—¡De qué hablas, mujer! —gritaba el sacerdote que se quería salir de su ropa—. ¡Quiero que me digas qué conocimiento tienes sobre mí, si es que sabes algo!

—Usted es el único padre autorizado por la Iglesia católica en la ciudad para hacer exorcismos, sanación y liberación —dijo en un susurro.

—Muy bien, por lo menos sabe algo —la miró fijo manteniendo un gesto despectivo—. Lo que no sabe es que llevo toda mi vida haciendo esto y mire lo

viejo que estoy, ¿y sabe qué, señora?, creo que lo he visto todo. He recibido a los brujos que un día quisieron pedir perdón y he recibido a los estafados que estaban enterrados y con conjuros de muerte, de pobreza y de todo, como dice usted que está. ¿Sabe qué aprendí? Que los que dicen ser brujos todos los domingos entierran cosas en tumbas por los cementerios y a todo el que ven con cara de rico o de nervioso le dicen que están enterrados y le dicen dónde encontrar el entierro. ¿Quiere saber usted dónde está enterrada?

—No. —Ella lo miró con los ojos atónitos.

—Usted está enterrada donde el brujo haya logrado enterrarla unos días o semanas antes de que vaya a la consulta.

—Padre, es que nadie me ha cobrado nada —Lucía lo interrumpió—, y esto es una historia muy vieja que se inició hace unos cinco años, cuando debajo de mi lavadora encontraron unos huesos y una tierra.

—¿Y? ¿Entonces usted es de las que cree que un hueso de lo que sea y una tierra pueden tener poderes sobre su vida? ¿Sabe una cosa?, la verdad no necesita un exorcismo, eso se lo digo yo que sé reconocer a quien lo requiere, pero sí necesita obtener algo importante: fe. Porque cuando uno está con Dios, nada ni nadie tiene el poder de hacernos daño, pero cuando nos alejamos de Él, somos tan vulnerables, somos tan oscuros, que nadie nos tiene que hacer daño; nosotros mismos desapareceremos en la propia oscuridad.

No obstante, Lucía agachó su cabeza. El sacerdote le tomó una mano y le sentenció en tono desafiante:

—Tienes mucho que aprender. Abre la mente y el corazón. ¡Vaya, mujer, pero vaya con Dios!

Lucía salió sin mirar a nadie, molesta por el mal trato del sacerdote, desconcertada porque cuando creía que con tener fe se sanaría, todo parecía seguir mal, y cuando trataba de resolver el asunto dándole importancia al tema de la magia, todo radicaba en tener fe. Y tan apenada que solo lograba mirar al suelo, mientras los que quedaban en la fila la detallaban de arriba abajo, como si se les hubiera perdido algo. Caminó por todo el centro de la catedral y desapareció en la bruma de una inolvidable y fría mañana reconfortada en la palabra según Mateo que había escuchado: “Pide y se os dará, llama y se os abrirá...” y pensativa sobre las bruscas palabras del sacerdote que seguía, como todos, reclamando a gritos su fe, y reflexionando cuál sería el siguiente paso para el supuesto aprendizaje.

El teléfono móvil empezó a sonar y apresurada buscó en el bolso sin lograr encontrarlo, siempre tenía dentro mil cosas que jamás usaba, salvo los pañuelos, que últimamente eran de lo más útiles, hasta que lo encontró.

—Doña Lucía, buenos días. La estoy llamando de parte de Harold, le manda a preguntar si le es posible visitarlo.

Lucía dudó de aceptar, pero al mismo tiempo sintió curiosidad saber qué quería.

—Sí, claro. ¿En el consultorio?

—No, él la espera mañana en su apartamento. Anote por favor la dirección.

La llamada terminó sin más; le pareció extraño. Tanto tiempo sin saber de Harold y ahora esta llamada. Pensó que seguramente era otro que le reforzaría el embrujo. Esto ya tenía tintes de película de terror.

Al día siguiente salió a casa de Harold. Buscó el número de la calle y vio que estaba ya en la dirección; no había resultado complejo llegar. En la portería preguntó por él y la anunciaron. Subió algunos pisos, tocó en una puerta de madera oscura y le abrió ella, Diana, que se identificó como la esposa de Harold. Curioso, no sabía que estuviera casado.

Conversaron un rato. Era una joven muy bonita y amable en el trato.

—Estupendo, ya puede pasar. Le pido que, aunque se impresione, no se lo deje saber —le dijo tomándola de un brazo y mirándola conciliadora—. Por favor, sea fuerte.

Con el corazón exaltado pasó por la puerta de la habitación y ahí estaba, el querido Harold casi moribundo, muy hinchado, una imagen horrible a la que intentó darle una sonrisa amorosa.

Harold tendió su mano con poca fuerza. Lucía de inmediato le extendió la suya y lo agarró para ayudarlo.

—Me voy a morir —le dijo mirándola a los ojos.

—No, ¿por qué dices eso? Eres tan joven, verás que pronto estarás recuperado, Dios está contigo... Tú, el colega de todos los santos, ¿perdiste la esperanza?

—No, simplemente lo sé y pronto moriré, lo verás.

Parecía no tener miedo.

—Pero no me puedo ir con este secreto —prosiguió—, por eso te pedí que vinieras.

—Descansa, no te alteres.

Se quedó un rato en silencio como si se hubiera dormido. Ella le soltó la mano, lo abrigó un poco y se sentó muy cerca en una silla, esperando que despertara.

Un rato después volvió a llamarla.

—Aquí estoy.

—Siempre sentí que tenías una energía divertida, muy alegre. Desde que te vi la primera vez.

—Qué bien —lo interrumpió ella.

—Con el tiempo se volvió admiración.

—A mí también me has parecido un joven muy especial y activo.

—Ya ves, es recíproco. Pero mi admiración un día se volvió obsesión.

—Qué va, querido Harold, eso son caprichos de adolescente.

—Créeme lo que te digo.

Lucía se quedó sin palabras, no entendía de qué estaba hablando.

—Dios, qué es esto— suspiró Lucía—. Bueno, pero eso no es nada malo; al contrario, te agradezco esa admiración.

—De todos modos, cuando me fui de la urbanización, siempre recordé a tu familia con cariño, y cuando se hablaba de gente con energía especial, pensaba en ti. Pero el día que me inicié en el camino de la brujería me pusieron un reto: buscar personas con energía limpia y poderosa y quitársela.

—¿No eres santero? —Lucía le interrumpió.

—No. Soy brujo. Eso me lo inventé para ti, para que no te diera miedo empezar el proceso conmigo. Realmente soy brujo de magia negra.

Lucía se atragantaba de lo rápido que pasaba la saliva por su garganta. Tomó aire muy profundo y siguió escuchando.

—Necesito contarte esto antes de morir:

» Un día tocaron a la puerta del consultorio un hombre y una mujer. Pensé que eran otras de tantas personas que querían averiguar su suerte o hacerle un conjuro a alguien para que le fuera mal, cosa en la que no me equivoqué.

» Simpáticos se sentaron y les pregunté que cómo habían llegado hasta mí. Me relataron el viaje mientras reían. Dijeron que, estando parados en una esquina del centro de la ciudad, pensando sobre un proyecto que no sabían cómo llevar a cabo, se les acercó un hombre harapiento con el pelo ensortijado y sucio, y les entregó un volante. Cuando vieron lo que ofrecía se les ocurrió buscarme para que les ayudara.

» Me comentaron que tenían un amigo al que querían ayudar porque les daba la impresión de que lo habían agarrado con brujería. Me contaron que era muy raro lo rápido que se había casado y con una mujer demasiado joven y desconocida.

» Me pareció que con esas características podían tener razones válidas para lo que estaban sugiriendo. Les pedí que consiguieran fotos, cabello, ropa, diversos objetos para poder entrar en contacto con la energía de la persona y verificar si había algún hechizo.

» Y efectivamente un par de meses después volvió solo la mujer. Se sentó frente a mí poniendo sobre el escritorio un mechoncito de pelo, una camiseta y la fotografía.

» ¡Oh, qué sorpresa me llevé cuando te vi! No sé ni cómo pude disimular. Te vi como la primera vez, con ese ángel tan brillante.

» “¿Qué quiere hacer con esta persona? le pregunté sin dejar de mirar los objetos. “Solo quiero que me confirme que ella lo embrujó, sé que tiene que estar bajo algún influjo”.

» Tiré las cartas. Ella estrechaba sus manos y no quitaba los ojos del tarot que, ya extendido, empezaba a poner información sobre la mesa.

» “¿Qué ve?”, me insistió con acoso. Yo me quedé en silencio un rato más, reordenando la lectura. La miré y le dije “sí, sí está bajo el embrujo”. Ella se puso en pie dando un salto que casi toca el techo y gritaba “¡lo sabía!, ¡lo sabíaaaaa!, no podía ser de otro modo”. Se reincorporó y me preguntó qué más decían las cartas. Estaba emocionada, quería saberlo todo. Continué: “Dicen que lo embrujó de amor, de feminidad, de belleza”. “¿Cómo así?”, preguntó con tono recio y frunciendo el ceño, “¿qué significa eso?”.

» “Que no es magia negra de lo que se ha embrujado el señor. Él, por suerte, encontró lo que todos deseamos, el amor, y no quiso arriesgarse a perderlo, por eso la prisa de la boda”.

» Empuñó la mano y le dio un golpe a la pequeña mesa sobre la que estaban las cartas extendidas, que terminaron volando por los aires.

» “Habla como si le importara esa harapienta. ¿Sabe qué creo?, creo que usted me está engañando y que no sabe nada”, y se levantó, aporreó la puerta y se fue.

» Por algunos meses no supe nada de ellos y como no se llevó tus cosas, las conservé en el cajón.

» Pero un día, abrí el escritorio y me di cuenta de que tú podrías tener la energía que necesitaba tomar para mí, para hacerme fuerte como brujo; fue un pensamiento fugaz pero poderoso.

» Sin embargo, un día, volvieron el hombre y la señora. Habían averiguado mucho y reafirmaron que yo era uno de los mejores en artes oscuras.

» Muy serio les dije: “¿En qué les puede servir un brujo que no sabe nada?”. El hombre hizo silencio y ella me dijo con cara de disculpa: “Perdón, estaba enfadada. Esa tonta tiene algo que yo quiero para mí. La necesito fuera del camino”.

» Me contó que te había mandado a hacer un montón de daños. ¡Personas necias!

Se hizo un silencio de lo más incómodo, el ambiente podía cortarse con un cuchillo.

—¡Si lo dices tú! —exclamó Lucía con desdén.

—Un conjuro de locura, un congelamiento y no sé qué más, y estaba furiosa porque tú ni enloquecías, ni te iba mal del todo, ni nada, según la versión de ella.

» Esa fue la razón que los hizo volver a mí. Porque ya querían definitivamente que te hiciéramos magia negra poderosa. Querían verte sufrir y, sobre todo, verte bajar de ese pedestal al que habías subido con la estúpida decisión de su amigo de hacerte su esposa.

» Estaban dispuestos a pagar una fortuna a quien fuera capaz de lograr esto, y efectivamente el hombre sacó un fajo de billetes y los puso sobre mi mesa.

» Yo estaba en lo mío y me adherí a su idea. Les sugerí que te hiciéramos separar, pues ella me había dado a entender que eso era lo que realmente pretendía; finalmente si te sacaba de tu casa a lo mejor ella tendría la oportunidad de tomar lo que quería y, la verdad, sentí que así te harían menos daño.

» Para que no sospecharan les dije que, si después querían algo más intenso, también lo podíamos hacer. Y logré convencerlos, sobre todo a ella, que te juro los ojos le brillaron mientras me escuchaba.

Lucía seguía ahí, al pie del moribundo, con su mano solidaria sobre la de Harold, escuchando la telenovela que protagonizaba sin saberlo, y sentía dificultad para darle crédito de realidad, aunque de alguna forma explicaba todo lo que había vivido y sufrido.

—Continúa, por favor.

—Con la foto que me entregaron, te enterré simbólicamente en un cofre mortuario, decretándoles la muerte matrimonial, y paso seguido hicimos sacrificios de sangre a los santos que invocamos para este trabajo.

» Pude dimensionar cuánta envidia y cuánto odio se albergaba en el corazón de estos, y sabía que los conjuros que te estábamos haciendo tarde que temprano te quebrantarían. Supuse que tendrías pocas posibilidades de defenderte y me ideé un plan para salvarte. Conseguí tu teléfono y te contacté; yo sabía que terminaríamos hablando de lo que te acontecía y estaba seguro de que estos conjuros eran fuertes.

» Tomé una decisión y te invité a mi consultorio, no al antro donde hago maleficios; sabía que no harías cosas con magia negra. ¿Recuerdas? Extendí las cartas e identifiqué todos tus males, que bien conocía, logrando sorprenderte. Te di un remedio para aliviarte las heridas y te hice sentir confianza. ¿Pero sabes qué es lo que nunca olvidaré de ese día? Cuando te pregunté si deseabas saber quién o quiénes te producían ese mal y tú respondiste que no, que no había lugar para el odio en tu corazón, que tu único deseo era sanarte.

» Ese día yo comprendí que tu alma era grande y poderosa; que, a diferencia de nosotros, tú no estabas picada por el pecado de Caín y esa era la razón por la que los conjuros previos no lograron doblarte como se lo proponía ella.

» Pero más allá de lo que ellos pretendían hacerte, mi plan era otro. Yo sí quería tu energía para acrecentar la mía, y tu alma para ponerla a trabajar para mí. Por

eso te di una segunda botella, la de las ramas y el agua marrón que preparé tomando elementos de una tumba.

—¡No, por favor, no quiero recordar ese momento! Es demasiado doloroso. —
Se arqueaba con ganas de vomitar.

Salió corriendo hacia el baño, soltando bruscamente la mano de Harold, pero no alcanzó a llegar. Se dirigió a toda prisa a la primera maceta con flores que encontró y vomitó. Diana, la esposa, viendo la situación de Lucía, le trajo un vaso con agua y le preguntó si estaba bien.

—Esta pálida. Es mejor que se siente.

Salió a un pequeño balcón que tenía el apartamento intentando que el aire les llegara a los pulmones, pero ahora quería escuchar el fin de la historia y saber cómo terminaba.

Volvió, pero ya se ubicó un poco más distante. Harold tenía lágrimas corriendo por las mejillas y se veía cansado. Lucía, a pesar de todo, sentía lástima.

La conversación prosiguió, pero con otro talante.

—Por favor, perdóname —le dijo mirándola a los ojos.

Lucía aprovechó y le preguntó lo primero que se le vino a la cabeza:

—¿Entonces lo de tu mamá fue mentira?

—No, cómo crees. Toda la historia que te conté de cómo llegué a ser santero es cierta, pero avancé y ahora soy brujo.

Respiró profundo y volvió a mirarla.

—¿Crees que podrás perdonarme?

—Si ya terminaste y esa es la historia, creo que sí —respondió en tono seco.

—No, en realidad apenas estoy empezando.

Lucía lo miró fijamente incrédula.

—¿No estás cansado? Has hablado demasiado y quizá es demasiado esfuerzo.

—Tengo que terminar de contarte porque puede que mañana ya no esté —lo dijo con firmeza.

Ahora Lucía sabía que era verdad; empezó a creerle lo de la muerte.

—Te pedí que usaras la botella grande de agua —continuó—, la de las ramas. Así logré cubrirte la energía completamente con tierra de cementerio, creando el escenario de la muerte. Mientras tú dormías empapada, yo estaba haciendo tu velatorio. Vestí a alguien con ropa tuya, esa que me habían traído y olvidado aquí, y la acosté en un ataúd blanco. Esa noche engañaríamos a la muerte haciéndole creer que morías y para cuando el sol saliera tú serías un cuerpo sin alma, un cuerpo invisible a todos, y tu alma estaría conmigo.

» Pero algo te hizo reaccionar y te levantaste, y cuando rociaste el agua bendita, aquí el ataúd se incendió quemando la mujer que se hacía pasar por ti y el hechizo se rompió. No logré que tu alma fuera mía, pero si lo recuerdas, de un día para otro además de tener tu vida en rompecabezas... ya estabas separada.

» Con tu vida del revés esta gente no volvió a aparecer por largo tiempo. Yo me fui a un curso especial de brujería, a París, y se rompió la comunicación.

» No supe de ellos por meses, pero un día alguien me contó que estaban trabajando con el maestro de maestros y que estaban preparando una estocada final para acabarte. Parece que el maestro ya está listo; le pagaron una fortuna, pero antes de empezar tienen algo directamente contra ti que no necesitaba ni brujos ni muertos.

» Yo, inquieto, la llamé y lo único que supe era que habías vuelto a tu casa y eso los tenía muy molestos; en mí ya no creían. De hecho, me insultó y lo único que me dijo fue que te iba a dejar hasta sin pelo y que para eso no me necesitaba, ni iba a tirar más dinero conmigo, y me colgó.

» Lucía, mi querida Lu, ya te conté el secreto y deseo tu perdón.

Ella lo miró con desconcierto y con dolor, movió la cabeza con dificultad para decir la palabra, pero finalmente lo perdonó. No había cabida para odio en su corazón y esa era su verdadera armadura.

Harold siguió hablando.

—Ahora necesito que tomes esto. —Y con gran esfuerzo levantó el brazo contrario y abrió la mano que tenía empuñada.

Un papelito enrollado, húmedo por el sudor, se abrió como una flor.

—Tómalo y vete ya. Esta puede ser la última vez que nos veamos si eres capaz de ganar esta batalla; la mía ya está perdida, pero necesito irme con la confianza de que te veré en otro plano, en otro mundo.

Lucía estaba descompuesta, desconcertada, pero algo dentro de sí muy profundo le daba fuerza.

—Entonces, despídete, mi querido Harold, porque esta alma es para Dios; no dudes, no me verás en tu inframundo.

Salió de donde Harold y llamó al padre Francisco.

—Hola, padre, buenas tardes.

—Hola, doña Lucía.

—Padre, necesito hablarle, es urgente.

El tono de la llamada era tan tosco y desesperado al tiempo que el sacerdote no dudó.

—De acuerdo, venga. Estoy en el colegio y tiene suerte porque estoy finalizando la jornada.

—Excelente, padre, de camino voy —dijo con voz agradecida.

En la misma silla, bajo el frondoso árbol de cedro esperaba por ella el buen padre Francisco. Tenía la Biblia abierta; parecía que estaba leyendo concentrado y ni se percató de su llegada.

Cuando ella se acercó, el padre interrumpió de inmediato la lectura, sacó el pañuelo y limpió la silla convidándola amablemente a sentarse.

—Doña Lucía, como siempre un placer saludarla —dijo el padre. Luego miró su cabello y exclamó: ¡Cuándo se cortó el pelo! Se ve muy cambiada, me dio dificultad reconocerla.

—Hasta a mí me cuesta reconocerme, padre —le respondió tocándose lo poco que le quedaba —. Pero verá, no solo el cabello ha cambiado; creo que todo mi ser es diferente.

—Cada día somos nuevos, aunque no lo percibamos.

Lucía sonrió con desencanto.

Le dijo de dónde venía y todo el rollo que le había contado Harold. El sacerdote solo la escuchaba con total atención y dando crédito a cada palabra con que se recreaba este increíble cuento.

—Padre, quería que habláramos de algo que dijo Harold que me retumba en la mente. Dijo que todos ellos estaban picados por el pecado de Caín y esa era la razón de todo este sufrimiento.

—Bueno, querida, vamos a repasar... Recuerda que Eva, nuestra madre bíblica, dio a luz a dos hijos: Caín y Abel. Parece que Abel daba frutos que agradaban a Dios más que los que le presentaba Caín. Lo que hizo que Caín se enojara mucho.

» Un día, Caín invitó a su hermano Abel a dar un paseo, y cuando los dos estaban ya en el campo, Caín atacó a su hermano Abel y lo mató.

» La historia de Caín, igual que la del Paraíso Terrenal, no es un relato histórico, sino un cuento religioso que nos enseña, a modo de comparación, el fondo de la condición humana. Nos descubre la envidia como factor decisivo de la actuación humana.

» Ese mismo sentimiento se da hoy en día entre hijos con padres, padres con hijos, hermanos e incluso entre quienes dicen ser entrañables amigos. En esa cercanía es donde justamente se despierta este sentimiento competitivo destructor. Querida hija, ese es el pecado de Caín que ha picado a estos personajes que están detrás de acabarte la vida.

Lucía permanecía absorta; era demasiada información. Cuántas veces había escuchado hablar de estos hermanos y jamás había profundizado en el sentido del relato.

—En toda comunidad humana se vive el pecado capital y a veces se llega a límites tan graves que usan la brujería —dijo el padre con un énfasis añadido, asesinos a sueldo o lo que sea necesario, como sucede en tu historia. No es un asunto meramente económico; este hecho puede ser el menos relevante. Yo, la verdad, creo que la cosa que más envidia causa en los humanos es la gracia o la energía que emana de una persona, que es lo único que realmente hace de alguien un ser especial.

—Fray —dijo Lucía—, imagínese que Harold me entregó este papel y no me he atrevido a mirarlo, me da miedo. ¿Será que puede hacerlo usted por mí? Y si ve que me conviene me dice, y si no se deshace de él y no me cuenta lo que expone, por favor.

—Claro.

Entonces Lucía se lo entregó igual de arrugado como lo recibió.

Capítulo 5. La casa

Empezó a orar un rosario cada noche. Buscó un pequeño libro de oración que contenía los misterios y letanías e hizo sus súplicas sin falta antes de dormir. Todo empezó a estar mejor, se sentía anímicamente bien, no dejaba de hacer los rituales con los inciensos y decidió revisar la cama de nuevo y limpiarla con agua bendita, para ver cómo estaba.

Sonó el teléfono, vio que era un número desconocido y entonces lo dejó timbrar hasta que colgaron. No quería contestar sin saber de qué se trataba. Al instante se escuchó el sonido que anunciaba un nuevo mensaje, pero siguió con sus actividades.

Repicó de nuevo y no alcanzó a contestar; al instante un pito la obligó a mirar los mensajes. Vio que era Arturo, así que decidió escuchar los recados que ya llenaban el buzón.

—Hola, Lucía, soy María, quería saludarte...

Se escuchó un “bip” para el cambio de mensaje. A continuación, la voz de un hombre que no reconoció.

—Hola, doña Lucía, soy Ricardo, amigo de Carlos, su psicoterapeuta. Llámeme, por favor. Tengo algo urgente que comunicarle.

Lucía sintió curiosidad. No conocía a ningún Ricardo y no había vuelto a visitar a Carlos. Siguió escuchando los mensajes. ¡Oh, sorpresa! Le anunciaba la aceptación por fin para un trabajo que había esperado durante dos años. Y con el corazón latiendo aceleradamente de felicidad escuchó en el último mensaje que Arturo le confirmaba que llegaría a tiempo para comer juntos.

Curiosa de inmediato llamó a Ricardo.

—¿Quién habla?

—Soy yo, Lucía, la paciente de Carlos. Usted me dejó un mensaje que me comunicara.

—Ahh..., ¿cómo le va?

—Bien, gracias.

—Estupendo, su respuesta me alegra. Llevo varios días intentando contactarla.

—Sí, me di cuenta por la fecha de su mensaje. La verdad, no acostumbro revisar mensajes, solo cuando ya se hace necesario; ¿en qué puedo ayudarlo?

—Muy generosa, pero ahora no me ayudará a mí, yo soy el que le va ayudar a usted.

Le pareció a ella un poco rara la respuesta, pues ni lo conocía ni se imaginaba en qué podía ayudarla, y se le hacía extraño que hablara con tanta seguridad.

—Doña Lucía, es importante que nos veamos y pronto, lo más pronto que pueda.

Lucía, por cortesía con Carlos, le dio cabida a la reunión y aceptó.

—Si quiere ahora en la tarde lo invito a un café, podemos encontrarnos en el parque frente al consultorio de Águila —usó el sobrenombre con que todos conocían al psicoterapeuta—. Si le parece, allí estaré.

—Si Dios quiere.

Siendo las 15:00 horas llegó al café donde habían propuesto el encuentro; pidió un vaso con agua y se sentó a mirar por las ventanas con ansiedad, esperando la llegada de Ricardo, de quien no era capaz si quiera de imaginar su aspecto.

Muy cerca de ella, pero fuera del lugar, un hombre adulto, delgado, de cabello oscuro y largo, con las mangas de la camisa dobladas hasta el codo, una agenda bajo un brazo y un cigarrillo en la otra mano, estaba en guardia esperando algo o a alguien. Pasados unos minutos, ella se levantó y se le acercó, avisándole de su presencia.

—Hola.

—¡Lucía!

—Sí.

—Disculpe, no la vi entrar. Estaba distraído fumando y no me di cuenta cuando pasó por mi lado.

Ambos sonrieron.

—Eso pasa, a mí con bastante frecuencia...

El camarero se acercó a ofrecerles algo. Lucía pidió un café negro; Ricardo le susurró al oído: “le sugiero pida algo de color transparente o blanco”. Ella lo miró extrañada y sin hacer preguntas del porqué, corrigió su comanda; “por ahora sigo con el agua”. Él pidió una limonada.

Ricardo sacó de su bolsillo una foto y se la mostró.

—¿Recuerda cuándo se tomó esta foto?

—La verdad, no —dijo con el ceño fruncido y algo incómoda. Pensaba cómo podía él tener una foto suya.

—Esta foto se la tomó Águila unos meses atrás, cuando usted fue a consulta.

—Sí, sí, claro, pero finalmente yo no continué el tratamiento y nunca más volvimos a hablar de eso, y la verdad, ya actué por otro lado. Me encuentro muy bien y creo que todo se está resolviendo.

Él sonrió y levantó una de sus cejas como poniendo en duda lo que ella estaba diciendo. Ella no le dio importancia, igual continuó comentándole que tenía claro que esta era una experiencia sobre la fe y que ella la tenía, solo que estaba en proceso de fortalecimiento, pero sabía que Dios estaba de su lado, por eso nada

ni nadie podría hacerle daño. Pensaba en el padrecito de la catedral mientras con firmeza intentaba convencerse y convencerlo de que era una mujer con fe.

El joven Ricardo asintió con la cabeza.

—Seguramente eres alguien con fe, nadie ha dicho que para tener que lidiar con estas experiencias de brujería hay que ser alguien malo o no creer en Dios, pero déjame contarte esto: cuando me enviaron esta foto, yo vi que sí tenías problemas con los del más allá, que están trabajando para los del más acá. —Y sonrió.

Lucía se sintió molesta con su actitud y él lo notó, así que continuó en un tono más serio.

—Carlos me dijo que tenía que esperar tu decisión y yo perdí de vista tu caso. En realidad, ni te conocía, ni tenía por qué meterme en algo si no estabas interesada en trabajar conmigo, así que me olvidé. Pero esta semana me enviaron unas fotos y sin proponérmelo me encontré de nuevo tu foto y me sorprendió bastante. ¿Quieres ver?

Ella, como siempre con este tema, se mantenía entre incrédula y curiosa; sabía que, aunque intentaba salirse, algo siempre la hacía permanecer. En su interior tenía un profundo miedo a enfrentarse a él, pero la curiosidad siempre le ganaba al miedo. Entonces aceptó.

—Muy bien — abrió una agenda y sacó la foto que tenía impresa—. Ahora, doña Lucía, quiero que mire su foto.

Ella la miró a la ligera y sin ninguna malicia.

—¿Ve algo extraño?

—No.

Entonces con la agenda tapó casi toda la foto dejando que se viera solo la frente y se la acercó.

—Mire nuevamente, por favor —reiteró Ricardo—. ¿Ve algo nuevo?

Lucía, levantando la ceja de su ojo izquierdo y moviendo la cabeza de arriba hacia abajo varias veces, finalmente contestó que sí.

—Muy bien, ¿me permites tirar el tarot? —le preguntó.

—Sí — por cortesía—.

Ricardo tiró el tarot. Afortunadamente estaban solos en el lugar; a Lucía le sorprendió el estado de las cartas, estaban sumamente usadas, desgastadas, tan descoloridas que casi tenía dificultad en saber qué estampación llevaban originalmente.

—Toma cuatro cartas y destápalas —le dijo Ricardo subiendo la mirada.

Lucía giró las cuatro cartas. La primera mostraba una mujer pálida con pelo recogido y un chal en la espalda sentada frente a una mesa; tenía una bolsa de la que sacaba elementos bastante extraños.

—Hay una mujer mayor detrás de todo este proceso de enfermedad y atasco en tu vida.

La segunda carta tenía la imagen de un hombre encerrado en barrotes de humo.

—Esa mujer que trabaja en tu ruina utiliza a un hombre muy cercano a ti para hacer este daño.

—Nada nuevo —comentó para sí misma, entre dientes.

—¿Qué dice?

—Que ese detalle ya lo sabía.

Se miraron fijo y en silencio mientras él tiraba la tercera carta. En esta carta, una cabeza sin cuerpo de la que salían espadas de la boca y los ojos, que de inmediato llamó la atención de Lucía porque era casi lo mismo que le había enviado a decir la vidente, así que puso atención en ella y antes de que él pudiera hablar ella preguntó:

—¿Y esta, dime, esta qué significa?

—Que a este punto ya acabaron con tu cuerpo a nivel energético, pero tienes fuerza mental y ahora le están dando duro a tu cabeza. Si lo logran, el conjuro de muerte que te han hecho estará concluido, estarás muerta. Pero —frunció los labios, se quedó pensativo— ¿ves esta última carta? Mírala bien.

—¿Puedo tomarla?

Él dirigió el tarot hacia ella permitiéndole que la tomara. Lucía la cogió y se quedó impávida mirándola: era una estrella que le iluminó el rostro con su destello. Así tal cual la describió la vidente también cuando se asombró de que aquel conjuro no terminaba con su vida. Miró a Ricardo en gesto de pregunta sobre el significado.

—Esa es usted, un ser de luz que se ha alejado y por eso se ha oscurecido. La luz y la oscuridad son un solo camino, no son dos caminos ni están en direcciones opuestas como suele pensarse. Usted, ser de luz, está caminando hacia la oscuridad, esto es lo que debe resolver. Como la vida terrenal es una lucha entre el bien y el mal, esas dos fuerzas están luchando por tomar su alma y en concordancia solo usted puede cambiar la dirección de la balanza.

»Mire, Lucía —prosiguió con tono suave—, no se preocupe, yo no quiero dinero, no me dará ni una moneda; estoy dispuesto a participar en este camino solo por la satisfacción de que la luz le gane a la oscuridad y aunque nada es gratis, todo tiene un precio, si logra inclinar la balanza hacia la luz habrá un premio del que yo quiero participar; si no lo logra, el conjuro que está tirado para usted nos llegará a todos los que le ayudemos. Esto no es un juego, aunque las personas

se burlen y no den crédito. Me interesa su caso y estoy dispuesto a asumir el costo.

A Lucía le parecía irreal y conmovedor al mismo tiempo.

Tomó un sorbo de agua.

—¿Y entonces qué hacemos?

El teléfono sonó interrumpiendo la tensa conversación.

—Conteste, no tengo ninguna prisa —dijo amablemente.

—Mil gracias, deme un momento.

Lucía contestó:

—Hola... Fray Francisco, ¿cómo está?... Yo bien, muy bien, gracias. Cuénteme... Ya extrañaba su llamada y dígame, ¿pudo averiguar algo del papel?... Cuánto me alegra. Sí, claro que sí, puedo pasarme. ¿Podría ser más tarde?... Muy bien, padre, le agradezco mucho... Nos vemos ahora, que esté muy bien.

—Excúseme, Ricardo —retomó Lucía de inmediato—. ¿Qué me decía? ¿Qué es lo que propone que hagamos?

—Un proceso de siete días intenso. Empezaríamos un viaje, dígame si puede, piénselo si quiere y me llama cuando esté lista. Eso sí, no se demore, verá que este conjuro hacia su cabeza pronto tendrá sus consecuencias. Si espera mucho ya no tendremos en qué apuntarnos para la terapia.

Se levantó, le dio un abrazo como de hermano y tomando su agenda, que puso debajo del brazo, salió con la promesa de que ella iría al viaje.

Lucía se quedó mirándolo sin poder dejar de pensar y, de preguntarse por qué esto no terminaba. Mientras él se detuvo en la acera, encendió un cigarrillo y siguió caminando hasta que lo perdió de vista.

Llamó al camarero. Un halo de nerviosismo la envolvía no fue capaz de seguir el consejo sobre las bebidas transparentes. Pidió un café caliente y se quedó ahí por horas reflexionando sobre todo lo que aconteció en los últimos años de su vida y tomando la decisión de si realmente estaba dispuesta a embarcarse en el viaje de sanación que ahora le proponían.

Terminó el café estaba agotada al extremo de sus fuerzas le robó un sorbo de aire al ambiente y busco fuerzas, y se fue a cumplir la visita con el sacerdote quedándose atascada por algunas horas en la vía. La cabeza se recalentaba con insistentes pensamientos, así que se refugió en un aparcamiento y guardó el coche. Tomó un taxi, en un estado de ahogo en que se hallaba y no se sentía bien para conducir. Estaba desconcentrada con la gran curiosidad que le causaba lo que el sacerdote tendría que contarle.

Fray Francisco, no parecía hallarse en el lugar de siempre, Lucía merodeo los rincones del colegio hasta verlo de espaldas sentado orando en la capilla principal.

Ahí estaba, frente a la imagen de la virgen, en el celestial sonido del misterio religioso, bajo la corriente de aire fresco que inunda hasta el último resquicio de este recinto sagrado en el que el alma de Lucía se aquietaba, se sumergía de inmensa paz, sensación tan extraña para alguien como ella, que se había distanciado de las prácticas religiosas.

El sacerdote sintió sus pasos y giró la cabeza con esa mirada cómplice y cariñosa, y la convidó a seguir.

Se dieron un abrazo fraterno. Lucía de inmediato le echó el cuento de Ricardo que seguía alimentando su sorpresa e incertidumbre, y el cúmulo de preguntas que se acrecentaba con el paso del tiempo. Todo era un monólogo donde casi ni respirar podía.

—Padre, ¿por qué a mí? —Comenzó a preguntar—, ¿por qué yo estoy metida en esto?, ¿Es un asunto de pecar?, ¿será que voy por un camino equivocado, o le he hecho daño a alguna persona, aunque no sea consciente de esto? Y entre otras, ¿usted sí cree que esto sea real, que existe la brujería, los hechizos, los conjuros, Satanás? Usted sabe cómo me he resistido a darle cabida a esto, pero le confieso que me perturba haber llegado a este punto porque un conjuro de muerte, asusta. Lo que sí es extraño que tanto dolor, tanto despropósito, es que te digan que, con un poco de agua bendita, con unas medallitas del tal San Benito y unas oraciones me puedo salvar. Se hace a veces difícil de creer.

» Yo, sinceramente estoy confundida —continuaba mientras se veía en su rostro la consternación—. A veces logro ser racional y tomar todos los correctivos y las soluciones que me ofrece la medicina, la psiquiatría, la homeopatía, en fin, y siento que mejoro, pero es temporal; y luego me dejo seducir por estas cosas esotéricas y hasta de magia que también me sirven, pero el ciclo recomienza y el dolor y la enfermedad se agudizan. Al final siempre estoy de nuevo en el círculo de muerte o vida, enfermedad o sanación, fe o razón, pero no encuentro cómo salir hacia la solución total, y le confieso que estoy camino a la desesperación. Esto es tan irreal. —Y metiendo sus manos entre el cabello sostuvo la cabeza y se quedó ensimismada en un pensamiento en blanco en un segundo que le pareció eterno.

El sacerdote la escuchó con paciencia, como solía hacerlo durante todo el tiempo.

—Por eso te dije que vinieras —le dijo pausado—. Ya revisé el papelito y me da cuenta que Harold realmente te quiere salvar y de que vas a enfrentar el momento culmen de este conjuro, porque cuando abrí el papel y vi el nombre de la persona con la que te debes entrevistar, me percaté de que ya estamos en ligas mayores, mi querida señora.

—¿Cómo así, padre? Explíquese.

—Doña Lucía, ¿usted realmente confía en mí?

—Sí. No lo dude, por favor.

—Muy bien, eso es lo que necesitamos, que vuelva a creer y a confiar. Ahora le pido que se deje guiar y no me haga preguntas.

Ella asintió con la cabeza.

El padre sacó de su bolso personal algo envuelto entre un trapo muy blanco que tenía bordado una imagen eucarística y se lo entregó.

—En este sobre hay una dirección y unas instrucciones para que visite a un sacerdote que está retirado. Es un hombre viejo, así que lastimosamente no es mucho el tiempo que le queda en este mundo. Ya está muy sordo, pero es una eminencia. Es doctor de la Iglesia y su vida dedicó a realizar exorcismos por mucho tiempo. Ahora vive en una pequeña casa en el campo que adecuó como capilla y hace misa los domingos para sus vecinos. Es alguien a quien puede con toda confianza tratarle el tema y preguntarle lo que quiera, seguro que no le pasará como con el padre de la catedral; este tiene otra mirada y, se lo digo, es respetado. —Y hurgando de nuevo en su bolso sacó el arrugado papel de Harold y continuó—: Después de que haga la visita que le recomiendo, abra este papel y siga las instrucciones — prosiguió a entregarle el papel, empuñando con sus manos la de ella, que recibía ese enigma.

El sacerdote movió su cabeza hacia los lados y añadió:

—No acepto preguntas, no por ahora. La quiero firme y acrecentando esa fe. Yo le dije desde el principio que podía contar conmigo y ahora no la dejaré sola, de hecho, no lo está, percibo un ejército de gente luchando por usted y yo soy uno más. Quiero contarle que ahora su nombre está en un grupo de oración mundial.

—¿Cómo así, padre?

—Sencillo, hija. En el mundo hay gente que se junta a orar por otros y eso tiene un poder sanador que no se logra imaginar. Así, doña Lucía, que manos a la obra y si después de ese encuentro la embarga alguna duda, me llama.

Se puso en pie dando por terminada la reunión y palmoteó sobre la espalda de ella, haciéndole sentir consuelo.

—Se ve cansada—, pero tenga la certeza de que está en un proceso de fe. Pronto terminará el calvario.

Salió de allí, como salía de todas partes, siempre desconcertada. Esta historia, si se la contara a alguien, nadie se la creería porque hasta a ella, que la estaba viviendo, le costaba sinceramente darle crédito. Tal vez el problema era que enfrentaba esto como de medio lado, como con aguas tibias. Suspiró de nuevo mientras concluyó que le haría caso a fray Francisco; por lo menos él le inspiraba confianza.

La noche cayó y, con ella, la oscuridad, el temor y el cansancio se precipitaron también. Puso a calentar el agua mientras disponía todos los otros elementos

necesarios para esta limpieza final. Era el día 30, el último día del ritual de sanación que le había enviado la vidente. El vapor empezó a salir y se intensificó cuando agregó las hierbas indicadas. Con el rosario en la mano subió a la segunda planta y desde allí le dio inicio la actividad llevando el vapor hasta el último rincón mientras entonaba los misterios. Con los ojos cerrados susurró despacio: *“Padre Mío que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a mí tu reino y hágase tu voluntad aquí en la tierra como en el cielo. Dame hoy mi pan de cada día y perdona mis ofensas como yo te prometo perdonar a los que me ofenden...”*. Un impacto de algo contra una de las ventanas interrumpió de ipso facto su concentrada oración. Abrió los ojos intentando identificar el sonido, buscando mantener controlada la respiración, cuando de pronto se repitió el impacto y unos segundos después un tercer impacto sonó con toda su fuerza. Con el corazón acelerado, abrió el pequeño libro de oración donde pudo y fuertemente alzó la voz:

—*Señor Jesús, en tu nombre y con EL PODER DE TU SANGRE PRECIOSA sellamos toda persona, hechos o acontecimientos a través de los cuales el enemigo nos quiere hacer daño. Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS sellamos toda potestad destructora: en el aire...*

Sonó de nuevo un impacto. Era el cuarto. Tragó tratando de controlarse y continuó:

—*...En el aire, en la tierra, en las fuerzas satánicas de la naturaleza, en los abismos del infierno y en el mundo en el cual nos moveremos hoy. Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS rompemos toda interferencia y acción del maligno. Te pedimos, Jesús, que envíes a nuestros hogares y lugares de trabajo a la Santísima Virgen acompañada de san Miguel, san Gabriel, san Rafael, santa Teresita del Niño Jesús, santa María Magdalena, y toda su corte de santos ángeles, arcángeles, querubines, serafines y virtudes, potestades, tronos, dominaciones y principados.*

Estaba bajando las escaleras mientras rezaba con mucho poder esta oración cuando de nuevo la sorprendió otro impacto; parecía como si alguien desde un jardín cercano estuviera lanzando piedras contra el ventanal, pero aún no se quebraba.

Continuó con fortaleza y subiendo el tono de la voz:

—*Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS sellamos nuestra casa... Todos los que la habitan, las personas que el Señor enviará a ella, así como los alimentos y los bienes que él generosamente nos envía para nuestro sustento.*

Entró a su cuarto, entre el humo del vapor que casi la invisibilizaba. Solo se escuchaba su voz:

—*Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS sellamos a las personas y los animales que viven en nuestra casa...*

Miraba hacia el gran ventanal que daba al jardín cuando dos pájaros venían hacia éste, a una velocidad de proyectil. Uno colisionó antes que el otro y cayeron frente a sus ojos. Solo vio volar unas cuantas pequeñas plumas.

Siete pájaros en menos de diez minutos habían chocado contra la puerta vidriera como si un efecto climatológico especial hubiese ocurrido. Tres de ellos quedaron en el suelo de aquel balcón; uno agonizaba mientras intentaba con dificultad mover su pequeña ala; los otros dos yacían allí inmóviles. Era la primera vez en tantos años de vivir en aquella casa que algo como esto ocurría. Estaba impactada.

Con todos sus sentidos en máxima alerta, continuó el ritual sin perder de vista ni un solo espacio; punta a punta de su cama y esquina a esquina de la habitación fueron bombardeadas con el oloroso vapor de esta limpieza energética que avasalladora, procuraba arrastrar con la enfermedad, el miedo y el dolor de estos últimos años.

Siguió con la oración.

—*Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS, sellamos personas, animales, tierra, puertas, ventanas, objetos, paredes y pisos, el aire que respiramos, y en la fe colocamos un círculo de su sangre alrededor de toda nuestra familia.*

» *Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS sellamos los lugares en donde vamos a estar este día y las personas, empresas o instituciones con quienes vamos a tratar.*

» *Con EL PODER DE LA SANGRE DE JESÚS sellamos nuestro trabajo material y espiritual, los negocios de todos tus hijos, los vehículos, las carreteras, el aire, las vías y cualquier medio de transporte que habremos de utilizar.*

» *Con tu SANGRE PRECIOSA sellamos los actos, las mentes y los corazones de todos los habitantes, dirigentes de nuestra patria, del mundo y de la Iglesia universal a fin de que tu paz y tu corazón reinen en ellas. Te agradecemos, Señor, por tu SANGRE y por tu vida, ya que gracias a ellas hemos sido salvados y somos preservados de todo lo malo. Amén.*

Prosiguió el camino increíblemente fortalecida. Tal vez la fuerza tan poderosa de aquellas oraciones, porque no, sentir que el ataque cada vez era más evidente, le quito las dudas de dejarse caer en los brazos de Dios, que era el único que podía realmente protegerla. El vapor dejaba su estela y su olor tan peculiar mientras Lucía, como decía la indicación, llegaba en su proceso hasta la puerta principal de la casa.

Ahí soltó todo y con las manos elevadas hacia el cielo pronunció por última vez el conjuro que por veintinueve días exclamó sin entenderlo, con inseguridad y temor:

“*CruX Sancti Patris Benedicti CruX Sacra Sit mihi lux non draco sit mihi dux vade retro satana nunquam suade mihi vana Sunt mala quae libas Ipse venena bibas*”.

Quedó agotada; no fue capaz ni de sacar lo que seguía guardado en el litúrgico y hermoso pañuelo blanco que le encomendó fray Francisco mirar.

Ya en la cama, suspiró, alabó a Dios y le dijo: Empiezo a sentir tu abrigo, Señor, no permitas que me aleje, te lo pido. Y quedó absorta en lo profundo de algún sueño que por esta vez no recordaría.

Pero la mañana llegó, aún gris para su ánimo perturbado por la premonición de todos de que el maleficio final estaba por caer sobre ella con todo su peso. ¿Sera real que alguien pueda matarme sin necesitar tocar a mi puerta? Esto puede ser lo más increíble de la vida humana.

Percibía el riesgo, pero a ratos pensaba que tal vez todos estaban paranoicos con este asunto. Sin embargo, ella confiaba en el padre Francisco y asumía que él no la alarmaría porque sí. Igualmente, Ricardo parecía sincero y más aún Harold, que estaba haciendo el último gesto bueno de su vida, con verdadero arrepentimiento en un acto de contrición. ¿Cómo podría ella, inmersa en este maremágnum de hechos aparentemente casuales, pero a la vez tan conectados, dejar la cosa así y no actuar?, ¿cómo no aprovechar este grupo de gente tan presta para ayudarla? Mojó con la lengua sus labios que, ante tanta incertidumbre, parecían deshidratarse. Buscaba el aire afanosamente, respiró profundo esperando que no le llegaran más sorpresas.

Tenía curiosidad por visitar al viejo sacerdote que, por las indicaciones, parecía misterioso, así que aprovechó los primeros instantes de la mañana con la mente fresca y se fue a ese encuentro.

Caminó hasta llegar a la cima de una pequeña montaña. No era un lugar apartado de la ciudad, pero los árboles y la vegetación verde lo apartaban de cualquier asomo de ciudad no muy lejos vio la casita rústica del sacerdote. Se dio a la tarea de emprender la subida y tras unos minutos de ascenso llegó. El viejo estaba sentado en una mecedora tomando algo y no se inmutó de ver que alguien extraño subía; simplemente levantó su mano para saludar.

Lucía, que no tenía muy buen estado físico, estaba con la respiración al tope. Entonces elevó su mano también y se sentó en uno de los muros laterales mientras se recuperaba de la caminata.

Empezaron a conversar sin identificarse. Hablaron sobre el sol, las flores, el aire y la tranquilidad que emanaba de la frescura del campo. Lucía se percató de que el padre Francisco no le había escrito su nombre. Fue cuando aprovechó la camaradería que desprendía la charla para preguntárselo.

—¿Cuál es su nombre?

—Rafael —dijo él—, a secas.

—Como el Arcángel —aseveró Lucía.

—Como el cantante —respondió jocoso.

El viejo estaba vestido con una ropa sencilla. Le contó que se dirigía a la huerta para laborar. Ella le pidió que le permitiera acompañarlo, él aceptó sin reparo, y las horas pasaron en una conversación fluida en la que Lucía resolvió muchas dudas.

Recordó unas palabras que le dijo fray Francisco cuando le sugirió la visita: “Porque conozco de cerca esa lucha que libra entre religión y razón siento que necesita hacer esto; le va a despejar el camino y le va a permitir crecer, aprender en esta experiencia de la que soy testigo que ha sido dolorosa. Ponga mucha atención, mi querida Lucía, con cuidado e interés no se resista a saber más, a conocer más, a entender más y cuando tenga claro el tema, se comunica con la persona que Harold le recomienda”.

Pronto Lucía abordó al padre con su historia. Él la escuchó en silencio mientras quitaba hojas secas y recogía los frutos de su huerta hasta que le dijo:

—Creo que tal vez en ti hay un cierto sentimiento de culpabilidad y de temor para enfrentar este tema, y es normal preguntarse si es bueno profundizar en estos misterios de la oscuridad, sobre todo porque esa vieja frase de que “en brujas no hay que creer pero que las hay, las hay” muy arraigada en la cultura. Es una forma de protección, pero también de negación. Lo importante es entender que la Iglesia acepta que el diablo existe y que él genera un submundo dentro del planeta tierra, un espacio al que se entra muy fácil, la mayoría de las personas ni si quiera se dan cuenta cuándo están en este, ni se preguntan cómo llegaron, pero padecen una vida miserable y oscura. Sin embargo, sus dudas me hacen pensar que lo que usted tiene es un vasto conocimiento del bien.

—¿Por qué cree eso, padre?

—Por sus dudas: duda de la Iglesia, duda de las reliquias benditas de la Iglesia, de los curas, y, sin embargo, enfrenta un mal que sabe que no está en el plano físico. Ahora yo creo que lo fundamental es saber que es posible tener un buen conocimiento del mal, que incluso es necesario, para poder también conocer la realidad de lo que es el bien. Lo curioso es que, si nos atrevemos a conocer el mal, a entenderlo, a desnudarlo y a saber cómo se vive allí y cuál es el precio que se paga, es seguro que decidamos conscientemente que buscaremos como sea el camino que lleva a Dios. ¿Sabe dónde es el mal visible?

—No.

—En el sufrimiento, en la pérdida, en la enfermedad, en el desamor..., en las crisis, porque todas son un precio que se paga por algo y a la vez son una prueba para saber de qué está hecho tu corazón y cómo lo resuelves, y además son la mayor posibilidad del encuentro con Dios o con el diablo.

Ella no entendía mucho; entonces prefirió estar silencio y dejar que el padre hablara. Finalmente, como le había dicho fray Francisco, era poco lo que escuchaba, pero hablaba claro y firme, por lo que no interrumpió a pesar de las dudas que el tema le generaba.

—Son muchas las personas que, tras vivir estas duras pruebas, se dijeron a sí mismas que harían lo que hiciera falta para superarlas y no importaba de qué modo. Ahí, en el modo como las resuelves, es cuando eliges a Dios o al diablo.

A ella le pareció seductora esta forma tan práctica de ver la experiencia. A lo mejor podría descubrir en esta conversación que tenía un mal conocimiento del bien que la había logrado alejar de sus prácticas religiosas y sus buenos hábitos espirituales. Y si este conocimiento corrigiera sus errores fundamentales y le diera conocimientos para una estructura espiritual más sólida, sería grandioso. No perdía nada con escucharlo, pensó.

Escuchó durante horas al viejo sacerdote hasta que se atrevió a preguntarle algo.

—¿El demonio puede provocar enfermedades mentales?

—Sí —respondió el padre a secas y luego aclaró—: solo si Dios lo permite.

Hubo un largo silencio mientras él puso en marcha el fuego para hervir agua y hacer una bebida con las hierbas que habían recogido en la huerta. Después prosiguió:

—El demonio es tenaz. Puede tentar y hacerlo de forma continua, intensa, sin descanso, y tratar de provocar por tanto una obsesión, una fobia, una depresión u otras enfermedades. Él tiene la capacidad de emitir pensamientos y sentimientos con tal frecuencia que perturba seriamente la cotidianidad de la persona hasta el punto de desequilibrarla. Pero Dios impide su libre actuación sobre nosotros. Toda acción del demonio sobre los hombres debe ser permitida por Dios.

—¡Wow! —exclamó Lucía—. Esto sí es más que nuevo para mí. Ahora el mal también depende de Dios. Estoy más confundida que nunca...

—Así es, hija. La cosa a veces no es tan fácil de explicar y menos de entender. Pero cuando una pesadilla tiene una causa natural o cuando es demoníaca se identifica con los indicios en la vigilia. Hay casos en los que ningún psiquiatra acaba de encontrar causa alguna razonable, ni consciente ni subconsciente, para que una persona normal durante un mes o más sufra todas las noches terrores nocturnos que le hagan despertar empapado en sudor y gritando. Estos períodos de pesadillas intensísimas a veces están ligados a cosas tales como haber realizado un rito esotérico o a comenzar una vida espiritual más intensa.

—Interesante...

Era revulsivo lo que Lucía sentía al escuchar esto porque ella lo había vivido por años, y ese acoso nocturno incluso sucedía a una hora exacta, 1:29 am.

—Ahí empiezan a hacer su función las reliquias y los rituales —dijo en tono de advertencia—. Por ejemplo, yo aconsejo para estos casos, antes de dormir, pedir protección a Dios sobre cualquier influencia del demonio y colocar agua bendita a través de un aspersor y pasarlo por las cuatro puntas de la cama, rociar las puertas y ventanas y decir el padrenuestro. Si haciendo eso cesaran las pesadillas de forma absoluta, eso sería un signo de su origen. Aunque es posible

que no se logre haciéndolo una vez y se requiera hacerlo por nueve días, a veces treinta días, todo depende.

—O sea, padre, que todo es real.

—Hija, recuérdeme su nombre, tengo muchos años y esta memoria me está ya fallando.

—Lucía, padre. —En realidad ella no se lo había dicho.

—La que nació al alba, Lux, mujer valiente..., muy apropiado.

—¿Apropiado para qué?

Él hizo caso omiso a su pregunta y continuó en un largo monólogo del que Lucía no quería perder detalle...

—Cuando se cree estar ante un maleficio, el tiempo es un indicador determinante. Si una visión, locución o algo que parece extraordinario es una enfermedad mental, se desarrollará inevitablemente. Las psicosis tienden a desarrollarse. No se quedan estancadas. Y el tiempo acaba desarrollándolas de manera tal que todo queda claro. Pero cuando alguien viene refiriendo un caso de visión o malestar, ruidos, sonidos, y utiliza las reliquias y los rituales y se recupera sin más, ahí está claro que estaba bajo un maleficio. Normalmente cuando un hecho no es natural, es decir, normal, como por ejemplo una persona que se enferma y no le encuentran causas físicas médicas y acude a los rituales de sanación religiosa y deja la enfermedad, la gente poco creyente suele sacarse de la manga una solución que vale para todo: “los poderes de la mente pueden hacer milagros”.

Lucía sí que había escuchado eso. De hecho, era la razón por la que Arturo casi nada sabía de todo este sufrimiento, ni él, ni nadie de su familia, porque para todos eso sucedía en la mente de la gente desequilibrada y así quedaba resuelto el misterio, pero ahora muchas cosas empezaban a aclararse.

—Los maleficios son actos premeditados para dañar a otro con el concurso de los demonios, y tienen mucho poder. Lo que yo he visto en estos años de exorcista es inimaginable: gente poseída; personas con la suerte echada a pique hasta llevarlas a la miseria; hombres y mujeres que no pueden mantener una relación estable de amor; enfermedades de todo tipo, sobre todo mentales... Y supe de muchos que hasta murieron bajo estos hechizos. Incluso puedo decirte que muchas de las personas que se suicidan pueden cometer este acto bajo un maleficio o conjuro.

—Es como para alucinar.

—Te reitero, hija: los maleficios tienen efecto solo si Dios lo permite. Cuanto más ore uno, más protegido está contra todas estas influencias. Pero hay que decirlo: Dios lo permite, pero el que hace un maleficio y el que lo encarga serán los primeros perjudicados por el demonio y Dios no hará nada por ellos. Ese es el precio. Sin duda serán perjudicados con algún tipo de influencia demoníaca o con la posesión o con enfermedades. Nunca se invoca al demonio en vano.

Lucía suspiró mientras recordaba la impresionante imagen de Harold, quien ya estaba pagando su precio. Además, se cuestionaba por qué el sacerdote de la catedral hablaba tan a la ligera con incredulidad, pero recordó que en algo coincidían: la oración todo lo puede.

Inquieta con el tema, entre la realidad y la irrealidad se movía su mente. El padre repetía una y otra vez “solo si Dios lo permite”. Lucía no entendía por qué Dios podía permitir que personas que obran con su corazón endurecido, empobrecido en profunda oscuridad, les hagan daño a otros sin motivo ni razón. Esto la superaba, y esperaba sinceramente poder resolver esa gran duda de alguna forma.

El padre se retiró un momento. Ella tenía una curiosidad enorme por ver el papelito arrugado de Harold y finalmente lo sacó de su bolso. Quería saber de una vez por todas de qué se trataba. Lo desenrolló y vio que fray Francisco también había escrito sobre él.

Lena Ángeles, 34785124578.

Solicitar cita con mínimo ocho días.

Ya era hora no daría más espera. Ágilmente guardó el número y envió el mensaje:

Soy Lucía Trejos. Solicito cita lo más pronto posible.

Así estuvo un rato sola pensando sobre las reliquias de la Iglesia, esas que particularmente no lograban darle tanta seguridad de protección porque tenía fe en ese Dios invisible, en la inmensidad de todo lo creado, por lo que le causaba dificultad depositar su protección en los objetos. Aunque había hecho un montón de rituales por sugerencias recibidas en estos años, no tenía conocimiento alguno sobre su eficacia, y en el fondo no poseía suficiente fe.

Cuando el padre retornó y se sentó en la silla mecedora, un aire tenue y fresco, propio de una mañana de agosto, los envolvió. Ambos respiraron y siguieron en silencio con la mirada proyectada hacia el verde del campo.

—¿Y las reliquias de la Iglesia cómo actúan contra los maleficios? — Le confieso, padre Rafael, que a mí me cuesta creer en eso.

El viejo, prudente, no dijo nada; se paró de la silla y la invitó por fin a entrar a su recinto sagrado. Señalando le mostró cada puerta y ventana donde ella reconoció la medalla de san Benito. Él sacó de un cajón una medalla y se acercó a Lucía.

—Se cuenta que, en el siglo XVII, durante un juicio de brujería en Alemania, unas mujeres acusadas de ejercer este trabajo testificaron que no tenían poder sobre la abadía de Metten porque estaba bajo la protección de la cruz. Tiempo después se realizó una investigación sobre el lugar y se descubrieron en las paredes del recinto varias cruces pintadas rodeadas por las letras que se encuentran ahora en las medallas. Más adelante se encontró un pergamino con la imagen de san Benito y las frases completas que sirvieron para escribir esas abreviaturas.

Acércate, mira estos detalles tan asombrosos —dijo el padre a Lucía—. A ambos lados del santo dice: “Cruz Sancti Patris Benedicti” (Cruz del Santo Padre Benito). Se puede ver también una copa de la cual sale una víbora y un cuervo. De manera circular aparece la oración: “Eius in óbitu nostro preséntia muniamur” (A la hora de nuestra muerte seamos protegidos por su presencia). En la parte inferior central se lee: “Ex. S. M. Cassino MDCCCLXXX”.

Volteó la medalla.

—Ahora detalle las siglas que tiene en el reverso:

C.S.P.B., “Cruz del Santo Padre Benito” .^[SEP]C.S.S.M.L., “La santa Cruz sea mi luz” (cruceiro vertical de la cruz).^[SEP]N.D.S.M.D., “Que el dragón infernal no sea mi guía” (cruceiro horizontal).

—En círculo, comenzando arriba hacia la derecha:

PAX, “Paz” .^[SEP]V.R.S., “Vade Retro Satanás” .^[SEP]N.S.M.V., “No me aconsejes cosas vanas” .^[SEP]S.M.Q.L., “Es malo lo que me ofreces” .^[SEP]I.V.B., “Traga tú mismo tu veneno”.

No terminaba la sorpresa de Lucía. Ese era el mantra que le había mandado la vidente. Wow esto tiene el poder del más allá. Ahora si quería usarlo, entendía que eran rituales ancestrales poderosos.

—Pero mira, por ejemplo, las veladoras blancas bendecidas que tengo aquí —continuó el padre—, ellas son protectoras. Vamos juntos a observar esta vela en silencio unos minutos.

—De acuerdo.

—¿Cómo está la llama?

—Quieta, pequeña..., tranquila.

—Eso me muestra que estoy en compañía de alguien que no me hará daño, ni a mí ni a mi entorno cercano. Pero si la vela empezara a moverse inquieta, me estaría indicando muchas cosas, incluso la presencia de seres que pueden estar muertos.

Lucía miraba la vela sin parpadear.

—Otra cosa, señora Lucía, es mantener la biblia abierta en alguno de los salmos, dependiendo de la situación que tenga. En situación de sentirte perseguida o amenazada, el salmo 91 tiene el poder suficiente para espantar las bajas energías. El agua bendita, sin falta; agua bautismal, agua que nos limpia, agua que nos hace pertenecientes desde el nacimiento a la casa de Dios. Pero nada, nada tan poderoso como la oración. Es decir, si una persona ha invocado al demonio para hacer el mal, se trata de que la víctima invoque a Dios para que le proteja, le ayude y le bendiga. El bien siempre es más fuerte que el mal. A la gente que siente que sufre un maleficio le digo que, salvo excepciones, es

imposible comprobar la causalidad demoníaca, pero que, si sufre de verdad un maleficio, la única medicina y remedio es la oración.

» A estas personas les propongo la siguiente medicina para ir destruyendo lo que pueda haber de influencia maléfica: que cada día recen tres misterios del rosario, lean cinco minutos el Evangelio y oren unos instantes en una iglesia. Es poco, pero como la mayor parte de la gente que viene pidiendo ayuda no hace nada de oración, tampoco se les puede pedir mucho más. Sobre todo, en los casos de influencia, en los casos en los que no hay una posesión, ya que, si hay posesión, se sienten más necesitados de ayuda y están dispuestos a orar más. Cuando se les ve muy afligidos, otras acciones adicionales muy eficaces son, por ejemplo, ir a misa tres veces entre semana, colocar en la casa un crucifijo bendecido, colocar una imagen de la Virgen María, rezar un salmo al día. Haciendo estas cosas, el mal que sufren, si es del demonio, irá remitiendo. Pero si no remite nada, eso sería signo de que no estaba provocado por un maleficio. Si el sacerdote es exorcista podría rezar para ver si hay en la persona alguna influencia o no. En caso de que el maleficio haya producido una influencia, el sacerdote podría hacer oración de liberación. Pero en otras ocasiones, el demonio ha producido un mal, por ejemplo, en la salud y se ha marchado. Es decir, si por un maleficio alguien tiene un problema de salud, pero el exorcista ve que no hay en él ninguna influencia, esa enfermedad es como cualquier otra enfermedad y su curación vendrá de la medicina. Porque en casos así, el demonio vino hasta la persona, produjo el mal y se fue. En esos casos, hay que aplicar causas naturales para enmendar el mal provocado, pero no es necesario nada más.

—Creo que voy comprendiendo.

—Entonces recapitulemos, mi querida señora: la oración, las buenas obras, la vida espiritual es lo que protege como una armadura, como una coraza, contra los ataques del Maligno. En este sentido no es necesaria una oración específica, sino cualquier oración. También la práctica de la limosna, las obras de misericordia, todo aquello que nos llena de esa luz espiritual que llamamos la gracia de Dios, la gracia santificante, es lo que mueve a Dios a que derrame más bendiciones sobre nosotros, además de hacernos al mismo tiempo más desagradables a nosotros mismos como morada al demonio.

—Muy bien —Lucía no dejó de mirar la vela que la tenía hipnotizada.

Era claro que durante estos años la única solución que había escuchado de brujos, videntes, psicoterapeutas y sacerdotes era orar, orar y orar. Sin embargo, no lograba salirse totalmente de estas influencias demoniacas. ¿Sería acaso que no conseguía la fe suficiente, la súplica necesaria, la constancia y la disciplina espiritual que requería? Quizá entonces no se trataba de orar un poco más; era algo más profundo que ella no encontraba, la razón por la que este episodio parecía no tener fin.

Buscaba inquieta su teléfono para mirar los mensajes. Tenía uno de Lena Ángeles. En el mensaje le decía: “Confirmada su cita para el 18 de este mes. Si

llueve se interrumpe y se pasará para una nueva fecha conveniente para las dos partes. Favor confirme el lugar donde quiere su cita”.

Había un aire de alegría en ella se sentía diferente. Pensó que lo importante era salir de aquello cuanto antes. Ya deseaba volver a su vida normal sin lidiar con el tema y sin tener que sentirse como un bicho raro al que le pasan cosas que no le pasan al resto.

Se despidió del padre y se fue a casa a programar reuniones de trabajo. No lograba concentrarse suficientemente; aunque la visita al viejo Rafael le había aclarado muchas dudas, esta nueva cita la hacía pensar con incertidumbre sobre quién sería esta mujer, de qué se trataría su cuento y por qué aparecía en su vida de un momento a otro y enviada por Harold, cosa que la asustaba aún más; ya no se fiaba de casi nadie.

Como no hay fecha que no se cumpla ni deuda que no se pague, el famoso 18 del mes llegó. Solo lo había esperado por un par de días, pero a ella le habían parecido eternos. Como todo lo que se espera, la ansiedad la había hecho despertar más temprano de lo habitual, pero una hora antes empezó a llover con toda su fuerza y se canceló la sesión. Sintió lástima. Pensó que a lo mejor no le convendría y que, en todo caso, esperaría a que asignaran una cita nuevamente.

El teléfono repicó de nuevo y el mensaje hizo saltar su corazón de emoción:

“Hemos acomodado su cita para mañana a la misma hora. Si tiene algún inconveniente en atenderla, favor avise por este mismo medio”.

—¡Bien! —gritó mientras saltaba de la emoción.

Esperaba con todo su corazón que con esta visita avanzara seriamente en la solución de su problema.

Se tumbó en un sofá. Pensaba en toda la gente que había conocido durante este proceso. Recordó a la mujer de la marquería y su famoso polvo rosado, la vidente, el psicoterapeuta, Ricardo, el padre Francisco, ahora el viejo sacerdote y mañana Lena, una nueva participante del ejército de Dios. No había duda de que era mucho lo aprendido y conceptos antiguos sobre las manifestaciones divinas; Dios y la Iglesia estaban siendo renovados. Los miedos parecían disiparse y ella percibía que iba por un camino más acompañada de lo que imaginó. Entendió también que su sufrimiento no era exclusivo; en realidad mucha gente durante toda la historia de la humanidad ha vivido esta experiencia y la medalla de san Benito ya era un símbolo de esa antigua lucha.

Era un camino doloroso que con seguridad estaba viviendo mucha gente; enfermedades, muertes y sensaciones de mala suerte provocadas por brujería. La cuestión era que simplemente de esto no se hablaba, ya fuera porque la gente lo viviera sin darse cuenta de que alguien lo estaba provocando externamente; ya fuera porque, como ella, era un tema que se enfrentaba en soledad, sin comentarlo con nadie, simplemente porque la mayoría no lo creería. Así es como la vergüenza se convertía en la mejor baza del demonio.

Comprendió por fin que en este mundo material y complejo hay armas eficaces contra los demonios como un crucifijo, el agua bendita, el santo crisma o la oración de liberación, una medalla de san Benito o una oración. Son reliquias de la Iglesia guardadas por siglos, con la capacidad de atormentar y expulsar demonios, y lo curioso es que no lo logran por su materialidad, es el poder espiritual, la energía que recibe de una fe colectiva. Aunque después de todo lo aprendido, vio que lo único infalible era el rosario, porque el amor de la madre universal no tiene límites.

Lucía sintió desde su fe que hay una magia blanca luchando por las almas, y esta es la Iglesia, “la piedra de Pedro”, que congrega desde el día que se recibe el bautismo, la que otorga protección. Pero no sirve de nada si no tienes verdadera fe.

Tomó una medalla de san Benito y un pequeño cristo y se los colgó en una cadena al cuello antes de acostarse, cayendo profundamente dormida. Sin embargo, algo la asaltó en la noche perturbando la tranquilidad del sueño y se despertó sudando a mares, con el corazón completamente acelerado y la mente perturbada. De inmediato oró y respiró, intentando calmarse y no lo logró. Pasaron las horas hasta que vio entre las cortinas que ya asomaba el sol, esa luz que siempre da sensación de alivio y tranquiliza. Se levantó y observó que hacia el borde de la cama se hallaban la cruz y la medalla de san Benito; entonces pasó la mano por el cuello, pero la cadena seguía intacta y cerrada en la misma posición.

—¡Oh Jesús! —exclamó—. Qué noche he tenido.

Unas horas después estaba llorando sin poder parar y se preguntaba: ¿Qué me pasa? Y solo podía responder: Tengo miedo.

Para su fortuna, esa mañana Lena la visitaría y aunque no la conocía y a lo mejor era una charlatana dado que en estos temas había muchos, sintió tranquilidad. El sol alumbraba entrando con su luz por cada rincón de la casa, en augurio de que esta vez sí se daría la cita. El timbre sonó. Expectante y apresurada fue a atender la puerta.

Con asombro sus ojos vieron a una mujer de mediana estatura, muy joven, no pasaba de los 26 años. Vestía jeans, calzado deportivo, camiseta ajustada, y el pelo recogido aún humedecido por el agua. Era tan sencilla e impecable, apacible y angelical.

Se sentaron, con un vaso de agua cada una en la mano. Lena notó en Lucía una cara de incredulidad y curiosidad ante su actitud desprevenida, quizá su aspecto tan juvenil, y para romper ese hielo inicial procedió de inmediato a iniciar la conversación.

—Doña Lucía, ¿tiene tiempo para contarle sobre este trabajo y por qué llegué al tema o prefiere hablarme de lo que le está pasando para ver en qué le ayudo?

—Sí, por supuesto, eso es lo que hay ahora, tiempo, pero empiece usted.

Lena tomó la palabra.

—Bueno, mi historia comienza desde que era muy pequeña. Siempre estaba hablando sola, según decía mi mamá. En mi versión de niña, conversaba con unas personas que me hablaban permanentemente. El asunto es que solo yo las veía, situación que condujo a mi madre a llevarme al psicólogo varias veces muy preocupada de que estuviera desarrollando alguna enfermedad mental, pero el psicólogo dijo que era normal, que muchos niños reportaban escuchar voces y ver gente, que no era de preocupación, simplemente estaba construyendo amigos imaginarios, quizá porque me sentía sola o simplemente porque era bastante creativa. En fin, que esto quedó así hasta que alguien le dijo a mi madre que era mejor que me llevara donde un sacerdote que sabía cerrar esos portales con el más allá e inhibir esa capacidad de ver espíritus, sobre todo si esto era perturbador, y así lo hizo; y por muchos años estuve tranquila y me sentía normal, nada extraño me inquietaba en mi cotidianidad y pude tener una niñez apacible en compañía de mi familia. Sin embargo, esta tregua de no poderme contactar con el más allá no fue para siempre, ya que un día murió mi abuela que vivía en mi casa y era como una segunda madre.

» Ese momento doloroso significó el retorno de ese poder incontrolable. Se dice que cuando alguien muere, los tres primeros días, mientras el alma desencarna, o sea sale del cuerpo, son días de mucho acercamiento con sus seres queridos y de mucha presencia energética en el lugar donde habitaba. Doy fe de ello, pues a partir del último suspiro de la abuela, empecé a verla y ella me hablaba, me sentía feliz porque la amaba y le contaba ingenuamente a mi familia todo lo que ella me decía, pero todos entraron en pánico y consideraron que era necesario ayudarme con algún tratamiento porque quizá la muerte de esta abuela tan querida estaba nuevamente desatando desajustes en mi mente. Entonces la abuela envió un mensaje contundente que los dejó a todos atónitos. Me dijo: “Hijita, dícales que debajo de un montón de ropa que está en la parte de abajo del armario dejé algo que necesito que ellos vean”.

» Incrédulos se fueron con mis señas a rebuscar, y sí señor, ahí estaba un documento importantísimo para el futuro de todos. Con esto mi abuela descansó en paz y yo me salvé de un nuevo tratamiento psiquiátrico. Lo triste fue que a partir de ese momento ella no me habló más, se fue definitivamente y caí en una profunda depresión por la pérdida. En adelante la familia me miraba con respeto y nadie en la casa volvió a decir que yo tenía problemas mentales, lo que desató por primera vez la libertad y la tranquilidad de ver lo que casi nadie podía; almas de difuntos y espíritus muy variados.

» La muerte de esa abuela que siempre fue creyente en Dios y en la Iglesia, y que dedicó buena parte de su tiempo a transmitirnos los buenos hábitos religiosos, la creencia en un Dios grande, único y omnipotente, no solo se la llevó a ella, sino que se llevó a la tumba todas sus enseñanzas. No sé si por el dolor que me causó la pérdida me alejé casi totalmente de cualquier creencia.

» Empecé a estudiar psicología y en aquel claustro conocí a una mujer unos años mayor que yo. Pronto detectó mi potencial espiritual y energético y, de un

día para otro, me vi de lleno en un grupo de formación para ser bruja. Aprendí cada hechizo y cada maleficio, ritual a ritual, desde cómo enterrar el muñeco vudú hasta cómo congelar una pobre alma que quedaría más estática que la esposa de Lot en la explosión de Sodoma y Gomorra.

» Sin embargo, ahí no terminaba todo. Para ser bruja hay un momento final en el aprendizaje, un día que como en cualquier estudio hay que graduarse, y ese día también me llegó a mí. Ya sabía lo fundamental; conocía el poder de la magia negra, sabía cómo ejecutar el asesinato perfecto o simplemente lograr que alguien se quedara sin pelo sin pasar por la peluquería. Pero se necesitaba el último ritual, el más contundente, el día en que le daría al diablo mi alma a cambio de que me entregara los poderes mágicos para lograr la eficiencia máxima en los maleficios, embrujos y hechizos, un aquelarre en la Tesalia, la cuna de este maléfico arte en Grecia, donde podría invocar a Erictho, bruja por excelencia, y se me revelarían los secretos de Medea.

» Pero algo se atravesó en esta cita. Mi amiga y profesora de psicología fue contratada para un negocio y me invitó. Un negocio que era una oportunidad muy buena para mí, según dijo ella, y para siempre quedó postergada la graduación de aquel vasto aprendizaje.

» El contrato era una aventura que lograba sinceramente excitarme. Se trataba de visitar un restaurante donde había ocurrido un asesinato múltiple y decían que espantaban. Teníamos que ir, revisar el espacio, y, si efectivamente encontrábamos almas en pena, sacarlas del lugar. Y sucedió. El lugar tenía un montón de almas oscuras que empezamos a expulsar.

» Ese día me ocurrieron cosas extrañas. Ahora podía ver a los muertos igual que a los vivos solo que los primeros no tenían pies con lo cual yo podía diferenciar cuando el que me hablaba estaba muerto o vivo, pero ese día los pude ver con la imagen que dejó reflejada en sus cuerpos la forma del asesinato, es decir, si tenían una herida en un costado yo la podía ver y la sangre que corría. O sea, estaba en la película del momento en que habían muerto, todo estaba ocurriendo y de pronto se me acercó un hombre alto, muy moreno y de pelo cano que tenía un sombrero negro de copa y por la sangre tres tiros en la cabeza aun sangraban. Era una imagen horrorosa que nunca olvidaré y que logró espantarme. Saqué fuerza de donde pude y le dije las frases de la expulsión, y este difunto me contestó: "Te demostraré que no me expulsarás", y desapareció, y nosotras nos fuimos de aquel episodio, aterrorizadas.

A partir de ese día, nunca volví a ver a la profesora y tampoco pude volver a la universidad porque ahora sí, de forma real, empecé a verme mentalmente perturbada y una obsesión de suicidio me invadió casi al punto de lograrlo: Ingerí Hipoclorito de Sodio, Clorox, pero alcanzaron a lavarme el estómago; me corté las venas, pero me encontraron a tiempo; intenté lanzarme desde una décima planta y mi esposo alcanzó a cogerme, quedé con la mitad del cuerpo sobre el vacío y la otra mitad con las manos de mi esposo sujetando mis pies evitando la caída. Hoy sé que fue Dios quien me salvó.

» Ante esta inminente muerte a la que yo parecía decidida infringirme, mi familia se estaba desmoronando y me llevaron a un sacerdote exorcista. Me negué a entrar en la Iglesia, hice repulsa, di patadas, grité, el padre salió al atrio y me hizo un exorcismo en la mitad de la calle. No recuerdo nada, pero me han contado el episodio: yo aullaba como un animal e insultaba al sacerdote, quien en calma pedía ayuda a los transeúntes para cogerme y que no pudiera, con la fuerza bruta de diez hombres que salía de mí, impedir el exorcismo. Pero el sacerdote lo logró. Ahí quedé extendida en la mitad de la calle como inconsciente y sin poder recordar nada de este episodio. Solo sé que al despertar sentí dentro de mí mucha paz. Había cambiado la mirada, el tono de la voz, las expresiones con las que me comunicaba. En menos de cinco minutos ya era otra persona, el espíritu del sombrero había salido de mí. A partir de ahí, vi un nuevo sol y un inmenso cielo que me esperaban, y me consagué a Dios y le pregunté: ahora sí, Señor, ¿en qué puedo servirte? Sin imaginarme su respuesta.

» Un tiempo después empecé a escuchar unas voces y descubrí que eran los arcángeles; se presentaron, como san Miguel, san Gabriel y san Rafael y empezaron a conversar conmigo. Inicialmente no quería escucharlos porque deseaba sentirme normal, verme normal y no volver a caer en extrañas historias, pero ellos no dejaban de hablarme. Si estaba junto a un enfermo que se sanaría, me decían “tócalo y dile que sanará en nombre de Dios todo poderoso”; si había una mujer que era infértil y me lo contaban, me decían “tócala y dile que será bendecida con un hijo”; pero yo no lo hacía porque me parecía que iba a quedar en ridículo y que finalmente me tildarían de loca, sin embargo en un instante celestial no resistí y seguí sus palabras.

» Un hombre sentado en una silla de ruedas se quejaba de un dolor en un hombro. San Gabriel me dijo: “toca su hombro y dile que sanará porque Dios así lo quiere”. Yo me acerqué y le dije el mensaje, él me miró con dulzura y me dijo: “gracias por animarme, pero mañana me van a operar y esto ya es crónico”. Le respondí: “verá que sanará pronto porque Dios quiere”, y me despedí. Unos días después el señor me localizó y me dijo: “no sé quién es usted y no sé qué pasó, pero el médico me hizo una radiografía antes de operarme y el hombro estaba perfecto, incluso usó la palabra milagro, dijo: ¡esto es un milagro!, así que llámé para agradecerle”. Le respondí que se lo agradeciera a Dios, yo solo le entregué el mensaje.

» Debo confesarte que a partir de ese momento no he parado de servir de intermediaria para la sanación, limpieza física y espiritual de mucha gente, ayudas a difuntos para que logren pasar del proceso de la oscura muerte hacia la luz, e infinidad de cosas, todas al servicio de Dios y con el acompañamiento de sus arcángeles. Entonces, no soy quien realmente te está visitando, sino san Miguel, san Rafael y san Gabriel, y según lo que te esté sucediendo los invocamos. ¿Conoce algo de los arcángeles?

—Leí recientemente sobre san Miguel, que lucha contra el demonio y no sé qué más. Sobre los otros no tengo ni idea.

—Muy bien, rápidamente le cuento para que pueda entender esta terapia. A lo mejor ha visto o escuchado la frase “¿Quién como Dios?”.

—No, nunca la había escuchado.

—A san Miguel se le identifica mucho con esta frase porque es el concepto con el que lucha contra el demonio cuando en la gran batalla en el cielo Luzbel quiere ser como Dios. Este ángel le afirma que como él no hay nadie más. Miguel y sus ángeles combatieron contra Satanás y los suyos, que fueron derrotados, y como ya no podían volver al cielo, ellos cayeron a la tierra y aquí Luzbel estableció su reino y por eso Dios le dejó a Miguel el arma para defendernos de ese mal que cayó sobre nosotros. Al final de los tiempos, cuando Dios vuelva, los muertos resucitarán. Los que hicieron el bien, para la vida eterna, y los que hicieron el mal, para el horror eterno, y san Miguel tomará parte en ese juicio. San Gabriel es el ángel que anuncia, es el mensajero de Dios. ¿Recuerda que un ángel le avisó a María que sería la madre de Dios?

—Claro, ese sí es muy conocido —sonrió.

—Durante toda la historia se reporta que él anunció a Zacarías que iba a tener por hijo a Juan Bautista; fue él quien anunció al profeta Daniel el tiempo en el que iba a llegar el Redentor, por tanto, su tarea sigue siendo anunciarnos, es el motivo por el que lo convocamos para las buenas nuevas espirituales.

» San Rafael —continuó—: su nombre significa “medicina de Dios”. Fue el arcángel enviado por Dios para quitarle la ceguera a Tobías y acompañar al hijo de este en un larguísimo y peligroso viaje; además tuvo como tarea conseguirle una santa esposa. Es muy invocado para encontrar la pareja, alejar enfermedades y lograr terminar felizmente los viajes. Entonces ya veremos según lo que haya que hacer aquí, invocaré alguno de los tres o a los tres si es necesario. Ahora dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

Lucía se sintió a gusto tras la fantástica historia, aunque ella en realidad creía que eso de la lucha entre los ángeles era metáfora o mitología para explicarnos cosas difíciles de entender a los humanos, pero en fin se sentía tranquila con la presencia de Lena y se soltó.

—Dicen que sufro de un maleficio. Algunas personas, quienes dicen ser expertas en el tema, me han dicho que alguien cercano ha pagado a brujos para acabar con mi vida. He tenido episodios de enfermedad y de poca suerte; es como si estuviera pegada, no me sale la voz, nadie me escucha, me estoy ahogando. Le confieso que no creía en brujería y en nada de eso, y aunque he escuchado historias toda la vida, en el fondo pensaba que eran cosas que le pasaban a otros y no a mí, y que hacían más alusión a la fantasía que a la realidad, pero durante este proceso doloroso me han llegado personas como de la nada a avisarme sobre el maleficio o el embrujo de una forma tan recurrente que he terminado haciendo un montón de cosas que nunca imaginé; por ejemplo, estuve donde un santero, donde un sacerdote exorcista, también visite un psicólogo, fui al médico, me he dejado leer el tarot, he realizado un proceso de limpieza enviado por una

vidente que jamás he visto. Seguramente por eso no he muerto como es el deseo de esta persona, pero tampoco concluye el ataque.

» Son años de lucha silenciosa y solitaria, porque, ¡imagínese! —exclamó—, donde yo cuente esto a mi familia o amigos, dirían que estoy loca. Lo curioso es que, aunque me siento sola en mi entorno más cercano, siempre encuentro alguien que tiene información para ayudarme. Fue así como alguien me dio tu número telefónico y me referenció muy bien tus capacidades.

—¿Puedo saber quién te habló de mí?

—Claro, Harold el brujo.

—¡De verdad!

—De verdad, y él dice que ahora enfrentaré el peor momento de este maleficio y que tú eres la persona indicada para romperlo.

—Muy bien, entonces hagámoslo ahora mismo. Enséñame tu casa. ¡Ah! Para empezar acércame unas cerillas, encendamos velas.

Y procedió a sacar de su mochila un montón de pequeños velones blancos para usar durante el recorrido. También extrajo una cadena de plata que puso en su cuello con una reliquia deslumbrante en su forma.

—¿Puedo ver tu cadena? —Lucía se acercó con delicadeza.

—Por supuesto. Es muy curiosa, se le conoce como el llamador de san Miguel.

—Y retirándola del cuello le mostró la pequeña botellita tallada que cargaba dentro una bolita de color morado.

—¿Con esto llamarás a san Miguel? —preguntó inquieta.

—Sí —contestó esbozando una corta sonrisa en su rostro mientras observaba la incrédula y curiosa actitud de su paciente—. Este llamador me identificará como su interlocutora para la limpieza y él me protegerá que ningún espíritu me ataque o intente detenerme.

Lucía se mostró impresionada. Seguía sorprendida con este inmenso mundo de la magia blanca y empezaba a creer en firme en el poder de artilugios, símbolos y rituales de los que ya había escuchado al viejo sacerdote y no sintió miedo. Lena y Lucía hicieron el recorrido mientras repartían los velones encendidos por cada rincón.

Caminaron en procesión. Lena oraba en voz baja, cerraba los ojos, alzaba su mano derecha como intentando conectarse con algo. Planta por planta iban paseando; las llamas en los pequeños velones se movían rápido e intranquilas, un detalle que por primera vez percibió Lucía con claridad.

Cuando accedieron a la habitación principal Lena empezó a rascarse el cuerpo sin abrir sus ojos y su cara mostraba un gesto de molestia. Las llamas de las velas puestas sobre las mesas de noche empezaron a agitarse de un lado a otro bruscamente. Lucía miró hacia el ventanal para verificar si estaba abierto, pero

estaba cerrado. Se sorprendió, mientras Lena seguía curiosamente en calma. Siguieron caminando hasta llegar de nuevo al patio donde tenían el vaso de agua que terminaron de tomar durante un largo silencio que, aún con la inquietud que el recorrido había dejado en Lucía, ella no era capaz de interrumpir.

Por fin habló Lena.

—Es real, no tengo duda que enfrenta un maleficio y se hace necesario invocar a san Miguel. Digamos que en estos casos lo que se hace es una limpieza profunda a toda la casa y muy especialmente a la habitación principal. Me sorprende que puedan dormir —observó Lena con una seguridad pasmosa—: la infestación que tienen allí es fuerte. Tal vez notó cómo me rasqué, es algo impresionante, pero lo más importante sería sacar los espíritus que habitan aquí. Son siete. Seis permanecen en la casa todo el tiempo y uno, o mejor dicho, una está siempre con usted para opacarla, oscurecerla y no dejarla fluir a cada momento. Puedes sentir esa presencia, lo digo porque tienes el don, solo que no lo estás utilizando.

Con la cabeza sobre sus manos Lucía la escuchó manteniendo el silencio. Suspiró con preocupación mientras miraba a Lena.

—¿Sabe algo? no puedo hacer la limpieza de la casa —prosiguió Lena—. De esta casa deben irse, tienes que sacar a tu familia y lo más pronto posible. El maleficio que hay aquí dirigido a ti no es posible erradicarlo, es muy viejo, ya hace parte de la casa. Como sé que es difícil de entenderlo te lo voy a demostrar.

Lena sacó dos varitas de color de metal plateado, bastante curiosas. Eran finas y estaban dobladas en uno de los extremos, y le dijo:

—¿Has visto alguna vez esto? Son varitas de radiestesia, detectan energías, incluso pueden detectar si hay agua. Si al ponerlas en paralelo giran hacia dentro es porque hay energía sucia; si lo hacen en sentido inverso es porque está limpio.

—Creo que las había visto en una película antigua, para encontrar oro, pero jamás me imaginé este uso. —Tras un segundo de observación.

—¡Probemos!

En efecto, al iniciar la comprobación las varitas se movían como por arte de magia en las manos de Lena. Se curvaban hacia dentro cruzándose entre ellas con gran decisión, momento en el que se las ofrecía a Lucía para que fuese ella quien viera el poder energético. En ese preciso instante las varitas giraban con más ímpetu si cabe, tanto que Lucía sintió que le traspasaba corriente a las manos y las soltó; rompieron contra el suelo, en un sonido típico de objeto hecho de material de fundición. Lucía no tenía duda, la energía era real, las recogió y con sumo cuidado disculpándose por el incidente las devolvió.

Con preocupación y pena Lucía, de forma confidencial, le contó a Lena que su esposo amaba la casa y que habían pasado algunos años separados por ese motivo, porque ella siempre había sentido la necesidad de irse de ese lugar, pero

que él no le creía nada de lo que le pasaba ni sentía, y que para volver a estar juntos había tenido que hacer la promesa de que no le volvería a insistir en su venta.

Lena entonces cerró los ojos por unos minutos. Después dijo:

—San Gabriel te manda a decir que debes insistir sin miedo en salir de la casa, que necesitas más fe. Él estará acompañándote en este proceso.

—Lo haré, pero no depende de mí que sea tan rápido como se necesita. Arturo es terco y siente predilección por esta casa.

Notando el temor y la duda de Lucía, Lena le hizo una propuesta.

—Háblalo con tu esposo lo más pronto que puedas, hoy mismo si tienes opción, y mientras tanto vas a hacer esta terapia de limpieza energética: siete días de ayuno, solo tomando agua bendita, yendo a misa, pidiendo de corazón por tu limpieza interior, porque estás contaminada fuertemente, perdonando a quien te esté haciendo esto: ¡ajo!, perdonando de corazón, y rezando la oración de san Miguel para invocarlo.

—¿Cuál oración? Porque como te dije he leído algo sobre la historia de la batalla que libró san Miguel, pero, la verdad, nunca le he invocado. —Y sonrió apenada por la ignorancia.

—Yo te la doy —contestó Lena amablemente, y tomando su teléfono se la envió a Lucía—. También debes leer el Salmo 92.

—¿Y eso es todo?

—No, cuando termines yo vendré a invocar a san Miguel a ver si bajamos esta influencia tan fuerte que tiene tu casa y a lo mejor esto ayuda a que tu esposo se desprenda de ella. Es muy posible que él sea parte del embrujo para impedirte salir. Con esto detenemos en algo el maleficio mientras logras el objetivo.

—A propósito, Lena, ya tengo programada esta semana siete días de un retiro espiritual, que casualmente otra persona me propuso. ¿Te parece bien si mezclo las dos terapias?

—Mientras estés invocando a Dios y estés en ambientes sanos espiritualmente, hazlo. Ten cuidado que no sea algo de brujería.

—No, cómo crees. Ya pasé ese trance, justamente con Harold. A propósito, ¿sabes que está muriendo?

—¿De verdad? No. Es que solo lo he visto una vez. Me di cuenta de que era un brujo muy fuerte. Él entregó su alma a Belcebú, pero su corriente no me gustó ni cuando estaba camino a ser bruja, imagínate cuando ya encontré a Dios y decidí servirle. Jamás retorné a esas prácticas es incluso curioso que él sepa sobre mí. —Y tocándose la frente exclamó—: ¡Esa gente es de cuidado, ellos están informados de todo!

Dicho esto, se despidieron sabiendo que se verían de nuevo muy pronto.

Capítulo 6. La silla vacía

Cuando Lena atravesó la puerta, Lucía cerró y se recostó con todo su cuerpo sobre ella, poniendo las manos en la cabeza. Estaba ansiosa con tanta información; ángeles, demonios, batallas, pero sobre todo la impresionó la precisión de Lena en el tema de la casa, eso que ella, sin ser bruja, había sentido durante tantos años podía ser la solución a sus de sus problemas. ¡Un súper reto!, exclamó. Tomó aire intentando que le llegara alguna idea para solucionar el problema; salir de la casa. El teléfono repicó desconectándola por el momento de esta preocupación.

—Hola, doña Lucía.

—Hola, Ricardo —dijo ella, que de inmediato reconoció la voz.

—¿Estamos listos para mañana?

—¿Por qué no? —respondió Lucía con otra pregunta en tono motivador.

—Entonces tome lápiz y papel.

Ricardo detalló el lugar donde se encontrarían, que no estaba lejos de la casa de Lucía.

—Así quedamos. Iglesia de la Rosa Austral, 10 a.m.

—Me queda claro.

—Hasta pronto entonces —murmuró él y así se despidieron.

El día fue transcurriendo en una tensa calma y cuando avistó la noche, tomó el pijama, sacó agua del refrigerador y buscó una pastilla para dormir. El corazón le latía en una mezcla extraña de felicidad y de miedo, un estado de ansiedad moderado en el que por fin le llegó una idea clara.

Escribir. Ella sabía que Arturo leía, era cuando más atención ponía y era la única estrategia que ya le había funcionado una vez. Manos a la obra, se dijo.

Hola, Arturo. Quiero agradecerte tantas cosas... Sé qué hacemos esfuerzos mutuos para mantener esta relación y sacar a nuestros hijos adelante. Sé también que compartimos una gran satisfacción por haber sido capaces de volver a unir a nuestra familia. No es fácil para nadie la vida en pareja, ya lo sabemos, pero es más difícil separados, sobre todo para una familia (eso sí que nos quedó claro). Hoy salgo hacia un retiro espiritual y regreso en ocho días y quiero que pienses, por el bien de todos, que necesitamos un cambio de casa, para renovarnos, para estar más cómodos. Así que espero que podamos hablar esto a mi regreso.

Te quiero mucho.

Lucía.

A la mañana siguiente se levantó temprano, muy cansada. En realidad, no había dormido mucho, tenía curiosidad de saber sobre lo que trataba la terapia de sanación y le asaltaban como siempre infinitas preguntas y el deseo de resolver este problema definitivamente.

Hizo todos los rituales que le recomendaron y arrodillada frente al gran ventanal por el que ya entraba la luz energética de la mañana dijo en medio de un susurro: “San Miguel arcángel, defiéndeme en la pelea, sé mi amparo contra la maldad y las asechanzas del demonio, hazle oír tu voz imperiosa como rendidamente te lo suplico, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, armado del poder divino, precipita en el Infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos que para la perdición de las almas andan por el mundo. Amén”.

Luego se puso en pie, buscó en su mesa de noche la Biblia y la abrió en el salmo 92. El silencio de su casa le hizo pensar que ni Arturo ni los chicos estaban, así que lo dijo en una voz más sonora.

Empoderada estaba recitando a todo pulmón el salmo y llamó su atención que dijera con tanta fuerza que Jehová haría que los enemigos perecieran y fueran esparcidos, mientras ella intentaba perdonarlos de corazón, cosa difícil sin duda, pero recomendación de todos los expertos con que había tratado durante este proceso. Volvió a mirar la oración de san Miguel y recordó al padre Rafael cuando le dijo que esta era una guerra entre ángeles y demonios y pensó en Lena, que desde niña los escuchaba y veía con sus terribles rostros. Ya estaba bastante claro que las oraciones eran fuertes, de retaliación y de castigos, no de perdón. Eran de guerra y de defensa. Eran entre unos bandos fuertes y unos débiles que requerían de ayuda celestial.

Se vistió muy cómoda y de blanco. Encendió todas las velas de la casa y se dispuso a cumplir la cita con el destino, porque nada es casual ni fortuito; no importa cuánto atrases el encuentro con la verdad, porque ella siempre te alcanza. La dificultad de la vida radica en negarse a la verdad de sí mismo o darle la espalda.

Frente a la portada de la iglesia, punto de encuentro, observó a Ricardo esperándola. Después de un corto saludo se fueron caminando por un jardín que antecedió a la iglesia. Se sorprendió de que estando relativamente cerca a su casa no la conociera. Era bellísima y extraña: de forma circular con varias puertas y muy muy antigua. Ricardo dijo que él tenía mucha fe en esta terapia de limpieza y sanación.

Pararon en un lugar cerca de una de las puertas y se sentaron a conversar mientras esperaban a la persona que los habría de acompañar en la rutina de esa semana.

Ricardo se quedó pensativo; en realidad los dos estaban silenciosos y distraídos en aquella espera.

—Ayer tuve un complejo sueño —murmuró Ricardo con la mirada perdida, como tratando de recordarlo—.

—¿Y te acuerdas?

—Claro. Soñé que juntos llegamos a un portón antiguo y gigante y nos recibió un hombre alto, imponente en su presencia. Nos señaló hacia una puerta que se abrió como de la nada, así de pronto. Nosotros nos quedamos perplejos mirando una llovizna de color violeta que caía lenta sobre un salón al que no alcanzábamos a verle fondo. Yo me abalancé encantado en esa piscina mágica, como de cuento de niños, sintiendo la atracción de un imán; incluso te perdí de vista de lo emocionado que me sentí ahí. Cuando me volteé para preguntarte cómo te parecía, te vi pegada a la puerta sin poder entrar, desgarrando unos gemidos extraños, así que me volví corriendo, y cuando llegué hasta ti, un velo negro gigante te cayó encima, impactante, ni te imaginas. Era como si una red se hubiera extendido para cazar un pez Yo trataba de quitarte la tela, pero se fue convirtiendo en una amalgama pegajosa que cuanto más luchaba para arrancarla más se te pegaba por todas partes y tú más gemías, aumentando mi angustia.

» Gritamos con todas nuestras fuerzas para que el hombre que nos había recibido nos vinera a ayudar y, ¿sabes?, él apareció de la nada. Igual como se abrió la puerta cuando llegamos. En ese momento esa cosa fea empezó a volar por el aire y quedaste liberada.

» Él te tomó en los brazos y te llevó a un cuarto que tenía una pequeña cama tendida de blanco, con muchos velones a su alrededor. Te acostó, te limpió con agua bendita y encendió el incienso de los muertos. Uno a uno se encendió cada velón y escuchamos cantos extraños. Ya no me acuerdo de más, solo sé que me levanté con una taquicardia.

Lucía estaba emocionada escuchando el cuento del sueño y dijo maravillada:

—No, amigo, usted lo que soñó fue con Dios.

Miraba inquieta... Estaba ansiosa, de eso no había duda, y de pronto llegó la persona que los guiaría y quedó la conversación interrumpida.

Se abrieron las puertas de la iglesia y los invitaron a entrar. Iba a empezar la primera eucaristía del día y los vecinos de la iglesia se acercaban silenciosos mientras las campanas anunciaban el encuentro. Lucía y Ricardo estaban con atención escuchando la palabra cuando en medio de los feligreses vieron salir por una de las puertas un monje de tal vez sesenta años, delgado, de pelo rojo y liso. Traía una jarra en una mano con un par de vasos y en la otra unas túnicas.

—Buenos días —dijo inclinando un poco la cabeza—, soy el padre Elías, encargado de alistarlos para el proceso. ¿Su nombre es Lucía? —dijo apacible.

—Sí, encantada —contestó con decisión.

—Tenga mucha fe. Ya verá como saldrá sana de este proceso —susurró a su oído.

Ella se quedó mirándolo fijamente, mientras movía delicadamente su cabeza aceptando que así sería. Por lo menos eso esperaba. Eran tantos años de tratamiento que ya se agotaban las estrategias para sanarse.

Le sirvió agua de la que traía en la jarra. Agua bendita, les anunció el monje.

—Yo ayuné hoy con agua bendita —comunicó Lucía con la emoción de quien siente que ya empieza algo bien.

—No importa. Tome un poco más y aproveche para descansar y respirar.

Elías se puso a mirar la Biblia mientras Lucía y Ricardo se colocaban la túnica sobre la ropa y se arrodillaban en un antiguo reclinitorio.

El silencio era total, pero unos minutos después el sacerdote comenzó a hablar.

—Pedir perdón, eso es lo que harán durante este día. ¿Les parece fácil?

—A veces sí y a veces no, depende mucho de a quién debe pedírsele el perdón y en cuál situación —respondió Lucía de manera contundente.

—No es pedir perdón por pedirlo, ni mucho menos —dijo mirándolos a los ojos fijamente—. Se pide perdón cuando la persona se hace consciente de que se ha equivocado en el actuar y con ese acto, palabra u omisión ha disgustado a Dios, o tal vez haya afectado o dañado a otras personas e, incluso y lo más importante, a sí mismo. Puede que a quien le hayas hecho daño ni se enteró de que fuiste tú, pero el día que comprendes con tu corazón que has hecho ese mal y te arrepientes por eso, tú debes pedir perdón. Entonces no es difícil entender a quién y en qué situación hacerlo; es más, no es difícil porque cuando el arrepentimiento es verdadero se vuelve una necesidad imperante recibir el perdón.

—Sí, es cierto, padre, y es claro lo que dice.

—Muy bien —respondió el sacerdote—, entonces aclarado esto, ahora tómense un tiempo y piensen en esas personas y en esos hechos sobre los cuales pedirán perdón. Nos veremos en la tarde para que conversemos.

El sacerdote salió con sus pasos lentos y con su manera tranquila de moverse solo les dio una última mirada y simplemente se fue.

La mañana transcurrió lenta; Lucía bostezó cansada y se fue a buscar a Ricardo para tomarse un té.

—¿Qué tal el ejercicio? —preguntó a su compañero de retiro.

—Difícil, no he avanzado mucho que digamos. ¿Y tú?

—Mmmmm, reflexiva estoy, pero no muy fluida.

—No te preocupes, Lucí. Tenemos una semana para ir comprendiendo el tema, ablandando la mente y afinando el corazón; algo bueno tiene que salir de aquí.

Fray Elías apareció de pronto para ver si tenían alguna consulta.

—¿Cómo les ha ido?

—Bien, padre, descansando —contestaron al unísono.

—Eso está bien, el descanso sirve para coger más fuerza y reordenar un poco las ideas. Cuando de limpiarse por dentro se trata, a veces hay que dejar las cosas remojando para que la mugre despegue sin dañar eso que queremos limpiar.

Asintieron ambos con la cabeza para reafirmar al sacerdote.

Las reflexiones no pararon, los silencios se hicieron más largos y densos en la tarde y el cansancio los acosó hasta pedir a gritos la cama.

Esa noche Lucía y Ricardo se encontraron de nuevo en los recintos dedicados al descanso. El futón seguía con su sábana blanca impecable y seca. Ricardo encendió todos los velones, tomaron agua bendita, rezaron el rosario y, mientras se dormían, Lucía, que estaba inquieta, rompió el silencio.

—Ricardo, ¿esta terapia será de pedir perdón e ir a misa siete días? Este lugar es lindo, la gente es muy amable, pero yo esperaba algo diferente.

Él se mantuvo en calma. Sabía cuán ansiosa debía sentirse, así que simplemente la dejó que hablara durante un buen rato, sobre todas sus preocupaciones y también sobre las expectativas, hasta que simplemente Lucía quedó dormida, silenciosa y apacible.

A la mañana siguiente la campana de la iglesia hizo su toque de alba, primero siete golpes a la tercera campana, con repiquete, seguido de cinco golpes continuos y dos más espaciados a la campana gorda, despertándolos sin tardanza. Eran las 6.00 a.m. en punto. Se levantaron uno a uno para empezar la limpieza del recinto en completo silencio. Lucía oró a san Miguel y leyó nuevamente el salmo 92. Cada uno tomó una ducha y se organizó ágilmente.

Ricardo rompió el momento haciendo la mañana más dúctil.

—¿Cómo te sientes, Lucí? ¿Conseguiste dormir suficiente como para iniciar de nuevo?

—Estoy bien. —Hizo un gesto de agradecimiento.

Lucía se sentía mejor, tranquila, aunque insegura de si era esta la solución. Apenas empezaba el proceso y ella aún no comprendía nada.

La campana repicó de nuevo, anunciando que se daría inicio a la misa. Se apresuraron a salir de la habitación para escuchar la palabra.^[SEP]El coro de la iglesia hacía retumbar el cántico.

—“Dios está aquí, qué hermoso es, él lo prometió donde hay dos o tres, quédate, Señor, quédate, Señor, quédate, Señor, en cada corazón... Quédate, Señor, quédate, Señor, quédate, Señor, en mí.”

Llanto, esperanza y fe le produjo a Lucía esa serenata. Se quedó de rodillas y lloró repitiendo “quédate, Señor, quédate, Señor, en mí”. Ricardo conmovido la miraba; ya algo se estaba removiendo en ella y ese era el punto de partida, no sabía cuánto se demoraría ni, incluso, si lo lograría. Pero por ahora se estaba ablandando como dijo el padre Elías y eso era importante.

El sacerdote leyó la palabra de aquel día.

—“En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «Os aseguro que lloraréis y os lamentaréis vosotros, mientras el mundo estará alegre; vosotros estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre. También vosotros ahora sentís tristeza; pero volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón, y nadie os quitará vuestra alegría. Ese día no me preguntaréis nada»”. Palabra del Señor.

La iglesia entera respondió: “Te alabamos, Señor”.

El padre Elías les hizo señas para que lo siguieran hacia otro salón diferente al del día anterior.

—Hoy vamos a trabajar en el perdón.

—¿Otra vez, padre? —replicó Lucía con desasosiego.

—Sí, pero ahora le daremos la vuelta a la moneda.

—¿Cómo es eso?

—Calma, hija, que a eso he venido este día, a explicarles claramente. Ayer hicieron el ejercicio de pedir perdón, pero hoy harán el ejercicio de perdonar. ¿Han perdonado a alguien alguna vez?

—Sí, por supuesto —dijeron los dos.

—¿Y eso de perdonar les parece fácil o difícil?

Nadie dijo nada.

—Todos creemos que lo hacemos con frecuencia y bien. Pero perdonar es un verdadero arte. Casi todos dicen: “Yo perdono, pero no olvido”. “Yo perdoné, pero si me vuelvo a encontrar esa persona por ahí, ni la saludo”. “Yo perdoné, pero ahora desconfío de todo el mundo. Por que como dicen por ahí, el buey solo bien se lame”. ¿Han escuchado esas versiones del perdón? —No los dejó responder y continuó—: Esa forma de perdonar es la que vamos a corregir aquí.

—Cómo es eso, padre. Usted es de los que piensa que, si alguien le hace a uno daño porque es maldadoso, ¿hay que perdonarlo sin más? ¿Y volver a ser amigo del perverso?

Fray Elías la miró directo a los ojos y espetó:

—Dejemos las conclusiones para el final, por hoy les daré la instrucción. Lucía, no olvides la pregunta, quizá quieras hacérmela al final, quizá no. —Y retomó— La instrucción de hoy es sencilla. Quiero que cada uno identifique qué los perturba; qué situaciones pasadas o presentes les producen dolor, enfermedad o les han hecho transitar por emociones negativas como la ira, la ansiedad, la culpabilidad, el miedo, la tristeza, la desconfianza, la envidia o cualquiera de esos sentimientos que los pusieron en una baja frecuencia energética.

—Mmmm... Curioso que se hable de energías y frecuencias, esto se ve hasta raro —susurrando en el oído de Ricardo, quien disimuló para que el padre Elías no se molestara.

—¿Está claro? A lo mejor hoy no vamos a perdonar a nadie o a nada, porque eso es lo otro importante. Hay cosas y situaciones que se hace necesario perdonar. Lo que sí debe suceder durante este día es que logren identificar qué o quién les está produciendo malestar, físico, mental o espiritual. Ese es el reto.

» Aquí les dejo lápiz y papel. Este ejercicio es el punto de partida de este ritual de sanación, la base de todo, la única forma real de darse cuenta de cómo se está moviendo uno en la vida. Tómense su tiempo para hacer la lista de las situaciones difíciles y molestas de sus vidas, y encuentren las personas involucradas en estas y coloquen sus nombres ahí. Luego busquen sus enfermedades, molestias físicas, mentales o emocionales y traten de encontrar cuándo las empezaron a sufrir y fíjense si están relacionadas con las situaciones que les generaron esas sensaciones negativas. Esto no lo harán hoy, sino que cada día en la mañana, a la primera hora, siempre iniciaremos el aprendizaje aquí. Tomarán su elemento de trabajo e irán avanzando según las instrucciones que les he dado. Ahora debemos irnos. Síganme.

Y caminaron juntos hacia unas escaleras que los llevaron al segundo piso de la extraña iglesia.

Durante el camino ella iba con la cabeza semiagachada. Empezaba a pensar que a lo mejor todo lo que pasaba tenía que tener de fondo algún daño que consciente o inconscientemente ella, o incluso su familia, le hubieran causado a alguien en algún momento. Y que igualmente era un efecto en ella del daño causado por otros seres cercanos. Entendió que había una carga energética y espiritual, y tuvo la certeza de que todo en la vida sucedía por la ley de causa y efecto, algo que escuchó desde muy joven, pero que parecía cobrar vital importancia en ese momento. Iba en franca reflexión responsabilizándose de la situación cuando notó que no estaba sola con Ricardo y en un momento determinado se detuvieron.

Lucía elevó sus ojos, la imagen que estaba frente a ella le causó sorpresa pues no tenía ninguna relación con la antigua iglesia por la que entraron y en la cual llevaba dos días conociendo sus resquicios. Esto era otra cosa. Se trataba de un salón inmenso, todo blanco, dotado con un sillón articulado con electrodos para las extremidades del cuerpo y la cabeza; podía observarse otra silla individual negra ubicada una frente de la otra y un escritorio con un complejo ordenador.

Allí estaba Katrina, una jovencita, de cabello negro, corto, ensortijado de forma natural, sus grandes gafas le cubrían por poco totalmente su mirada tierna y compasiva. No se levantó de su escritorio; dejó más bien que los tres se acercaran hacia ella.

Después del saludo y una pequeña introducción en la que Katrina comentó que durante seis días todas las mañanas, al terminar la misa, Lucía debía ir a la terapia, el padre Elías y Ricardo se despidieron y las dejaron solas.

Katrina invitó a Lucía a recostarse en la silla y le conectó a cada una de las extremidades de su cuerpo los electrodos, mientras dispuso una diadema de monitoreo en la cabeza. Lucía estaba inquieta, por lo que no demoró en hacer la pregunta.

—Perdona, ¿me puedes hablar un poco sobre esta terapia?

—Es física cuántica —respondió Katrina a secas.

—No tengo idea qué es. ¿Es medicina? ¿Esta terapia está avalada por la medicina tradicional?

La joven sonrió picara, pero a la vez cordial.

—Esto es la medicina del futuro —contestó, y unos segundos después se bajaron las cortinas convirtiendo el salón en una pantalla de 360 grados mientras imágenes se proyectaron apoyando la explicación de todo cuanto estaba ella relatando—. Este es el Sistema de Recomposición Bioelectromagnético conocido como BEM. Nuestro proceso de sanación está basado en la biomecánica cuántica. Un tratamiento que aplica la teoría de la biorresonancia con el que se puede devolver la sintonía energética al campo bioplasmático del ser humano, y que resuelve también los desórdenes de otros sistemas como el energético, los planos cuánticos e incluso el espacio ambiental en el que la persona está desarrollando la vida. Puede diagnosticar algunas alteraciones de tipo emocional que estén afectando cualquiera de los sistemas. Sabremos con mucha agilidad los factores que generan el desequilibrio energético del organismo y luego los intervendrá el mismo sistema a través de enviar estímulos energéticos para establecer la frecuencia modular y su espectro energético.

Lucía apenas si logró decir:

—Se ve que ha estudiado mucho, esto parece complicado. Yo no alcanzo a comprenderlo.

Katri sonrió.

—Ni lo tiene que hacer. Pero para que dimensione un poco el tratamiento simplemente le diré que somos ondas, somos seres electromagnéticos, tenemos frecuencia interna, voltaje, amperaje y formamos parte de un gran cosmos interconectado energéticamente. Es tan hermoso, doña Lucía, saber que habitamos un universo del que nuestro planeta es parte y en el que todo parece estar vibrando en la misma resonancia; es tan perfecto y nosotros todavía tan ignorantes a eso invisible que ordena todo.

» Ahora conocerá lo que significa entender y controlar la frecuencia con la que el ser humano debe afinarse como un instrumento más de la orquesta universal, y afinados perfectamente tenemos potencialidades extraordinarias que apenas empezamos a comprender. Formamos parte de un gran todo electromagnético que, cuando vibra en la frecuencia correcta, nos crea espacios de curación, crecimiento emocional y aumenta el potencial de comunicación universal, permitiéndonos acceder a información para el avance. Espero que haya podido responder a su pregunta.

—No logro captar a profundidad la respuesta —le contestó Lucía—, pero déjeme decirle que me siento altamente sorprendida en este espacio. Es en realidad algo que no me esperaba, aunque no es sorpresa que una Iglesia siempre tenga guardado los secretos para el avance del ser humano, así que no la detendré más para que demos inicio a la terapia.

—Usted pasará dos horas diarias en esta terapia. El programa BEM revisará su sistema circulatorio, respiratorio, nervioso, óseo y energético, y en seis días tendremos un diagnóstico muy preciso del estado en que se encuentra. La mayoría de las reparaciones que él identifique que se requieren, el mismo programa las realizará equilibrando frecuencia, voltaje y amperaje. Puede que el sistema detecte otras cuestiones que requieran terapias diferentes. Ya veremos.

Y todo quedó en silencio.

Las dos horas se fueron para Lucía en un espacio sin tiempo. Se quedó dormida y para cuando se terminó la sesión Katrina no tenía aún información.

Esa noche, cuando se reunió de nuevo con Ricardo, la notó motivada, enérgica e inquieta, no quería dormirse temprano; fue cuando se puso a trabajar en el ejercicio de perdonar.

Con el lápiz medio mordido en su boca, retornó a las preguntas “¿A quién quiero perdonar?” y “¿A quién debo pedir perdón?”. Pasado un rato y sin proponérselo empezó a pintar una casa. Ricardo, que miraba de reojo lo que Lucía estaba haciendo, la cuestionó.

—¿Qué haces?

—Busco a quién perdonar.

—Mmmmmm. ¿Y ese dibujo?

—No sé, de pronto lo empecé a hacer.

Lucía siguió pintando sobre la casa y de pronto exclamó:

—¡Es que no hay duda, la casa es algo que me incomoda, enferma y me separa de mi familia!

—Interesante. Pues haz el ejercicio con la casa, lo que nos propuso el padre Elías. Encuentra todos esos momentos de dolor y malestar que te genera la casa y busca a cada persona involucrada en esas situaciones.

—Me parece estupendo.

—Bueno, mi Lucí, que te sea leve, yo me voy a dormir.

—No, por favor, conversemos un poco de la física cuántica, eso es como muy misterioso. ¿Tú sabes cosas sobre esta terapia?

—No mucho, la verdad. Pero sé que es un conocimiento antiguo, digo como de la década de 1950 o 60, mejor dicho, del siglo pasado, basado en algo que se conoce como la resonancia de Schumann, apellido del científico que descubrió que la tierra vibra en una frecuencia y todo lo que en ella está debe vibrar en esa misma resonancia para estar en equilibrio. Esa frecuencia conecta a los seres humanos con la tierra, permitiendo que todo el planeta se comporte como un gran circuito eléctrico. Según parece, esta es la base científica que permite reconocer que podemos tener una comunicación telepática para hallar sanación, conocimiento e información del futuro.

» Sin más, mi querida Lucí, este científico ha puesto a la humanidad a entender que la resonancia es como la risa, el llanto, el sufrimiento o la alegría del planeta, y depende mucho de los pensamientos que la humanidad como especie dominante proyecta en su entorno y envía al cosmos, ya que con ellos crea una melodía que puede ser positiva o negativa, de retraso o de avance, una melodía que al unísono crea un solo compás.

» Entonces si esta frecuencia es negativa, individualmente podemos desconectarnos de esa melodía general si vemos que nos afecta y reconectarnos a la frecuencia de la tierra para equilibrarnos con ella. Si esta reconexión es general, la humanidad evolucionará.

—Mmmm, impresionante —dijo ella—. Nadie de mi círculo cercano ha hablado de esto; es demasiado desconocido el tema para haberse descubierto hace tanto, ¿no te parece? Lo más parecido que había oído nombrar es la “Pachamama”, la madre tierra de los aborígenes peruanos.

—La verdad, los científicos casi nunca están de acuerdo entre ellos sobre las teorías que van descubriendo, y sí es un poco la filosofía de la “Pachamama”, pero en tecnología; es estar en vibración con el medio. No obstante, es una lucha por décadas y hasta siglos para dar la razón de algún descubrimiento, especialmente si con él se cambian las formas cotidianas de hacer las cosas.

» Pero bueno, aquí estamos, siendo parte de cómo las ondas de Schumann pueden ser aplicadas para transformar la vida humana, y tienes el privilegio de resolver un montón de problemas físicos, emocionales y espirituales que llevas años intentando conjurar.

—Esperemos que así sea, mi querido Ricardo. Esto nuevo completamente, extraño para mí y creo que para la mayoría. Entonces solo deseo que me sirva y poderlo compartir. Gracias por la información. Vete a descansar.

—Igual tú.

Al día siguiente, después de escuchar la palabra, se reunieron de nuevo con el sacerdote para mirar los avances del proceso de perdón. Ricardo, muy atinado, tenía una corta lista que no demoró en explicar; Lucía, en cambio, solo poseía el dibujo de la casa, que entregó al sacerdote.

—¿Qué cosa es esto? —dijo el padre Elías.

—Una casa.

—Evidente, jovencita. Es lo que veo.

—Padre, es que yo he pensado mucho en estos días sobre el perdón y no tengo nombres. Ya verá, he llegado con este ejercicio por usted propuesto a una firme conclusión y es que la vida humana no es otra cosa que un río.

Mientras Lucía se explicaba, el padre y Ricardo la escuchaban sin quitarle la mirada.

—Todos sumergidos en un caudaloso río, tratando de sobrevivir. A veces viene una riada y nos arrastra, y en la lucha para no morir, intentando salvarnos, aporreamos a otros o les quitamos la piedra en que se sostenían como última esperanza, y otras veces ellos a nosotros. A veces el río se queda en calma y nos dormimos y olvidamos que a otros los está arrastrando. Por instantes tomamos demasiada agua y nos ahogamos en él. Pero la verdad es que la vida es tan difícil y hay que luchar tanto para sobrevivir, que yo no creo que tenga que perdonar a nadie.

» Les confieso que he entrado a través de esas dos preguntas muy profundo en mi ser y me di cuenta de que jamás he querido intencional o conscientemente hacer daño, pero he chapoteado sin descanso y también he tratado de buscar aguas en calma, quizá ahí en esa búsqueda por adquirir las condiciones idóneas para nadar en el río de la vida he dañado y me han dañado. Comprendí también que la mayoría no tenemos conciencia de que en esta caudalosa agua que es la vida nadie podrá salvarse, quizá eso nos hace obrar con despotismo, pero el repito, es solo falta de conciencia, no mala intención. Así que usted me disculpa, pero no tengo nombres.

» Solo está la casa, porque fue lo único que pude hallar una cosa que se ha convertido en mi talón de Aquiles, esa piedra en el zapato de mi felicidad y la de mi familia. Esa casa me produce impotencia, miedo, enfermedad, soledad, desamor..., todo... —Y sin poder decir más lloró como una niña pequeña o quizá como un pez que se ahogaba en el propio río de su vida.

—La casa. Mmmm —dijo compasivo el padre Elías—. Muy bien, mañana trabajamos el perdón para tu casa.

—La casa, padre. No mi casa —dijo entre sollozos.

—Tú casa, hija. Aunque no te guste, es tu lugar, y es el contexto que has creado para tu vida, que si no te gusta puedes transformar. Sacarás la fuerza, ya lo verás. —Y se despidieron.

Así fue pasando la terapia de sanación, entre agua bendita, ayunos, oraciones, velas, escuchar la palabra y visitar a la experta en física cuántica. Por eso Lucía ya esperaba expectante el día sexto de la terapia, que sería diferente porque Katrina tendría, de un lado, un claro diagnóstico de la situación, y, de otro, un plan de trabajo para esos dos cruciales días.

Entonces se dio inicio a la terapia; tal como estaba acordado, Katrina leyó el diagnóstico. Las pantallas se encendieron y desplegaron miles de números que parecían hacer cálculos, hasta que finalmente dieron sus resultados. Todo quedó allí medido: la composición de la sangre, la distribución de las vitaminas, cada subconjunto de los sistemas de su cuerpo. La impresora dejó por escrito cada detalle del estado en que se encontraba Lucía, hasta que proyectó una imagen en la que Katrina se detuvo.

—Ahí estas tú, esa imagen corporal proyectada es tu cuerpo. Se ve claramente que tienes algunos problemas físicos no complicados que serán resueltos sin mayores dificultades por parte del sistema; de hecho, en un rato estarán en su justo equilibrio; el problema grande radica en tu sistema energético y cuántico.

—Y con un marcador láser empezó a mostrarle una gran mancha oscura que la cubría desde el dorso hasta la cabeza, y algunos daños en su sistema de protección energética que ya dejaba espacios por algunas rupturas en la red de protección por donde energías de poca frecuencia están entrando sin dificultad. Es ahí, sobre este sistema, sobre el que vamos a empezar a trabajar ya mismo.

—¿Qué significa eso en términos que sean comprensibles para mí?

—Sencillo: significa que estás bajo brujería fuerte; un bloqueo de energías de bajísima frecuencia te perturba, te aísla, no te deja funcionar; de hecho, te ha dañado mucho la red de protección. Aunque eso no me preocupa tanto, porque para el sistema este problema se resuelve elevando tu frecuencia, el mejor de los antidotos para esas bajas energías: les resulta insoportable y las repeles, es como si te pusieras repelente para plagas. La idea es que aprendas a mantener equilibrada la frecuencia para que no te puedan penetrar de nuevo.

» El asunto es que como lo has soportado por largo tiempo, seguro requieres terapias alternativas para lograr desconectar otros sistemas afectados por esa influencia negativa; es posible que te hayas acostumbrado a que todo esté mal, la salud, la suerte, el amor y la vida. Cuando la gente está bajo esta influencia y no lo sabe o no lo quiere aceptar, prefiere a veces pensar de forma culpable con autocompasión, simplemente lo merezco o ese era mi destino, y para eso hay que hacer terapia de rehabilitación espiritual y emocional.

De inmediato todas las pantallas se pusieron a proyectar un color azul profundo y desapareció por completo la imagen corporal. Katrina conectó a Lucía a un vaporizador de agua manantial que brotaba del centro de la tierra, la cual poseía una capacidad de regeneración inmediata sobre todo lo que tocaba. Un sonido de agua corriendo invadió cada esquina del recinto, produciéndole una sensación de descanso y sueño.

Katrina hablaba lento y suavemente:

—Siente este espacio sanador. Estás metida en una burbuja azul en la que puedes respirar para que te ocupe cada rincón de cuerpo. Toma aire lento y profundo, ahora no tienes afán, nadie te está persiguiendo. Piensa que tu cuerpo es inteligente y dinámico, poseedor de todas las facultades para sanar, equilibrar y ordenar cualquier órgano descompuesto. Todos tus sistemas están en relación y contribuirán cuando tú lo órdenes para sanarse y equilibrarse en conjunto con tu poder interno. Vamos a usar ese poder de manera consciente e inteligente. Ahora, mientras me escuchas y mantienes de manera constante esta respiración que te ayuda a absorber este azul profundo. Tu conciencia sanadora unida a través de mis palabras va a enfocarse en cada punto que está en desequilibrio. Cada parte de tu cuerpo, órganos, células o sistemas que están en desbalance están guardando una memoria emocional de dolor, se consciente de ello ahora mismo y lograrás ver el origen aproximado, tendrás el poder para desprogramarlo. Ahora vas a soltar, y liberar cualquier memoria dolorosa emocional que hayas puesto en cada célula y átomo de tu cuerpo...

Lucía lloraba sin parar recordando el momento en que se despedía de sus hijos para dejar la casa y salir de la depresión.

Katrina hizo un prolongado silencio, atenta al momento en que recuperara la tranquilidad y continuó:

—Ve tomando conciencia de que has aprendido a hacer de tu vida un drama en el que unas veces eres víctima de todos y después heroína que carga lo que no es suyo; conecta ahora mismo el sistema de desdramatización para comprender que viniste a ser feliz y no a cargar lastres que no corresponden.

» Tu tiroides, capitana en jefe de las más importantes funciones de tu cuerpo, se ve afectada, porque en ella estás acumulando un problema de desorden; es como si no te alcanzaran nunca las horas del reloj, tienes dificultades hasta si llegas demasiado puntual, porque lo que realmente sientes es que nunca estás en el momento y el espacio correcto de nada. Incluso te estás desvalorizando tú misma en relación al tiempo, porque sientes que todo lo que haces nadie lo aprecia, no se ve en qué gastas tu esfuerzo diario y entonces destrozaste la autoestima, porque perdiste el sentido de lo que haces con los tiempos de tu vida. Eso es lo que estás emanando de tu propio ser; menosprecio de ti misma.

» Ahora tienes tu cuerpo asistido por tu comprensión creadora, vas a abrazarte empoderándote de tu fuerza interior y uniéndote a esta gran conciencia universal para sanarte, sigue aspirando este aire azul profundo. Toda tu presencia tiene que estar en tu físico. Siéntela mientras respiras. Repite conmigo: “Aquí presente con todos mis cuerpos, el físico y el cuántico, en esta luz azul sanadora, proyecto a todo mi ser y a cada uno de mis órganos o sistemas que están descompensados esta energía de amor. Entiendo que he guardado dentro dolores y emociones desequilibradas que no supe qué hacer con ellas. Comprendo que puedo y merezco estar en calma. Le entrego a mis niveles la energía adecuada para estabilizarme, porque a partir de ahora elijo tener un cuerpo sano y equilibrado. Desprogramo los miedos, las aceleraciones y las fallas del tiempo, desactivo de mi memoria universal cualquier momento que he

guardado, en el que puse sin conciencia baja autoestima, desvalorización de mis trabajos y mis experiencias. Suelto estas carencias de amor por mí, mientras respiro este azul que me equilibra, sana y ordena el funcionamiento normal de mi cuerpo sagrado. Ordeno a cada átomo para que se re programe en la composición química y subatómica reparando cada célula para ordenar de aquí y para siempre su actividad. Decreto que a partir de hoy no guardaré emociones discordantes que afecten su funcionamiento. Porque soy Luz. Porque puedo transitar todas las vivencias desde un lugar de amor, procesando el temor con inteligencia emocional. Recibo la ayuda de todos mis niveles multidimensionales. Estoy consciente de esto, lo declaro hecho y sé que así es. Estoy sana, completamente en luz azul. Estoy en calma. Estoy en paz. Amen”.

Un silencio se apoderó del recinto. Lucía durmió por horas después de este ejercicio de sanación. Comprendió cosas importantes, como el asunto del tiempo. Era real, ella había pasado los últimos años caminando hacia las cuatro esquinas de una jaula invisible en la que estaba atrapada su vida, un sentimiento de impotencia estaba acumulado, haciendo daño visible a su salud física y emocional, y ahora se hacían claros los síntomas, pensamientos y dolores que ella había dicho tener y nadie podía comprender, a veces ni ella misma. Una fuerza poderosa la embargaba al sentir esa conexión eléctrica con su organismo que le ponía la vida, su vida, a un clic, ese dedo con que se puede desactivar esos mecanismos de desprogramación y desdramatización para ayudarla a fluir, a no detenerse más, a buscar la felicidad a toda costa, sin excusas y sin culpables.

Cuando se despertó ya no vio a Katrina para conversar al respecto de las primeras inquietudes que la asaltaban y sobre los efectos de esta terapia y el cómo cerraría si al otro día ya finalizaban. También quería saber más sobre el diagnóstico, pues ella había visto impresas muchas hojas y sentía curiosidad acerca del resultado.

Por la noche se reencontró con Ricardo, caminaron por el jardín de la iglesia y conversaron un buen rato. Lucía habló en detalle sobre el proceso que estaba viviendo y lo mucho que la sorprendía técnica tan novedosa.

—¡Es que eso parece magia! En serio —dijo con emoción—. Me siento como si yo fuera un vehículo y estuviera en el taller haciendo ajuste y balanceo. Te lo aseguro, la recuperación es inmediata, subió el ánimo a un nivel que sinceramente considero que ya está terminada la terapia.

—Seguramente.

—Mañana no será un día largo. Para mí, ya hemos terminado, pero quiero conversar un poco con Katrina, preguntarle algunas cosas, porque ha sido una semana de nueva información, y despedirme para agradecerle al padre Elías; jamás imaginé que existiera una terapia de este tipo y que encontraría una alternativa prácticamente futurista en una iglesia.

—Pues sí, lo más seguro es que antes de que termine la mañana ya estarás en tu casa con tu familia.

Aunque no lo dijo con el mismo entusiasmo de Lucía, pues él era conocedor de este proceso y sabía que hasta el último minuto ella tendría que trabajar incesante para lograr reconectarse energéticamente.

Nuevamente las campanas replicaron muy temprano. Apenas si asomaba tenuemente una luz que indicaba que amanecía. Hicieron los rituales de cada día asaltados por la emoción del final del retiro, que ya creían culminado, y a ella en especial la dejaba satisfecha. Lucía hacía todo con buena disposición, pero sin prisas, ya no quería correr más. Ricardo, por su parte, se disponía a las tareas del día, tranquilo como era él.

De nuevo con el padre Elías en el salón del perdón.

—¿Avanzaste, Lucía?

—Sí, padre, y, ¿sabe?, encontré nombres.

—Cuéntanos con detalle.

—¿Puedo escribir en el tablero?

—Sí.

—Muy bien. —Lucía dibujó la casa y en torno a ella escribió “impotencia”. ¿Sabe, padre, quién me produce la impotencia?

—Ni idea. Dímelo tú.

—Arturo, mi esposo.

Continuó escribiendo “miedo” y al frente puso “familia”. No volvió a girar la cabeza para mirar a sus interlocutores. Ricardo y el padre Elías ni respiraban para no interferir en ese instante de fluidez y coherencia en el que ella ya prácticamente llenaba el tablero de molestias, enfermedades y nombres como no lo había logrado en toda la semana.

Y en algunos minutos el tablero estaba lleno de ella; de su dolor, de su vida, de su intimidad, de su esencia insegura y poco empoderada en la que terminó escribiendo la palabra “yo”. Y aunque seguía dándole la espalda a su auditorio, era perceptible que el llanto se había apoderado por completo.

El padre la interpeló:

—¿Muchos implicados en tu dolor?

—Sí, pero solo una responsable: yo y mi falta de apoderarme de quién soy, de lo que quiero, de a qué vine al mundo y qué merezco.

Y para cuando volteó estaba sola, completamente sola en el recinto.

Tomó su descolorido dibujo de la casa y la pintó de colores, escribió la palabra “yo” en el centro, en la puerta y las ventanas, la puso sobre su pecho y dijo:

—Me perdono, porque soy un ser humano con la gran oportunidad de darse cuenta de lo que no ha hecho y de lo que podría llegar a ser y a hacer.

Tras tomar un poco de aire. Secó sus lágrimas y se fue a continuar con su terapia.

Siendo las 9 de la mañana estaba de nuevo sentada frente a Katrina para despedirse. La chica servía un café dando la espalda a la puerta principal por lo que no la vio. Ella se le acercó tímidamente, en silencio, y la sorprendió.

—Creo que ya prácticamente terminamos, ¿verdad? —dijo Lucía.

Katrina negó esa afirmación sin emitir palabra.

—Bien, nada de terminamos, que a lo mejor y estamos empezando. Piensa que esto es como el arte milenario japonés llamado Kintsugi: eres como un jarrón que está roto, hay que recomponerlo con barnices y polvos de confianza y amor para que puedas volver a ser tú y mostrarte, no como crees, sino como realmente eres; eso es lo que te hará valiosa enseñando tu transformación.

Lucía abrió los ojos con sorpresa, pero diligentemente se fue a sentar en la silla mientras Katrina terminaba la preparación del café.

Unos minutos después la terapeuta se acercó y de nuevo la conectó a los electrodos sin emitir palabra, Lucía no se atrevía a interrumpir el silencio, aún con todas las dudas que traía sobre el diagnóstico no concluido y la terapia de la sanación del día anterior, que la dejó literalmente fascinada.

Katri quiso mostrarle algunos de los resultados arrojados por el programa, sobre todo porque había algunos que dependían más de ella misma que del sistema, que durante toda la semana le había afinado las frecuencias, es decir, ahí se agotaba la terapia, pero si ella se hacía consciente, podía con su ayuda hacer mayores avances.

—Mira esta nueva imagen sobre ti —le dijo enseñándole la pantalla—. ¿De qué color ves esa imagen?

—Como gris y negra.

—Y mira por favor con detalle esos puntos que se ven al centro del cuerpo — reiteró Katrina tratando de llevar a su paciente al detalle de las aparentes minucias.

—Son como beige.

—Muy bien. Esta eres tú. Estás bastante oscura. Como te había mencionado en los días pasados, estás bajo una influencia muy negativa, pero el sistema se quedó bloqueado porque tus chacras están prácticamente apagados; ellos son de variados colores. —Y volviendo hacia su escritorio tomó una ficha para mostrarle una imagen de un ser lleno de luz con muchos colores por el centro de su cuerpo; desde el blanco hasta el rojo atravesaban el espectro físico una gama de hermosos y brillantes colores.

Lucía se quedó lela mirando aquella imagen, mientras Katrina le decía:

—Así tienes que quedar tú. Necesitamos activar los chacras y que tomes conciencia de la energía, porque te la robaron, mi querida señora. El ser humano en su ignorancia es muy particular, gasta su dinero y voluntad comprando ropas, perfumes y todo tipo de artilugios, se opera la nariz, los senos, la cintura y todo lo que puede para embellecerse, sin saber que la belleza, la fuerza y la salud están específicamente en la energía. Nada, no existe nada comparable a alguien que tiene una energía limpia y poderosa. Ahí es que vamos a invertir lo que sea necesario para mantenerla e incrementarla, pero se requiere que realmente seas consciente de su valor.

Lucía quiso hacer preguntas sobre este tema que también desconocía, pero Katrina movió su mano interrumpiendo la intención.

—¡Todo a su tiempo! —Retomó la palabra e hizo un gesto para invitarla a la paciencia—. Ahora haremos otra terapia, muy diferente y fundamental así podrás reconectarte con tu misión en el mundo, con tu quehacer en la vida. Se le conoce como la terapia de la silla vacía. Es muy simple.

Extrajo de un armario de cristal unos audífonos grandes que le entregó mientras seguía contando los detalles.

—Cuando yo te señale, te los pondrás, pero antes te explico la terapia. ¿Te has dado cuenta de esta silla que has tenido al frente todos los días?

—Hablas de... ¿esta negra que ha estado vacía?

—Sí, pues es la única —respondió aclarando y rieron—. Nunca sobra preguntar, no todos ven lo que parece evidente ni todo lo invisible lo es para todos.

—¡Verdad!

—En fin, cuando te pongas los audífonos, estarás conectada a una frecuencia de 136.1 Hz. Esta frecuencia magnífica permitirá que vayas a un estado de onda universal, a un viaje inter dimensional de enlace cuántico. No te preocupes en entenderme mucho, simplemente respira, deja a tus oídos escuchar las melodías sin perturbarlos con otros pensamientos, es decir: concéntrate con todo tu ser en el ahora, respira, relájate y mantén tus ojos puestos en la silla vacía, y alguien o algo aparecerá.

—Tú puedes llamar intencionalmente a alguien, vivo o muerto, animal o persona o incluso puedes traer a esa silla un momento de tu vida para reordenar, revisar de nuevo o reflexionar sobre él. Tal vez, por qué no, perdonar a alguien o a algo, o simplemente recordar, o nada, pones tu pensamiento en el vacío que igual algo sucederá.

Y así, mientras Katrina explicaba uno a uno los detalles, Lucía quedó en la total oscuridad, bajo una tormenta de truenos constantes que alcanzaban a iluminar muy tenuemente el espacio donde se encontraba su mente.

No es posible estimar el tiempo tras el que le llegó una particular visión. Después de un trueno muy fuerte vio descender una pluma que venía encendida. Era

fuego, como si el rayo la hubiera alcanzado. Se posó sobre la silla y se encendió más grande su halo.

—Aquí estoy —dijo una voz muy cálida.

—¿Quién eres? —preguntó Lucía sorprendida.

—Soy a quien has llamado.

—Aún no he llamado a nadie, ni siquiera he entendido esto de la física cuántica, ni me imaginé que fuera tan fácil que alguien se sentara en la famosa silla vacía.

—¿Fácil? ¿Difícil? Todo depende, vayamos al asunto, tienes una pregunta que te tiene atascada.

—Tengo muchas preguntas —respondió ella— y aún no sé quién eres, entonces no sé cuál podrías responder.

—Soy el Espíritu de Dios, responsable por la protección de los seres humanos.

—Qué emoción —dijo exaltada—. Con una pregunta sales de mí, es fácil: me han dicho que todo lo malo que nos pasa, la desgracia, la destrucción, la muerte, la enfermedad, la mala suerte y hasta la acción del diablo, Dios la permite. Entonces quiero saber, ¿por qué permite eso tan terrible?

Lo dijo con cierto sarcasmo, dándole poca importancia al momento porque simplemente no le pareció real. Si era su imaginación básicamente trató de seguir el juego.

—Ahhh, mi querida Lucía, es una historia muy larga.

—No importa, me gustaría oír esa respuesta —reiteró.

—Ya se las han contado mil veces. Esa respuesta se las hemos mandado en todo tipo de libros, antiguos y modernos, y ustedes poco escuchan. Les enviamos oradores y brujos, todos la cuentan y ustedes... no escuchan.

—Será por eso que no la escuchamos, ya se hizo parte del paisaje. Bueno, qué tal si me la cuentas ahora, ya estás aquí, es mi silla vacía, ahí se viene a conversar con alguien, eso me dijeron, ahora estamos tú y yo.

—Está bien —dijo convencida la voz—. Echemos un vistazo de nuevo a esta historia.

El salón siguió oscuro, pero ya no había rayos ni agua, no había nada. Ni siquiera el sonido del silencio que Lucía conocía. Nada. Todo quedó en el oscuro profundo. Cuando replicó la voz con tono nostálgico:

—Todo era exacto, perfecto, preciso y bajo mi control. Era el tiempo del evo, la nada y el todo. Yo estaba con los ángeles y ellos ocupaban sus lugares, solo unos cuantos estaban cerca de mí, eran precisamente mi círculo más virtuoso. La trayectoria de los ángeles era exacta; todos en algún momento llegarían a conocerme, estaban dedicados a estudiar y trabajar en virtudes y valores, así que, en la medida que los iban obteniendo, iban ascendiendo. Pero de pronto se

me ocurrió una idea, ¡que era de verdad fantástica! —Dijo el Espíritu con entusiasmo—. Consistía en que algunos de los ángeles, los de perfil más bajo que solo soñaban con llegar un día a presenciar mi ser, tuvieran una experiencia física, humana, carnal, para que habitaran teniendo sentimientos y sensaciones que les permitieran conocerme no desde mi poder, sino desde su decisión. ¿Y sabes qué me inventé?

—No lo sé.

—Una prueba con una situación no conocida en el cielo: la libertad espiritual.

Lucía apeló.

—¿Por qué no eran libres en el cielo?

—Allí todo es perfecto, no hay corrupción y simplemente todos me aman, así tiene que ser y está bien, pero yo quería que alguien me amara y descubriera un valor especial en hacerlo. Yo deseé ser amado sin imponerlo, quería un amor que naciera de forma natural, que brotara de la experiencia misma. Y eso era fantástico. Pero a mi círculo virtuoso no le gustó el plan, sobre todo cuando se dijo que enviaría a mi hijo a conocer y a ayudar a estos seres para que logran pasar la prueba y que a la mujer que lo habría de concebir en el vientre para permitirle el viaje físico la haría reina también en el cielo. Y entonces se armó la de Troya.

—¿Cómo es eso? ¿Y es que ya Troya existía?

El espíritu rio a carcajadas. Un viento cálido levantó un poco el cabello de Lucía como si el espíritu la acariciara y continuó:

—No, solo era para que me entendieras. En realidad, nada menos ni nada más que la gran batalla, un fuerte combate en el cielo. Los ángeles obedientes liderados por Miguel se pusieron en guardia mientras veían el discurrir de los acontecimientos, y lo que pasó fue que tuvieron que luchar con un dragón. —Las imágenes empezaron a cruzar en las pantallas mientras el espíritu contaba su relato.

—¿Son reales los dragones?

—Este sí. Era el ángel más amado y hermoso de mi círculo virtuoso, ahora ustedes lo conocen como Lucifer, pero es que este ser llegó a un nivel de envidia y desobediencia tan insospechado que terminó convirtiéndose en un dragón grande y rojo, que tenía siete cabezas y diez cuernos y siete diademas en ellas; y con la cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo y las arrojó en la tierra. Entonces no quedó más remedio que castigarlos. Porque no solo le molestaba que una mujer se convirtiera en reina por ser madre de mi hijo, sino que de aceptarla exigió ser el padre para hacer humano al divino niño.

—No puedo imaginarme tal cosa.

—Obviamente nadie le impone a Dios manera alguna de hacer las cosas y en castigo a tan abominable acto se le convirtió de hermoso ángel en un dragón

maligno y desagradable. Lucifer nada podía hacer ante el hecho y se levantó con furor, y sus siete cabezas fueron siete legiones o escuadrones en que se dividieron todos los que le siguieron y cayeron; y a cada principado o congregación de estas le dio una de sus cabezas, ordenándoles que pecasen y tomasen por su cuenta incitar y mover a los siete pecados mortales, que comúnmente se llaman capitales porque en ellos se contienen los demás pecados y son como estandartes de los bandos que se levantan contra Dios.

Lucía permanecía recostada entre dormida y despierta. Estaba impactada con las imágenes majestuosas que se emitían en la pantalla de esa batalla. El espíritu continuó su relato.

—¿Sabes cuáles son esos pecados?

Lucía en una nebulosa de ficción mirando un cuento ya conocido, pero no creído. Solo respondió:

—No.

—¿Ves a lo que me refería? Caro que los conoces, solo que ni piensas en ellos. El dragón y sus colonias trabajan con la soberbia, la envidia, la avaricia, la ira, la lujuria, la gula y la pereza, que fueron las siete diademas con que Lucifer convertido en dragón fue coronado. Aquí tienes la creación de los siete pecados capitales, con los que ustedes lidian, conviven. La idea es que triunfen, y mis ángeles luchan para acompañarlos en la toma de buenas decisiones; sin embargo, son libres y si no quieren no los escuchan y entonces fracasan en el proyecto de Dios. Aunque se intenta darles muchas oportunidades de volver a comenzar, algunos pierden definitivamente esta batalla.

» Lo increíble —continuó— fue que, al terminar este combate, el dragón envió un mensajero al cielo a decirnos que Dios no conseguiría tal amor, que esos seres que había creado no lo obedecerían, no lo conocerían, no lo llamarían y él y sus legiones se encargarían de hacer de su romántico experimento un verdadero infierno. Que ellos sabían cómo atraer a los humanos con placeres y libertades que Dios no les daría y, cuando los convirtiera a todos en sus súbditos, reinaría eternamente y, mientras, las criaturas de Dios gemirían de dolor y él gozaría del placer de saber que había ganado.

» Y así se quedó la situación, y la vida humana empezó a moverse entre la ley de los contrarios: amor y odio, solidaridad y egoísmo, y más... Y el padre se dio cuenta de que no era tan malo que ellos estuvieran, pues los humanos son ángeles en esencia, están en capacidad de librar esta batalla de la que ya hacen parte y son en realidad el objeto en disputa; y Dios creyó en ustedes, en que son grandes guerreros, y les dio la gloria de ser los únicos que pueden ganarla. Entonces, aunque no lo comprendan de manera tan trascendental, ya que parece que están en su propia lucha, esa que se libra entre el bien y el mal aparentemente local y base del equilibrio de la vida material, están en realidad en una lucha universal, y ganar es el único ascenso posible a la vida espiritual.

» Para que tengas una referencia real, hay una acción que se repite continuamente. Te diré que cuando Satanás tiene casi atrapados a los humanos, la mayoría, con lo poco que conocen de Dios, gritan “Señor, ven a salvarme”, y en ese instante el dragón pierde la batalla, porque Dios sentó una cláusula para esta lucha y es que el ser humanado tiene hasta el último segundo de su vida para arrepentirse y ser perdonado. No te imaginas; este es uno de los instantes en que las legiones angélicas del bien tienen el maravilloso trabajo de socorrer a los amados humanos, hasta el último llamado. Con la satisfacción para Dios, que, en medio de las mayores dificultades, dolores y oscuridades, cuando ya no parece haber posibilidad alguna, ustedes conocen la esperanza espiritual que significa confiar en Dios y logran comprender en su alma que Él es el camino, la verdad y la vida, el Dios único; Padre, Hijo y Espíritu Santo, y con cada uno de los que se salva, se renueva la tarea celestial y los compromisos que el cielo tiene con su descendencia.

» Como ve, querida dama, en esa batalla que está desde los inicios de los tiempos, seguimos y nos sabemos ganadores porque Dios cree en el corazón humano.

Lucía, completamente perpleja, silenciosa y sorprendida escuchó de semejante voz, como se lo dijo al inicio, que era una historia conocida pero quizá no comprendida. Entre otras razones porque se la habían enseñado más como un mito bíblico, un relato fantástico, y eso era muy distinto a entender que es real, que hay una batalla y tú eres el objeto por el que dos grandes poderes universales están en la lucha. Además, entendió que la terapia en que estaba no era un juego de su imaginación, no había duda: estaba conectada con alguien que no era de este mundo.

—Por qué permitiste para mí este embrujo tan doloroso, casi me pierdes —interpeló con voz soberbia.

—Dices bien, casi...

Un sentimiento de tibieza invadió a Lucía. La embargó de forma extraña una sensación de mucho amor, y apareció frente a ella y tras la silla vacía una gran biblioteca tan alta que no se veía el final. El Espíritu se acercó allí a buscar algo y un rato después tomó un antiguo libro de color dorado con letras plateadas y se dirigió hacia ella, que seguía tumbada sobre su espalda en la silla articulada, y se lo colocó sobre el pecho. La energía se desplazó de nuevo hacia la silla vacía mientras le dijo:

—¿Sabes qué es eso?

—No —respondió con la voz débil.

—Me hiciste una pregunta: ¿por qué Dios permite que exista el diablo y todo su ejército haciendo sufrir a los ángeles en prueba? Ya te ofrecí la primera parte de la respuesta, espero, que esta vez la crea, porque la lucha está ahí más viva que nunca. Ahora te daré la segunda respuesta: ¿por qué lo permitió para ti?

echemos un vistazo atrás y dime: ¿crees que antes de esta experiencia te habías pensado la fe tan en serio como lo has tenido que hacer ahora?

Ella lo pensó un momento.

—No, creo que no.

—¿Crees que ese dolor que guardaste de niña en la relación familiar habría salido a flote si no vives esta experiencia?

—Quizá no —respondió dudosa.

—Sé que no, y te habría hecho mucho daño no sacarla y no reordenarla. ¿Sabes?, incluso hay cosas de la vida cotidiana que les hacen a ustedes más daño que el diablo si no las elaboran, si no las transitan del rencor a la comprensión, del odio al amor, de la acusación a la comprensión. Ahora dime, ¿cuánto aprecias el tener a tu familia unida?

Ella empezó a llorar con emoción.

—Mucho, muchísimo.

—¿Ves? Antes de esta experiencia no era así, ¿lo recuerdas? Como tu padre había estado ausente en tu vida, tú casi que reclamabas sin darte cuenta lo mismo para tus hijos, que no tuvieran padre, porque te parecía que él simplemente no era importante. Y dime, ¿qué te salvó de morir?

Ella calmó el llanto como pudo y dijo:

—El amor.

—Así es, el más valioso de todos los valores, lo único que deberíamos perseguir con firmeza y decisión como lo ha hecho Dios con ustedes: buscar que el amor nazca en la experiencia misma por verdadera conciencia, sin imposición. Ahora quiero que abras ese libro.

Lucía se percató de que estaba marcado con su nombre y apellidos completos y cuando lo abrió, con la sorpresa que le produjo replicó de inmediato:

—Está en blanco, no tiene nada.

Él se giró, se puso de espaldas. Ella lo percibía por la voz y parecía que tocaba con sus manos la silla vacía.

—Es un premio. Sí había un conjuro de muerte en tu contra, pero Dios no lo permitió.

—¿Por qué? ¿Hice algo para merecer otra oportunidad?

Oscuridad total en el recinto, y un silencio distinto porque ya no había presencia. La voz no estaba y Lucía se sentía sola y temerosa de haberlo incomodado con la pregunta. Así pasó un momento, un instante al que jamás se le podrá calcular el tiempo, las pantallas mostraron a un pequeño niño corriendo. Lucía no entendía nada; solo miraba cómo corría y reía a carcajadas el pequeño, vestido

con una tunicuita blanca destellante en un jardín hermoso. La voz apareció por detrás y se acercó a la oreja de Lucía, que seguía acostada en la silla:

—¿Sabes quién es?

—Ni idea.

—Este niño era parte de una comunidad muy pobre en la que tú trabajaste, cuando hacías prácticas en la universidad. A ti te tocó asistir de pura casualidad a su velatorio, llevaba cinco horas de muerto cuando entraste por la puerta.

Lucía se puso la mano en la boca y desorbitó la mirada.

—¡Por Dios, era un bebé! El primer muerto, en realidad el único que he visto en mi vida.

Las lágrimas corrieron por sus mejillas y se quedó pensativa.

—Sé que estás trayendo a tu mente ese momento tan hermoso en el que tomaste este bebé muerto en tus brazos y lo bautizaste. ¿Recuerdas? Pediste agua y la joven madre, entre llantos y sin mirarte, te dijo después de pensar un momento: “Llámelo Jacinto de Jesús”. Tú tomaste la pequeña vasija de agua en tus manos y dijiste: “En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, yo te bautizo Jacinto de Jesús”, y el bebé despertó pegando un grito desgarrador mientras los asistentes casi intentaban salir corriendo del susto que les produjo ver el milagro de la resurrección.

La voz se quedó en silencio. Lucía no podía contener las lágrimas mientras en las pantallas se reflejó de nuevo la batalla del cielo. El pequeño Jacinto de Jesús en la mitad, entre los ángeles caídos y los ángeles de Dios. El agua le cayó en la cabeza y un humo oscuro empezó a salirle y los ángeles de Dios lo tomaron en sus brazos y ganaron la batalla.

—Ahí te hiciste visible para todos. Ese fue un acto de verdadera fe. Ahí destapaste el gran poder con que te envió Dios y te convertiste en obsesión de los ángeles caídos y empezaron a buscar tu ruina, y casi lo logran.

La voz sopló viento. Lucía se refrescó y preguntó:

—¿Cuál poder? No entiendo.

—Ese ha sido tu problema: no quieres creer en tu poder, pero tienes una misión y tampoco la quieres realizar.

Lucía escuchaba algo perturbada.

—El poder que da el amor. No creas, no fuiste la única que asistió al velatorio; de hecho, fueron varias personas, incluso asistieron religiosos y también estaba Asrael, el ángel de la muerte. Te pregunto ahora: ¿por qué bautizaste al niño si ya sabías que llevaba horas muerto?

—Porque quería que fuera al cielo —respondió ella con la mirada triste recordando ese lúgubre instante.

—Pues bien, ahí está la respuesta. Amor. Dios los mandó a encontrarse con el amor, que se ve reflejado en la compasión, la humildad, la felicidad, la solidaridad, la honestidad; son valores inequívocos del amor entre ustedes, para que algún día encuentren las tres virtudes que hablan del amor hacia él: fe, esperanza y caridad. Tuviste compasión por un niño y una comunidad que no conocías, actuaste para que alguien lograra el mayor premio de todos: la salvación del alma. Y sin importar el rostro desencajado de la muerte fuiste en busca del agua para darle vida. ¿Sabes qué hay en ese hecho? Amor.

» Pero te alejaste, y guardaste ese momento en el cajón del olvido, sin darle la mínima importancia, desconociendo tu poder mientras Satanás y su gente veía en ti alguien con la capacidad de arrebatarles muchas almas. Dios entró en la batalla, preparó y puso a muchos a salvarte. Solo agregaré algo más a la respuesta de por qué intervenimos en tu historia: eres una poderosa hada.

La voz se hizo silencio y Lucía cerró sus ojos un buen rato sin preguntas.

—Hada... ¿Qué es?

—Ya buscarás la respuesta. Ahora mi tarea es entregarte de nuevo el libro de tu vida para que la escribas. No tenemos planes que te incluyan, pero nos dará mucho gusto saber cómo la escribes, lo que se te ha regalado es tiempo. En este libro quedará cada día, cada acto; cada pensamiento se irá escribiendo de aquí y en adelante. Ahora no solo eres libre espiritualmente, ya eres consciente y esperamos que responsable, no solo por tu historia, sino por la de muchos más.

Lágrimas de felicidad por esta nueva oportunidad corrieron por sus mejillas mientras escribió en la primera página del libro de su vida:

“Creo en tu palabra, porque grité de dolor y sí me escuchaste; caminé perdida en la oscuridad en verdaderas tinieblas y tú guiaste hasta aquí mi camino; toqué a tu puerta y me abriste. Estoy aquí, oh Dios, y mi alma libre te ama sin condición”.

Cuando Lucía abrió los ojos, las pantallas mostraban dos imágenes diferentes. En una se veían los resultados de estabilización de la frecuencia en su cuerpo, y en otra aún podía verse a su cuerpo con la sombra de otro que, parecía, estaba saliendo.

Lucía hizo un gesto tratando de tomar algo de su pecho.

—¿Qué buscas? —le preguntó Katrina.

—El libro —le contestó con la mirada pérdida, como si aún no estuviera totalmente reincorporada y despierta.

—Cierra los ojos y ahora empieza a despertar suavemente, despacio —le dijo Katrina acariciando su cabeza.

Movió suavemente sus extremidades hasta que estuvo completamente despierta, le contó a su terapeuta la experiencia vivida, cada detalle de las imágenes y las palabras escuchadas, su mirada desprendía una gran dosis de

frescura, de paz, de tranquilidad. Y ahora le era imprescindible conocer qué pensaba Katrina, quien habitaba en ese etéreo, invisible para casi todos —no para ella—, mundo cuántico, sobre la batalla celestial del bien y el mal, si lo comprendió bien, se libraba en el plano humano y terrenal, pero las pérdidas y las ganancias parecía que eran recibidas en el otro mundo.

Katrina la escuchó, como escucha un sabio, en silencio, sin interrupción, dejando que Lucía se escuchara a sí misma y construyera sola cada detalle de lo acontecido en su plano cuántico. Y cuando terminó, ella tomó su señalador láser y lo dirigió hacia la imagen que mostraba los dos cuerpos.

—¿Ves esa figura que parece más grande que la tuya?

—Sí, es evidente.

—Ahí está tu doble cuántico.

—Él dijo que era el Espíritu de Dios.

—Sí, seguramente Él sirvió de médium para que hallaras las respuestas. Entonces el espíritu se comunicó a través de él. Ahora, mira, yo pienso que la batalla es real y la prueba también. Y me lo imagino como cuando pasas por la puerta de rayos X en los aeropuertos y en algunas hay que presionar un botón para pasar a un lado o al otro. Cada acción, cada decisión y cada pensamiento siempre nos pone ante posibles caminos, algunos positivos y algunos negativos, cada quien puede elegir.

» En un salón están los pecados capitales, son siete caminos, y en el otro salón están los valores, que son infinitos: el amor, la prudencia, el respeto, la honestidad, el esfuerzo, la constancia, la oración, la comprensión, la piedad, en fin. La cuestión es que permanentemente estamos durante nuestra vida caminando hacia un salón o hacia otro. Los pecados capitales nos atraen porque nos dan una satisfacción casi inmediata, mientras los valores son pequeños talleres en los que siempre se está trabajando para afianzarse en ellos; algo así como el perezoso, que simplemente se sienta frente a una pantalla y no ayuda a nada y no se preocupa por nadie, y cada día tiene más pereza y ya disfruta de sentirse descansado permanentemente. La perseverancia, en cambio, hay que implementarla con esfuerzo. Al principio no muestra los resultados y debes ser constante y tener fe de que con voluntad de no tomar licor o drogas serás un ser sano y más feliz; de que, si pones voluntad para dejar de comer con gula, sentirás la salud de un cuerpo sin exceso; de que si tienes voluntad de leer, en algún momento serás un experto en algo, con algunos valores ni siquiera percibirás la respuesta en este plano material.

» En los pecados capitales solo tienes que hacer lo que te plazca, sin pensar quién eres ni en quién te convertirás. En los valores, tus actos pueden no verse en el mismo momento, pero a largo plazo te llevarán a la transformación de tu propio ser y a encontrar satisfacción y paz.

» Eso en referencia a la vida terrenal, a la posibilidad de que la vida sea un bonito viaje. Pero lo más importante de todo esto es dónde queda Dios. Quién es Él

para ti, porque lo importante es saber que nuestros actos tienen un fin y es llegar a Él. Por ello nos esforzamos para resistir la tentación de la gula, la vanidad, la pereza, etc. Nos arrepentimos cuando obramos en pecado y nuestro fin es solo uno: amar a Dios sobre todas las cosas.

Así se terminó el proceso. La terapia estaba concluida y Lucía transformada.

Se fue directamente a su casa y cuando llegó el portero le entregó las llaves.

—¿Por qué están aquí las llaves de mi casa? ¿Es que no hay nadie?

—Don Arturo me pidió que se las entregara.

¿Una sorpresa?, pensó. Mmmmm, no sería algo usual en su familia, susurró para sí misma.

Metió la llave y sin rotarla acercó la oreja a la puerta para intentar escuchar algo, pero sintió un silencio más que profundo. No aguantó más. Giró la llave y ante sus ojos se abrió un cuadro que le costaba creer: nada, en la casa no había nada. Solo un pequeño papel pegado en la vidriera principal con una dirección anotada y una frase cariñosa: “Ven pronto; te esperamos”.

Las lágrimas agitadas corrieron por su rostro como lo había hecho los últimos diez años. Pero esta vez ya no era de tristeza, ni de dolor, no había enfermedad, ya no era de desamor. Era, literalmente, de felicidad de sentir en su interior lo que transforma la vida cuando se siente una fe profunda en Dios.

En ese preciso instante sonó el teléfono fijo de la casa. Lucía se apresuró a contestar pensando que sería Arturo; estaba dichosa y quería agradecerlo. Al descolgar la bocina se escuchó una voz muy masculina.

— ¿Lucía?, ¿es usted Lucía Trejos?

—Sí, me encuentra en esta casa de puro milagro.

—Precisamente para eso le llamo, para un milagro. Soy Asrael, amigo íntimo del padre Rafael.

—¿Asrael?, ¿como el gato? —fue lo primero que atinó a decir para quitar tensión a la llamada, aunque de inmediato se dio cuenta de que era un comentario desafortunado. Ella ya sabía quién era Asrael y no era una broma.

—No, como el Arcángel —contestó con voz seca.

—¿Y qué puedo hacer por usted?

—Por mí nada, pero hay alguien que la necesita con urgencia. El padre Rafael antes de morir dijo que es la única que puede continuar su misión; o ¿es que acaso usted no es Luz del amanecer?, ¿no es quien puede comunicarse con el Arcángel Metatrón?, ¿no es usted aquella que ha vencido a la oscuridad? Si es usted nos vemos en el 411.

Lucía no daba crédito a la llamada, era real, era consciente y era el momento de decidir quién quería ser. Podía ir a su casa nueva y seguir sin más con todos sus

deseos o atender al 411 la llamada de un ángel... Se quedó en silencio, una larga espera y finalmente respondió...

—Deme 5 minutos, voy para allá.